

Del ePataJKi, al Cuento

Rafael C. Calderón Casamayor



Pintura: Manuel Mendive Hoyo

Del Pataki al Cuento

Del Pataki al Cuento

Rafael C. Calderón Casamayor



Del Pataki al Cuento / Rafael C. Calderón Casamayor --
Pamplona: Universidad de Pamplona. 2023.
154 p. ; 17 cm x 24 cm.
ISBN: 978-628-7656-10-9

© Universidad de Pamplona

Sede Principal Pamplona, Km 1 Vía Bucaramanga-
Ciudad Universitaria. Norte de Santander, Colombia.
www.unipamplona.edu.co
Teléfono: 6075685303

Del Pataki al Cuento

ISBN: 978-628-7656-10-9
Primera edición, septiembre de 2023
Colección Educación
© Sello Editorial Unipamplona

Rector: Ivaldo Torres Chávez Ph.D

Vicerrector de Investigaciones: Aldo Pardo García Ph.D

Jefe Sello Editorial Unipamplona: Caterine Mojica Acevedo

Corrección de estilo: Andrea del Pilar Durán Jaimes

Diseño y diagramación: Laura Angelica Buitrago Quintero

Todas las ilustraciones son del libro “Mendive” cortesía del conocido pintor cubano Manuel Mendive Hoyo. Esta publicación está sujeta a derechos de autor. Queda prohibida su reproducción total o parcial sin el permiso escrito de la Universidad de Pamplona

Autor

Rafael C. Calderón Casamayor



Graduado del Instituto Pedagógico “Enrique José Varona” en el año 1973 en la especialidad de Historia. Graduado de la Escuela Taller de Narración Oral “ContArte” en el año 2006. Actualmente miembro del colectivo profesional y profesor de la Escuela Taller ContArte. Ha participado en festivales nacionales e internacionales durante su trayectoria artística. Es miembro de la Cátedra Cubana de Narración Oral “María del Carmen Garcini”.

Obtuvo Mención Especial en el Encuentro “De abril palabras andantes” del 2012. Premio de Promoción a la Narración Oral en el Festival ContArte 2012. Mención del público “Contigo Cuento” 2012. Premio de Trayectoria ContArte 2013, entre otros reconocimientos como escritor y profesor. Ha presentado espectáculos colectivos y unipersonales en Cuba y Argentina. Participación impartiendo taller en el Primer Taller Regional de Creación Teatral con expresiones del Patrimonio Cultural Inmaterial, junio 2017.

El autor del libro es sacerdote de la Regla de Ocha, (Oriate) con cuarentidos años de iniciado y treinta y dos de oficiante. Asesor en temas del folklore afrocubanos del grupo ContArte, Teatro del Relato.

Dedicatoria

*Al eggun de mí lyátobí,
Egguin bi, Rafaela Casamayor Ríos
y a todos mis ancestros.*

Agradecimientos

Ante todo, a Olofi y a mis egguns, que me guiaron a conocer los secretos de este culto, mundo totalmente desconocido para mí en mis primeros años de vida. A Luly que desde tiempos muy tempranos insistía que plasmara en el papel todo lo que iba aprendiendo, ya no en forma litúrgica sino como enseñanza.

A este afán se suman los consejos, el apoyo, la constante orientación y confianza que ha tenido mi entrañable amigo Manuel Mendive, guía en todos los pasos de mi vida, con el afán de que este culto no estuviera limitado al mito o la práctica religiosa, conociendo que es algo más; es toda una filosofía de vida en función de ayudar a que cada día el hombre sea mejor y más consecuente en su andar cotidiano.

La vía para canalizar todas estas inquietudes fue la narración oral. Y fue cuando Eleguá puso en mi camino a Elvia Pérez, este es el fruto de su presencia en mi vida. No puedo olvidar el apoyo incondicional de familiares y ahijados muy especialmente, a Pepe Obba Orun, a María de los Ángeles Tata, para todos muchas gracias, larga vida y Aché.

Palabras al lector

“En Cuba, existe un tipo de cuentero urbano que no tiene conciencia de que lo es, porque su función principal es ser sacerdote o sacerdotisa de las Reglas de Osha e Ifá...” Elvia Pérez.

A partir del Segundo Encuentro de Escuelas de Narración Oral y por el interés despertado entre los compañeros participantes del mismo en torno a esta temática, pongo en sus manos este trabajo tomado de la tradición oral afrocubana con el fin de enriquecer su repertorio, el cual puede ser embellecido con otras manifestaciones artísticas como son la música, la danza, y el colorido de sus trajes.

Haciendo un breve recuento histórico, considero que es bueno recordar que la trata de esclavos procedentes de África, no sólo trajo a América mano de obra barata, con ella vinieron sus hábitos, costumbres alimenticias, danzarías, así como también todo un sistema filosófico. Este complejo mágico religioso llegado a Cuba procedente de Nigeria, compuesto por la Regla de Osha e Ifá, está vinculado indisolublemente a la identidad cubana. Toda esta cosmogonía fue trasladada a Cuba mediante la oralidad, sus mitos, leyendas, cantos y danzas. Se fue fundiendo con la cultura impuesta por los colonizadores, en este proceso de “transculturación” cómo bien definió don Fernando Ortiz, así surgió lo que hoy conocemos como culto afrocubano.

En la actualidad, por sus riquezas y valores, ha cobrado personalidad propia. También se ha puesto de manifiesto en la escena, en la danza, el teatro, las artes plásticas, y el cine. Es por todo ello que consideramos importante acercarnos a su conocimiento. Esta raíz forma parte fundacional de la cultura cubana y constituye una fuente inagotable para el repertorio de nuestros artistas.

Estas publicaciones saldrán en bloques de doce cuentos cada una, teniendo en cuenta que esos son los oddun que hablan en la Regla de Osha, el dilogún, sistema de consulta oracular que el sacerdote consulta con dieciséis caracoles o cauris, de ellos está autorizado a leer solo doce, como definió en su texto el Dr. Jesús Guanche.

Los aportes que se presentan en el taller para convertir en textos orales los patakines, son válidos para cualquier mito o leyenda que venga de la tradición oral.

Para todos los artistas, estudiosos e interesados en perpetuar el caudal de tradiciones y costumbres de origen yoruba, dedico este trabajo de forma amena y sencilla cuidando no perder la esencia de las enseñanzas que nos aportan los patakines, que constituyen las fuentes de inspiración de estos cuentos.

Introducción

En la formación de la nacionalidad cubana convergen muchos factores de tipo étnicos, como elementos que la integran; la llegada de los colonizadores españoles, implicó el arribo de mano de obra esclava procedente de África, sin olvidar que posteriormente también se produjo la trata de esclavos desde Asia y no menos importante fue la presencia de gitanos, polacos y árabes, todo esto se integró formando el colorido mosaico de este país.

“Los yorubas _ según Miguel Barnet _ llegaron a América como mano de obra, como fuente de trabajo esclava, pero trajeron una cultura, que se ha sostenido, que ha resistido porque es un verdadero modelo de cultura de la resistencia, debido no tanto a sus valores de carácter externo, ni siquiera a los valores y a los aspectos litúrgicos de la religión que portaron, ni siquiera a sus músicas y danzas sino, sobre todo, a sus valores filosóficos, a los valores ontológicos de esa cultura que estaba relacionada más que con una religión específica o concreta, con formas de vida, conceptos y visiones cosmogónica del mundo”.

Cada yoruba que llegó esclavizado trajo una sólida visión del mundo apoyado en un basamento mítico propio de la religión, con un sólido sistema teológico. Todo fue transmitido oralmente hasta nuestros días, así nos han llegado los refranes, patakines y hasta la liturgia de la práctica religiosa.

Lidia Cabrera comentó que uno de sus informantes, al que describe como un escrupuloso hijo de santo, premiaba a sus discípulos con la lectura en alta voz de una viejísima libreta que guardaba celosamente (...)” con la intención de que no les entraran las palabras por los ojos sino por los oídos, porque escritas (...) ya no sonaban lo mismo...”

Esto no es más que una muestra de cómo se realizó la transmisión de las experiencias del mundo yoruba de boca a boca, simplemente por medio de la oralidad.

La presencia africana, principalmente la yoruba, marcó un elemento fundamental en este sentido dada la cantidad de su presencia y por la forma en que supieron adaptar sus creencias, hábitos y costumbres al sistema opresor que les fue impuesto. De ese continente vinieron hombres, mujeres, niños de muy diversas regiones y los dispersaron indiscriminadamente por todo el país; es bueno señalar que la mayor cantidad de estos hombres procedían de Nigeria y sus alrededores, todos de la cultura yoruba en pleno estadio de desarrollo socio-económico y expansivo.

Es preciso hacer un análisis histórico de la cultura yoruba, para comprender por qué su presencia en la actualidad es tan vigente y por qué en medio de esa masa humana africana su culto es uno de los más difundidos.

“(…) En el siglo X creció una nueva cultura en torno a Ifé, ciudad sagrada del pueblo yoruba, la cual devino en una gran potencia imperial integrada a diferentes comunidades y tribus del África subsahariana occidental en una gran confederación unidas por lazos lingüísticos. Este imperio, conformado por ciudades estados fortificados, alcanza un gran desarrollo y se apodera de las principales rutas comerciales que, en esa época, se extendía por el norte a las regiones que hoy ocupan los estados de Túnez y Libia. Por el este llegaban hasta la zona costera del océano Índico. Ifé fue la primera ciudad que rigió la vida de este imperio, lo que le confirió categoría de sagrada, es así como en el esplendor de su apogeo, siglo XII y XIII se convierte en punto obligatorio de peregrinación; por lo que se conoció como Ifé, la ciudad de los antiguos días, el lugar de la creación. Por todo ello, aun en el momento de su decadencia Ifé mantuvo su potestad de designar y ratificar a los gobernantes de los diferentes reinos. A partir del siglo XIV la ciudad de Oyó ostenta el poder político y económico del imperio. Más tarde, entre los siglos XVI y XVII Benín pasa a ocupar el lugar prominente de esta confederación por su posición privilegiada cerca de la costa, lo que permitió controlar el comercio con las naciones europeas, muy especialmente el manejo de la trata esclavista. En la época de mayor esplendor, los yorubas ocuparon territorios en los que hoy se asientan estados como Ghana, Dhomey y Togo...” Dioses Diablos de Anadria Caballero.

Esta es una de las razones por las cuales, en la actualidad se mantiene tan vigente en nuestra población esta cultura, formando un elemento de la identidad del pueblo cubano. En el proceso de "transculturación" como bien definió don Fernando Ortiz, surge lo que hoy conocemos como culto afrocubano.

En la actualidad sus riquezas y valores han cobrado personalidad propia que se ponen en evidencia en todas nuestras manifestaciones culturales. Esta raíz que forma parte fundacional de la identidad cubana con sus leyendas y patakines, constituye una fuente inagotable para el repertorio de nuestros creadores.

"Durante las últimas décadas del pasado siglo, la religión de los orichas yoruba se ha ido expandiendo, sobre todo, desde Cuba y Brasil a otros países de América y Europa. Una religión surgida en África Occidental y trasladada a nuestro continente por cautivos y cautivas lukumies; refugio espiritual de millones de mujeres y hombres con diversos orígenes étnicos, lingüísticos y socio-económicos, que hoy constituye un componente innegable de sus identidades, individualidades o colectividades", Rogelio Martínez Furé.

Para todos los interesados en perpetuar el caudal de tradiciones y costumbres de origen yoruba, hago este texto, especialmente para los que van a trabajar con la adaptación de patakines. Considero importante la selección de uno de ellos para convertirlo en cuento. Presento en el taller de Narración Oral de Patakines una selección de algunos escogidos del oráculo del Dilogún y de Ifá en su forma más pura, pero también les llevo una serie de cuentos publicados inspirados en los diferentes patakines para que puedan comparar sus estructuras, vean la necesidad de darle los sucesos necesarios para su comprensión ante el público, así como un final adecuado. Para enriquecer el estudio, sumo fragmentos de espectáculos individuales o colectivos desarrollados en la escena por mi compañía profesional de teatro del relato, que en su propuesta artística cuida no perder la esencia de las enseñanzas que nos aportan los patakines que constituyen la fuente de inspiración de los mismos.

Consideraciones a tener en cuenta en el momento de adaptar un pataki a cuento oral:

1. Selección de la historia o anécdota.
2. Tener un conocimiento elemental de la cosmogonía de la historia seleccionada.
3. Conocer las características de los dioses o energías de la historia, así como los rasgos distintivos de los mismos, teniendo en cuenta que forman parte fundamental de esa cultura, por lo que requiere un tratamiento serio y respetuoso, valorando las concepciones filosóficas y religiosas de la cultura seleccionada; teniendo presente que en el público pueden estar presente practicantes.
4. Considerar las condiciones sociales, históricas y culturales que dan origen a la historia en cuestión, ubicándolo en tiempo y espacio.
5. Análisis del texto, teniendo en cuenta enseñanza y carácter moralizador de la historia.
6. Si la historia tiene como personajes a animales, conocer los hábitos y costumbres de los mismos. De igual manera, si hace referencia a persona para enmarcarlos en su contexto.
7. Si es un tema de ficción, tratar de lograr un orden lógico, coherente, lo más creíble posible, que la fantasía no altere el mensaje.
8. Mantener un balance entre la belleza artística de lo que se presenta y su esencia filosófica/religiosa.

En estas narraciones es posible establecer tres niveles de desarrollo y antigüedad:

- Las más arcaicas corresponden a la cultura yoruba en África; en ellas se hacen referencias muy exactas a usos y costumbres, a organizaciones sociales, políticas y a animales.
- El segundo grupo corresponde a un periodo intermedio, en el que se mezclan elementos típicos de las culturas africanas con otros adquiridos de la sociedad colonial cubana.
- El tercer grupo está representado por narraciones creadas en la isla, partiendo siempre del elemento del estilo yoruba, pero en las que la temática y los personajes corresponden a la vida criolla. Son las historias más recientes.

Comparando la literatura oral antigua de procedencia yoruba, pueden señalarse estos rasgos característicos:

- Estilo simple y directo.
- Presencia de un realismo mágico.
- La reiteración como elemento estilístico, utilizada para aumentar el interés del auditorio en el desarrollo de la trama.
- Intercalación frecuente de cantos en medio de las narraciones.
- Se juega con el tiempo de la acción dramática a fin de actualizarla y provocar en los oyentes un mayor suspenso; pasándose en una misma oración, con gran osadía, del pretérito al presente y del presente al pasado.
- Marcado didactismo y profundo sentido moralizador, concentrado a menudo en un proverbio final con el que terminan las narraciones.
- Simbolismo de proyección universal y exaltación de los valores del hombre y de su vida social.

Es importante señalar que las narraciones de trasmisión oral, los patakines, cuentos de aparecidos etc. no tienen autores reconocidos y esto hace que carezcan de la estructura usualmente establecida en la literatura como tampoco de una versión única. A diferencia de un cuento tomado de la literatura, donde aparecen bien estructuradas sus partes y el hecho de tener un autor y estar publicado, les confiere una versión única.

Al preparar una historia cuya fuente es la tradición oral, debemos hacer un profundo estudio de la historia en cuestión, para determinar qué objetivos perseguimos al tomarlo con el fin de ser contado oralmente y clasificarlo para saber el sentido del mismo, por ejemplo, si es filosófico, humorístico, social, histórico, etc.

Debemos escribir la historia, encontrar el mensaje y/o enseñanza y dividirla en los tres aspectos establecidos para un cuento:

Introducción

Nudo

Desenlace

Hallar los núcleos o aspectos fundamentales de cada una de estas partes, aplicando todo lo anteriormente expuesto en lo referente a ubicación en tiempo y espacio; orden lógico o cronológico, ubicación de los personajes, respetando el(os) protagonista(s), así como el(los) antagonista(s), los personajes secundarios. Establecer la cadena de acción o sucesos que conformara la historia y le darán acción o movimiento al cuento.

Es muy importante encontrar el conflicto de la historia dándole un orden jerárquico. Es necesario dejar bien claro cuál es el conflicto del cuento, el eje medular pues sin él, la historia carecería de sentido.

Estos conflictos se expresan en las relaciones que se establecen entre los protagonistas, ayudantes, oponentes, etc.

Estos pueden ser:

- Entre fuerzas humanas.
- Entre fuerzas humanas con animales o con la naturaleza. Entre fuerzas humanas con fuerzas sobrenaturales.
- Entre dioses, animales o fuerzas sobrenaturales humanizadas.

Generalmente los patakines son historias muy breves, muchas veces conservan su esencia, pero en su recorrido por el tiempo - de boca a boca- han sufrido modificaciones o versiones. Es tarea nuestra encontrar la más apropiada y que brinde belleza estética al cuento. En ocasiones la introducción es muy breve o no existe y el desenlace no resuelve el conflicto o carece del sentido de cierre de un cuento; es ahí donde se pone en juego nuestra creación teniendo en cuenta los elementos anteriormente señalados.



Primera clase:

- Ejercicio de presentación.
- Diálogo sobre la formación de la nacionalidad cubana.
- Breve análisis sobre la influencia de las distintas culturas antes señaladas en la formación de la nacionalidad cubana, para llegar a la siguiente conclusión:
Existen dos grandes vertientes en la formación de la nacionalidad cubana, de un lado la presencia europea y por otro, la africana.
- Hacer énfasis en cómo estas influencias tienen sus manifestaciones en la música, en la danza, en las artes plásticas, en el arte culinario y en las concepciones filosóficas-religiosas.
Analizar en colectivo la influencia africana y particularmente la yoruba.
- ¿Por qué particularmente la influencia yoruba?

Analicemos el siguiente cuadro, teniendo en cuenta su presencia en Cuba.

Nigeria

Es el país más poblado del continente africano.

Limitado:

Al norte: El río Níger y el lago Chad. | *Al este:* Chad y Camerún.

Al sur: El Golfo de Guinea. | *Al oeste:* Benín.

La primera cultura que se desarrolló en Nigeria, es la llamada cultura de Nok que floreció entre los siglos VI y I a.n.e.

Entre los siglos X y XV creció una nueva cultura en torno a Ifé, ciudad sagrada del pueblo yoruba.

Constituyeron el más centralizado de los reinos pre-coloniales, los cuales establecieron todo un sistema socio-económico y político, con una súper-estructura filosófica-religiosa. Los yorubas han sido el grupo étnico de mayor presencia en Cuba. Toda esta inmensa mano de obra esclava procedente de distintas regiones de África y diseminada indiscriminadamente por la isla, se fue fusionando aunque eran de diversas etnias, distintos hábitos y costumbres.

Su modo de vida, costumbres, hábitos, estructura filosófica –religiosa nos llega a través de la literatura oral. Es así que la oralidad constituye la principal fuente de información de sus saberes. A partir de ella conocimos:

- Hábitos alimenticios.
- Música y danzas.
- Modos de vidas.
- Costumbres.
- Conceptos filosófico y cosmogonía.

Otro de los aspectos para ver su influencia en nuestra cultura, es el refranero cubano señalando la procedencia de los mismos.

El refrán siempre aporta una minúscula verdad y resume la moraleja de una narración que, generalmente consta de dos partes inseparables. Vemos así la composición gramatical de los mismos, la que consta de dos momentos.

Ejemplos:

- El perro tiene 4 patas y coge un solo camino.
- El perro tiene 4 patas
- y coge un solo camino.
- El que sabe no muere como el que no sabe.
- El que sabe
- No muere como el que no sabe.

Hacer juegos con los refranes cruzados entre sí.

Ejemplo:

- 1) El perro tiene cuatro patas

- 2) Pero coge por un solo camino
- 3) El que sabe no muere
- 4) Como el que no sabe.

En el ejercicio se entregarán los refranes escritos fragmentados.

- Se divide el colectivo en dos grupos.
- Una parte recibe el número entero (1) y el otro grupo el fragmento (1.1)
- Se leerán en voz alta:

Ejemplo de refranes:

- | | |
|------------------------------------|------------------------------------|
| 1. Chivo que rompe tambor | 7. Estire los pies |
| 1.1 Con pellejo paga | 7.1 Hasta donde alcance la sábana. |
| 2. El que sabe | 8. ¿Usted es loco? |
| 2.1 No muere como el que no sabe. | 8.1 ¿O se hace el loco? |
| 3. El perro tiene cuatro patas | 9. Si lluvia no cae |
| 3.1 Pero coge un solo camino. | 9.1 Maíz no crece. |
| 4. Si su cabeza no lo vende | 10. El que paga lo que debe |
| 4.1 No hay quien lo compre. | 10.1 Queda libre. |
| 5. Perro que come hueso | 11. El que mucho abarca |
| 5.1 Satisfacción para su pescuezo. | 11.1 Poco aprieta. |
| 6. Lo malo que hizo una vez | |
| 6.1 No lo repita. | |

Analizar como el refrán en si encierra una conversación, la ilustra o la concluye.

Cierre de la clase:

- Hacer un círculo deseándole al siguiente compañero una palabra de esperanza.
- Seleccionar la palabra más optimista y tomados de la mano decirla al unísono.

Segunda clase:

- Analizar colectivamente si tienen conocimientos del origen de los refranes examinados en la clase anterior.
- Analizar oralmente como muchos de estos refranes ilustran o sintetizan una conversación del Sistema Adivinatorio de la Regla de Ocha o de Ifa.
- Analizar las formas de adivinación de la Regla de Osha y de Ifa.

Sistemas adivinatorios

Coco

Dilogun

Ekuele



Refranes

Patakies

Lectura y comentario del siguiente fragmento:

Patakies: historias que llegaron para quedarse

En su ensayo "Los bailes y el teatro de los negros en el folklore de Cuba", del destacado investigador cubano Fernando Ortiz, ya se refleja el arte que llegó con los esclavos negros a nuestro país. Dedicó todo un capítulo a sus maneras de contar historias, sus gestos, voces y lo que adorna este viejo arte, pero fue más vinculado a sus creencias y rituales que estas historias pervivieron. Los sistemas adivinatorios de Ifá, Regla de Osha fundamentalmente, están constituidos sobre la base de cientos de historias aleccionadoras con las que el sacerdote instruye al neófito o iniciado; ellas han permanecido en nuestra cultura a partir de los rituales, conservando la gracia y fuerza de esos primeros narradores africanos estudiados por el sabio don Fernando Ortiz.

Pataki:

Son narraciones que acompañan a los oráculos del Dilogún y de Ifá, mediante los cuales los Iyalochas, Babalochas, y sacerdotes de Ifá comunican al consultado lo que le han profetizado las divinidades.

Con los años pasaron de ser secretas en los rituales, al conocimiento de la mayoría de la población y han sido llevadas a todas las manifestaciones del arte. En la actualidad, es el trabajo de los narradores orales el que más se nutre de este antiguo arsenal de cuentos y leyendas. En nuestra propia experiencia como practicante a la vez que narrador oral, tropiezo con el hecho de que no todas las historias se pueden contar tal cual están recopiladas. Es a partir de esa experiencia que he racionalizado, propongo las siguientes consideraciones para todos los interesados en el tema.

Generalmente tiene la estructura de un cuento:

- **Introducción**
- **Nudo**
- **Desenlace**

Ejemplos:

Un hombre fue enviado a gobernar un país. Para hacer el viaje escogió para que lo acompañaran algunos de los que creía sus mejores amigos, pero estos durante el viaje trataron de darle muerte.

Introducción: un hombre fue enviado a gobernar un país.

Nudo: para hacer el viaje escogió para que lo acompañaran algunos de los que creía sus mejores amigos.

Desenlace: pero estos durante el viaje, trataron de darle muerte.

Otro ejemplo:

Un hombre tenía una cría de cochinos muy grande, se dedicaba nada más que a criar cochinos; todos los días les llevaba comida una vez al día y cada vez que llevaba la comida, cogía uno de los más gordos que había en el corral para matarlo. Pero entre esos cochinos había uno que se dio cuenta que todos los días faltaba uno y era el más gordo de todos. Entonces vio que era porque todos comían mucho y engordaban y desde ese momento pensó no alimentarse ni él ni su familia y en lugar de comer la comida buena que le traían sus dueños, para engordarlo, lo que hacía era

comer tallos de plátanos machos y ristras de ajos para no engordar. Y todos los días se arrimaba al mismo lugar de la cerca a rascarse; con el hocico abrió un hoyo en la cerca y allí agrupó a toda su familia, por ese lugar se escaparon él y todos sus familiares.

Introducción: Un hombre tenía una cría de cochinos muy grande, se dedicaba nada más que a criar cochinos; todos los días les llevaba comida una vez al día y cada vez que llevaba la comida, cogía uno de los más gordos que había en el corral para matarlo.

Nudo: Pero entre esos cochinos había uno que se dio cuenta que todos los días faltaba uno y era el más gordo de todos. Entonces vio que era porque todos comían mucho y engordaban y desde ese momento pensó no alimentarse ni él ni su familia y en lugar de comer la comida buena que le traían sus dueños, para engordarlo, lo que hacía era comer tallos de plátanos machos y ristras de ajos para no engordar.

Desenlace: y todos los días se arrimaba al mismo lugar de la cerca a rascarse; con el hocico abrió un hoyo en la cerca y allí agrupó a toda su familia y por ese lugar se escaparon él y todos sus familiares.

Tabla sincrónica

Deidad Yoruba	Sincretismo católico	Fecha de celebración	Colores y atributos	Características generales
	Olofi Olorun Olordumare	Dios supremo del Panteón Yoruba, creador del cielo y de la tierra. Fuente de energía, de calor vivificante es el sol. Espacio cósmico o celestial donde conviven todas las energías.		
Eleggúá	San Antonio. Niño de Atocha. El Anima Sola.	13 de junio	Rojo y negro. Blanco y negro. Garabato.	Oricha guardián de las puertas, los caminos y las encrucijadas, es el día y la noche, la risa y el llanto, niño o anciano juguetero.
Oggún	San Juan Bautista. San Pedro.	24 de junio 29 de junio	Verde y negro.	Dios de los metales, vive en el monte, trabaja incesantemente la fragua y el hierro. Se le identifica con la guerra.
Ochosi	San Norberto.	6 de junio	Lila, azul y amarillo.	Dios de la cacería, hábil, astuto e inteligente, forma parte de la tribología de los guerreros, su símbolo es la imagen de un arco y flecha en plena función de disparo.
Obatalá	Nuestra Señora de la Merced.	24 de septiembre	Blanco.	Oricha del cielo, la tierra y la inteligencia concebido en un nivel divino superior, padre universal y creador de todo lo que vive y existe en la tierra.
Yemaya	Nuestra Señora de Reglas.	7 de septiembre 8 de septiembre	Azul y blanco.	Oricha del mar, diosa marina, dueña de tres coronas: Cielo, mar y tierra.
Babalu Aye	San Lázaro	17 de diciembre	Morado.	Oricha de la lepra, la viruela, las úlceras y las epidemias, protector de las personas con dolencias, se acompaña con dos perros como guardianes.
Oya	Nuestra Señora de la Candelaria. Santa Teresa de Jesús.	2 de febrero 15 de octubre	Carmelita marrón.	Dueña del viento, la centella y de las tempestades. Su ejército está formado por los Eggun. Iku es su auxiliar.
Ochun	Nuestra Señora de la Caridad del Cobre.	8 de septiembre 12 de septiembre	Amarillo	Dueña de la risa, la miel, de los ríos, y del amor. Es todo un símbolo de la feminidad.
Chango	Santa Bárbara.	4 de diciembre	Rojo y blanco.	Dios del rayo y del trueno, rey del tambor, de las fiestas y la virilidad.

Deidad Yoruba	Sincretismo católico	Fecha de celebración	Colores y atributos	Características generales
Aggallu	San Cristóbal	16 de noviembre	Rojo y vino.	Oricha del fuego, dueño del volcán. Se identifica por las enormes dimensiones de su cuerpo.
Orulla	San Francisco de Asís	4 de octubre	Verde y amarillo.	Oricha de oráculo del libro de los secretos, adivino, trabaja con su tablero y el Ekuele.
Ib belly	Cosme y Damián	26 de septiembre	Variados colores.	Orichas gemelos que a través de sus inquietudes, travesuras, bailes y maldades vencieron al diablo.
Oricha Oko	San Isidro Labrador	15 de mayo	Azul y rosado.	Oricha de la agricultura y la fertilidad de la tierra.
Obba	Santa Catalina de Siena	29 de abril	Rosado.	Esposa legítima de Chango, se dice que su llanto la convirtió en un ojo de agua donde habita.
Osain	San Antonio Abad San Silvestre San Ramón Nonato			Domina el saber de la vegetación, de sus poderes mágicos y curativos, no se deja ver porque tiene un solo pie, un ojo, una oreja, pero lo sabe y lo ve todo.
Inle	San Rafael Arcángel	24 de octubre	Verde, azul y amarillo.	Oricha de la medicina, es el médico del Panteón Yoruba, junto a Osain domina el secreto curativo de las plantas.

Fuente: Elaboración propia

Ejercicios:

Ejercicios con patakines para hacer las versiones orales.
Entregar por grupos breves patakines para contarlos al encuentro siguiente.

Cierre de la clase:

Si algún participante tiene en su repertorio un pataki que lo narre, de no ser así que lo haga el instructor.



Tercera clase:

- Escuchar las narraciones de los talleristas.
- Recordar de manera oral y grupal que: para versionar un pataki tenemos que tener muy en cuenta los siguientes conceptos:

El modo de contar

Analizando nuestra literatura oral de antigua procedencia yoruba, pueden señalarse algunos rasgos característicos:

- Estilo simple y directo.
- Presencia de un realismo mágico.
- La reiteración como elemento estilístico; utilizada para aumentar el interés del auditorio en el desarrollo de la trama.
- Intercalación frecuente de cantos en medio de las narraciones.
- Se juega con el tiempo de la acción dramática a fin de actualizarla y provocar en los oyentes un mayor suspenso, pasándose en una misma oración - con gran osadía- del pretérito al presente y del presente al pasado.
- Marcado didactismo y profundo sentido moralizador, concentrado a menudo en un proverbio final con el que terminan las narraciones.
- Simbolismo de proyección universal y exaltación de los valores del hombre y de su vida social.
- Poder establecer tres niveles de desarrollo y antigüedad (ver página 14)

Ejercicios con patakines para hacer las versiones orales:

Escoger una o dos narraciones reelaboradas en la clase para que los talleristas las narren y concluir la clase.

Cuarta clase:

Ejercicios con patakines para hacer las versiones:

Como cuento escrito, teniendo en cuenta:

- Introducción.
- Nudo.
- Desenlace.

Como versión oral, teniendo en cuenta:

- Cadena de sucesos.
- Conflicto.
- Moraleja o enseñanzas.



Patakines:

Fraccionar el colectivo de talleristas en 5 subgrupos para que trabajen los siguientes 5 patakines colectivamente:

No. 1 Un hombre fue enviado a gobernar un país. Para hacer el viaje escogió para que lo acompañaran algunos de los que creía sus mejores amigos, pero estos durante el viaje, trataron de darle muerte.

No. 2 Un hombre invitó a sus vecinos a una cena donde sirvió las peores comidas y bebidas que encontró. Durante el convite todos comieron y bebieron sin dar muestras de disgusto, pero cuando se retiraron comenzaron a murmurar y a manifestar sus descontentos, así el hombre supo que no eran sus amigos, a pesar de que participaron de lo suyo.

- No. 3** Un viajero estaba tan cansado y sediento que se le nublaba la vista. En el camino encontró a un grupo de personas sentadas junto a un charco de agua; aunque ellos sabían que el agua estaba infestada, por maldad le dijeron que si tenía sed que bebiera. Así lo hizo y prosiguió su camino, pero pronto el agua impura comenzó hacerle daño: se enfermó y le salieron muchos granos.
- No. 4** El rey de una comarca fue por curiosidad a casa de Orula. Este le dijo que tuviese cuidado, pues el palacio estaba rodeado de enemigos. El rey se echó a reír diciendo que eso era ridículo, ya que casi los que componían su séquito eran miembros de su familia. Pasó el tiempo y el rey tuvo la necesidad de ausentarse del reino y dejó a cargo de éste a uno de los de su mayor confianza. Al regresar, encontró que sus amigos le habían usurpado el trono y querían matarlo. Para evitar esto, por consejo de Orula, hizo rogación y al ocupar su trono cambió a todos los funcionarios.
- No. 5** Había una persona quien estando mal de salud y de situación económica fue al campo a buscar trabajo. Lo consiguió en una finca cuyo dueño era muy desconfiado y siempre sus trabajadores le robaban. El nuevo empleado hizo una rogación y la enterró en medio de la finca. El dueño que lo estaba vigilando pensó que estaba enterrando lo que le había robado y lo mandó a prender. Cuando se descubrió lo que había enterrado tuvo que darle satisfacciones e indemnizarlo.



Quinta clase:

Contada de patakines trabajados en el taller por los talleristas.

Taller dirigido a todos los interesados en perpetuar el caudal de tradiciones y costumbres de origen yoruba, en forma amena y sencilla cuidando no perder la esencia de las enseñanzas que nos aportan los patakies, que constituyen las fuentes de inspiración de estos cuentos.

▲ Selección de patakines para versionarlos como cuentos:

— Eleguá, Oggún y el gallo —

Era la época que Eleguá (dueño de los caminos) y Oggún (dios de los metales) andaban separados y no se llevaban bien, por tanto, Olofi (dios supremo) no les tenía confianza y siempre lo dejaban dormido.

Dándose cuenta de eso el gallo, pensó que con su voz podría ganarse la confianza de Olofi, como sucedió. Siempre alerta, el gallo cada vez que llegaba una hora cantaba y así Olofi se despertaba. El dios agradecido le dio toda su confianza al animal, que no tardó en hacer alardear al respecto.

Todos los días paseaba los rincones del palacio y sabía todas las cosas que había en el mismo. Oggún, que le tenía odio al gallo, le dijo un día a Eleguá para captar la simpatía de éste:

— ¡Oye! Eleguá, ¿tú sabes lo que me dijo el gallo?; que Olofi no era serio, que hacía y deshacía con la virgen allá adentro del cuarto y que cuando salía se hacía el serio.

Tan pronto Oggún le dijo esto a Eleguá, éste fue corriendo donde estaba Olofi y le dijo:

— Olofi, Oggún dice que el gallo le dijo que usted no era serio, que nada más que hacía y deshacía con la virgen allá arriba en el aposento.

Como Elegguá había visto una momia que Olofi tenía detrás del armario, él se preparó para cuando comenzara el careo entre el gallo y Oggún. Inmediatamente Olofi llamó al gallo y a Oggún y le preguntó a éste:

- ¿Es cierto que el gallo dijo lo que acaba de manifestarme Elegguá, que yo no soy serio y que hacía y deshacía con la virgen en el aposento?
- Sí, es cierto, que el gallo me lo dijo- respondió el interpelado.

Entonces Olofi le preguntó al gallo si era verdad lo que decía Oggún. El gallo negó los cargos que se le hacían y a su vez acusó a Elegguá y a Oggún de pendencieros y revolucionarios. Entonces, Elegguá le dijo:

- Bueno Olofi, usted sabe que nosotros no entramos al palacio y en cambio el gallo sí lo hace. Nosotros no podemos saber que usted tiene detrás del armario una mujer desnuda escondida. Olofi al oír esta aclaración de Elegguá, se estremeció ya que no era verdad que detrás del armario hubiera una mujer desnuda alguna. Pero sí era cierto que guardaba detrás del mueble una momia, nuestro origen.

Esto lo vio Elegguá en un descuido del gallo y fue lo suficiente para pensar en la forma que iba a traicionarlo. Olofi, entendiendo que ni Elegguá ni Oggún habían pasado por donde estaba la momia dijo:

- Bueno Acuco (gallo), por andar en compañía de dos personas, desde hoy en lo sucesivo, tú serás comida y alimento de los otros. Elegguá, Oggún ¡cómanselo!

Y desde entonces, desde ese momento, Oggún y Elegguá andan y comen juntos hasta el sol de nuestros días. Sin embargo, el gallo cuando ve a otro de su especie, quiere fajarse porque desde entonces desea andar solo.

❧ Por qué se come chivo ❧

Había un pueblo que estaba corrompido y lleno de maldades que ya ni siquiera respetaban a sus familiares. Sus maldades eran tantas, que llegaban hasta el crimen.

Fue entonces, que Elegguá (dueño de los caminos) y Oggún (dios de los metales) se quejaron a Olofi (dios supremo) y éste, viendo que eran verdades lo que le exponían estos santos, dispuso que Oggún cogiera un machete y se pusiera en la entrada del pueblo y al primero que asomara la cabeza se la cortara.

Ocurrió, que Obbatalá (padre universal) tenía que hacer un ebbó (limpieza) y era el único que podía entrar en ese pueblo por mandato de Olofi, y esto, ya lo conocía Oggún.

Un día, Obbatalá se dirigía al referido pueblo para completar su trabajo y se encontró con un chivo que estaba comiéndose la yerba del camino y cuando vio a Obbatalá, que traía a cuestas un gran bulto con muchos esfuerzos, se compadeció de él y le dijo:

— Bueno, papá, ¿dónde va usted con ese bulto tan pesado?

Obbatalá respondió:

— Hijo mío, voy para un pueblo distante.

Entonces el chivo le ofreció:

— Bueno papá, yo le llevaré el bulto.

Obbatalá asintió, diciéndole:

— Bueno, si tú quieres...

Se montó sobre el chivo y siguió su camino.

Cuando Elegguá vio que se acercaban a la portada del pueblo le dijo a Oggún, ahí vienen dos personas. Oggún se preparó con su machete. Cuando el chivo asomó la cabeza, dejó caer el machete con tanta fuerza, que la cabeza del chivo rodó por tierra mientras su cuerpo se desplomaba bajo las piernas de Obbatalá.

Oggún comió la cabeza conjuntamente con Elegguá. Obbatalá siguió para su camino para cumplir con su labor. Cuando Olofi llegó donde estaba Oggún y Elegguá y ellos le contaron lo ocurrido les dijo:

— Mientras el mundo sea mundo, el chivo por desobedecer mis órdenes será sacrificado para todos los que gusten de su carne.

— Oggún y Ochosi —

Oggún (dios de los metales) a pesar de manejar bien el machete, le costaba mucho trabajo conseguir su comida, porque veía un venado y empezaba rápidamente a cortar las malezas del bosque para llegar a él y el ruido y el tiempo que demoraba hacían que su presa se le fuera y se lamentaba porque nunca lograba cazar. Igualmente le sucedía a Ochosi, que era un gran cazador y tirador de flechas que lograba dar muerte al venado, pero en cambio no podía ir a cogerlo dentro de las malezas del monte.

Entre tanto, Echú (es la encarnación de los problemas que acechan al ser humano) le decía a Oggún, que había otro más poderoso que él e igualmente le decía a Ochosi, estando ambos intrigados y enemistados a pesar de no conocerse. Pero Oggún se decidió a ir a ver a Mofá (Orula) y éste le mandó a hacer ebbó (limpieza) y a Ochosi lo mismo. Ambos lo hicieron y fueron a ponerlo en el camino.

Oggún puso el suyo al pie de una mata y siguió su camino hasta otra y allí se sentó. Ochosi, sin ver a Oggún, dejó su ebbó y fue a tropezar con Oggún; lo cual fue motivo para que tuvieran una discusión. Ochosi le dio una satisfacción y entablaron una conversación sobre la mala situación, donde ambos se lamentaban que teniendo comida no la podían alcanzar.

Un día Ochosi vio un venado a lo lejos, sacó su flecha e hizo blanco y le dijo a Oggún que fuera a cogerlo. Oggún aceptó y con su machete abrió un trillo, llegó donde estaba el venado y después lo compartieron. Desde entonces ambos convinieron en que era necesario ser el uno para el otro, pues ellos separados no eran nadie, por lo que se unieron para siempre haciendo el pacto en casa de Mofá. Por esa causa son inseparables.

— La chiva de Obbatalá —

Obbatalá (padre universal) tenía una gran cantidad de corderos y entre estos, solamente una chiva blanca como el algodón, que era la niña de sus ojos.

Oggún (dios de los metales) era el encargado de pastorear todo el ganado y Eleguá (dueño de los caminos) era el portero de la gran mansión de Obbatalá y Osún (representación del iniciado en la Regla de Ocha era en la casa de Obatalá lo que pudiéramos llamar el amo de las llaves. Gozaba de la confianza de Obbatalá y tenía la misión de atender a todos los que entraban o salían. Eleguá y Oggún no veían con buenos ojos a Osún y un día, Echu le dijo a Oggún y a Eleguá:

- ¿Ustedes quieren que Obbatalá le retire la confianza a Osún?

Estos le dijeron que sí, pero, ¿cómo hacerlo? Echu les dijo que tenía la solución y propuso que cuando Osún se quedara dormido, matarían la chiva preferida de Obbatalá. Después de comerla abrirían un hoyo y enterrarían todo lo que pudiera delatarlos. La sangre de la chiva, le untarían en la boca a Osún. Después le dirían a Obbatalá que su Aqué (chiva) se ha desaparecido.

Así lo hicieron, mataron a la chiva y se la comieron y enterraron todo lo que pudiera delatarlos como el cuero, vísceras, huesos, etc. Entonces fueron donde estaba Obbatalá y dijeron que ellos vieron entrar a su chiva, pero que cuando fueron al recuento de los animales, notaron que ella faltaba.

Inmediatamente Obbatalá llamó a Osún, que ignoraba la traición que le habían hecho sus mejores compañeros de trabajo. Estos a su vez, aparentaban estar muy asombrados. Cuando Obbatalá le preguntó a Osún:

- ¿Dónde está mi Aqué?

- Ahí está Babami (padre mío)- Él contestó.

Obbatalá insistió:

-Enseñámela, tráemela.

Osún salió a buscarla, pero no pudo traerla pues la chiva no se encontraba entre los demás animales. Osún fue donde estaban Obbatalá, Eleguá y Oggún y les dijo:

- Su Aqué no está aquí, quién sabe si Oggún no la trajo.

Pero Eleguá aseguró que la había traído, Oggún y Echu también. Es más, lo acusaron de habérsela comido. Osún protestó, pero Eleguá se acercó y señalándole la boca, dijo:

- Mira, ahí está la prueba de que te la comiste.

Obbatalá miró a la boca de Osún y efectivamente la tenía manchada de sangre.

Osún quedó confuso, sin saber qué decirle a Obbatalá; comprendió que sus amigos le habían traicionado y se echó a llorar.

Obbatalá se molestó con Osún y le dijo:

- Tu deber es cuidar la vida de todos y te has quedado dormido, para que no duermas más, siempre estarás parado. Tó iban Echú.

— Obé y el dinero —

Era un tiempo en que el dinero eran caracoles, había un Aguó (babalawo) que se llamaba Obé y estaba muy mal; por dondequiera que se metía le salía mal. Entonces fue donde Mofá (Orula) y le salió "Iroso Melli", donde se dice Maferefún (Alabado sea) Changó.

Mofá le dijo que él era hijo de Changó y padecía del estómago, que estaba mal y la muerte lo perseguía. También le dijo que tenía un amigo que siempre andaba junto con él como si fueran hermanos y se vestían iguales; que no lo hiciera más porque la muerte estaba buscando a ese amigo y podía tropezarse con él.

Obé le contestó que sí; todas sus cosas estaban mal y Mofá le dijo que tenía que hacer ebbó (limpieza) con una lata de epó (manteca de corajo), ellá (pescado), addie (gallina), acuco (gallo) para Changó; la ropa que tenía puesta y seis ecos (frutas) en cada mano. Y ese Ebbó tenía que ponerlo donde hubiera un árbol seco; que vaciara la lata del epó al pie de ese árbol y que así encontraría su suerte. Además, él tenía que pasar un susto muy grande y que cuando se asustara, fuera a ver por qué se había asustado. Obé no tenía dinero para el ebbó, pero cogió todo lo suyo, lo vendió e hizo el ebbó y se puso a buscar el palacio en ruinas, hasta que después de tanto andar lo encontró.

En ese palacio vivió un rey muy rico. Al momento de su muerte no se encontró el dinero que tenía. Miró y vio que detrás del palacio había un árbol seco, fue y vació la lata de epó al pie de ese árbol seco, pero cuando ya estaba acabando, vio que el palo se mueve y le viene encima.

Salió corriendo muy asustado, pero en eso se acuerda que Mofá le había dicho que cuando se asustara, volviera hacia atrás a ver por qué se había asustado. Retrocedió a ese lugar y se encontró con que debajo del agujero que había hecho la caída del árbol, había muchísimo dinero. Se fue y le dijo a Mofá, quien también cogió parte del tesoro. Encontró tanto dinero que le dijo a sus amigos, ellos también fueron y todos se hicieron ricos.

Pasó el tiempo y Obé no se ocupaba de nada, ni de hacer ebbó, pues como ya él se veía rico, se abandonó. Tiempo después le vino la mala suerte y volvió a quedar como antes. En cambio, todos sus amigos se quedaron ricos.

— Lo que te da el destino nadie te lo quita —

Había en un lugar un hombre ya entrado en edad, era el único en aquella comarca que sabía hacer zapatos ya que en aquellos tiempos todo el mundo andaba descalzo. Hizo un par de zapatos para él y otro para sus familiares que gustaron mucho. Todos los vecinos de aquel pueblo quisieron hacerse zapatos. Fue tanto el trabajo que tenía que hacer, que tuvo que emplear a un muchacho para que lo ayudara. Este muchacho agradecido por haber encontrado empleo, todos los días cuando iba a almorzar, solía pasar frente al mar y alzando los dos brazos hacia arriba, daba gracias y al mismo tiempo, le pedía una suerte mejor.

Un día Echú (es la encarnación de los problemas que acechan al ser humano) vio al muchacho y como éste no había hecho ebbó (limpieza) porque no tenía dinero, (como Echú era un espíritu de mal tiempo), se convirtió en joven, fue donde estaba el zapatero y le contó lo que el joven hacía. Dijo que él lo realizaba para que el mar arrasara con la zapatería. Esto lo decía para aterrorizar más al viejo, que al enterarse despidió a su empleado pagándole el importe de los pocos días que había trabajado.

Con ese dinero el muchacho hizo ebbó para Elegguá (dueño de los caminos), Echú y Olokun. Como había hecho ebbó se había quedado sin dinero ni trabajo y empezó a pasar hambre; lo cual hizo que decidiera irse del pueblo. Caminó largo rato y llegó a un lugar donde había

un hombre vendiendo guengué (¿); se acercó a éste, le pidió una jícara de a diez centavos. Cuando hubo acabado de tomar, le comunicó que no tenía dinero. Este se indignó, hizo un escándalo, mucha gente se sumó y querían maltratarlo de obra, trayendo esto como consecuencia una pequeña revolución.

Un anciano que observaba desde un rincón todo aquel proceso, sacó el dinero y pagó dicho guengué. Después acercándose al muchacho le dijo:

- Hijo, ¿por qué has hecho eso?

El muchacho respondió:

- Señor, no tengo trabajo y tenía mucha hambre.

El viejo le preguntó si quería trabajar y el muchacho le respondió que sí, entonces le pidió seguirlo. Cuando habían caminado un buen trecho, el viejo vio que estaban completamente solos y dijo:

- Mira, tu trabajo es bien poco.

Le señaló con el índice una cueva – dijo, quitaremos esa piedra que nos estorba.

Había un espacio por el cual no cabía el viejo. Le pidió que entrara y le diera ancho a la puerta para el poder entrar. Después le dio un martillo y un cincel. El muchacho entró y vio que lo que había adentro era una fortuna de oro y brillantes. Empezó a picar aquellas piedras y cuando hubo terminado, el viejo le preguntó qué era lo que había adentro. El muchacho respondió que no había visto nada, porque desde que llegó empezó a trabajar.

A los tres días, el muchacho y el viejo fueron al pueblo a desayunar, parece que por su edad o por lo que sea, al viejo le sobrevino un mal inesperado y allí mismo murió. El muchacho lo atendió bien y lo enterró. Se quedó con toda la fortuna y sobre aquellas rocas hizo un gran palacio. Se convirtió en dueño y señor de casi toda aquella comarca.

Compró un caballo blanco para ir a su pueblo, cuando llegó nadie lo reconocía. Fue donde estaba el viejo zapatero que al reconocerlo quedó asombrado de su progreso. El joven lo trató muy bien y hablaron de negocios. El vio que el zapatero estaba atravesando una situación mala; se hizo su socio para así aliviar sus males, pero poco tiempo después el zapatero murió, quedándose el muchacho dueño de todo.

— Ocolli —

Ocolli tenía que hacer ebbó (limpieza) de Irozo por cuanto en el registro que se hizo, le pronosticaron que lo estaban acechando cuatro individuos para apabullarlo porque lo consideraban pendenciero e intruso. Ocolli lo hizo y fue su salvación. Estos individuos que habían tramado su eliminación física, acordaron esperarlo debajo de un árbol muy frondoso por el que pasaba todos los días y acordaron lo siguiente: uno tenía que invitarlo a pasar por debajo del árbol, otro lo asustaría y cuando estuviera asustado y comenzara a correr, el otro lo perseguía con un palo para golpearlo. En caso de que fallara el del palo, el último individuo esperaría a Ocolli en un recodo del camino para exterminarlo.

Ese era el plan fraguado por los cuatro enemigos secretos de Ocolli, pero como él hizo ebbó, tal como lo había indicado Olofi (dios supremo), los individuos en cuestión se fueron asustando uno a uno y todos se agruparon debajo del árbol antes de llevar a vías de hecho su maléfico plan y en acalorada discusión estaban los cuatro enfrascados, cuando fueron sorprendidos inesperadamente por una descarga eléctrica que acabó con ellos para siempre, gracias al ebbó que Ocolli hizo a tiempo y también por la obediencia de no andar acompañado por un período de tiempo, tal como se lo advirtió Olofi.

— Olofi partió la diferencia —

Una vez Oggundá atravesaba una situación pésima, lo único que pensó para él comer fue hacer un jamo y se fue a pescar, pero el lugar donde lo puso, era una laguna y ésta tenía su dueño.

En la laguna en que Oggundá fue a poner el jamo, estaba un hombre tratando de pescar; desde por la mañana estaba echando carnadas y no había logrado ni un solo pescado, pero cuando Oggundá puso el jamo pescó uno. El hombre vio esto y dijo:

- Me pertenece ese pescado por que la carnada es mía y si no es por la carnada, el pescado no viene al jamo.

- Oggundá respondió - Pero el jamo es mío y fue el jamo quien cogió el pescado.
- El dueño del terreno, que a la sazón llegó dijo:
- El pescado es mío porque esta laguna es mía.

Como no se ponían de acuerdo, surgió una discusión entre ellos, se sacaron sus cuchillos.

Olofi (dios supremo del panteón yoruba), viendo que entre esos personajes iba a salir algo malo, tomó el pescado y dijo:

- Que se acabe la tragedia, la discusión, yo voy a partir la diferencia.

Dividió el pescado en tres partes, dio una a cada uno por que los tres tenían derecho al pescado.

— El hijo del babalawo —

Dos personas que les gustaba porfiar: el hijo del babalawo y el hijo de la muerte. Un día estaban jugando, cuando se le hizo tarde al hijo del babalawo y éste se acordó que su papá le había ordenado regresar antes que saliera la Luna, entonces dijo - Dejairme, antes de que salga la Luna-. El hijo de la muerte le responde - No te apures, ¿no ves que no sale la Luna? -, - ¿Cómo no va a salir? -, contestó el hijo del babalawo, - si es Luna Nueva y sale esta noche.

Como el hijo de la Muerte no le contestó porque efectivamente la Luna salía esa noche, él quería discutir y hasta decir mentiras, volvió y dijo - No, yo jugaré un rato más porque la Luna no saldrá hasta el tercer día -; el hijo de la muerte le dice - No seas bobo, la Luna sale el primer día-. El hijo del babalawo replica - Tú vas a saber más que mi papá que fue el que me lo dijo, ¿qué te juegas que la Luna no sale el tercer día? - y el hijo de la muerte responde - ¡apostado!

Entonces se fueron cada uno por su camino y cuando el hijo del babalawo llegó a su casa, contó a su papá lo sucedido en la discusión con el hijo de la muerte; el babalawo dijo - ¡Muchacho! ¿qué has hecho?, ¿no sabes que la Luna sale el primer día? - y él dijo - Sí, pero ese bobo no me puede ganar a mí, porque yo soy el hijo del babalawo.

El padre le afirma - Por la discusión tú vas a perder la vida. Entonces el babalawo dijo en la rogación que le hizo a su hijo - Aunko (chivo), Ecu (jutia), Ella (pescado) y bastante Epó (manteca de corajo) y le unta al cuero del Aunko bastante Epó y todo eso se lo manda a una loma bien alta; abre el cuero, así se hizo. Entonces vino por allí un perro a lamer el Epó y pisó el cuero y lo manchó y cuando la Luna iba a salir se le manchó un lado de la cara y ella se avergonzó y no salió ese día; al otro día asomó la otra parte de la cara y le pasó igual.

Entonces el tercer día asomó la cara, pero tarde. Así el hijo del babalawo pudo ganar, gracias a la rogación que se le hizo.

— La cabeza es la que lleva al cuerpo —

Elleunle era una persona muy buena, un rey. Pero siempre resulta esto, que, por ser demasiado bueno, la gente abusaba de él hasta querían destronarlo. Ese era Omolocun, quien le reviró la mitad del pueblo. Elleunle viendo esta situación, fue a ver a Mofá (Orula), el adivino. Éste le marcó rogación con un Aunko (chivo) y una Asia (bandera), lo hizo y se escondió con la cabeza de su Aunko en el barco. Entonces, Omolocun viendo que tenía la mitad del pueblo y que Elleunle no aparecía por ninguna parte dijo al pueblo - Tenemos que hacer fiesta para celebrar nuestro triunfo. Compraron un Aunko, lo mataron, cogieron la cabeza y la arrojaron al mar. Después, comenzaron la fiesta del triunfo.

Con la fiesta hicieron tanto escándalo que Olofi (dios supremo) dijo - ¿Qué pasara allá que hay tanta bulla? Cuando el dios quiso saber más le contaron que Elleunle se había ido y ellos estaban celebrando fiestas para poner a otro en su lugar. Entonces Olofi preguntó ¿Dónde está el animal que ustedes sacrificaron para celebrar la fiesta?, ¡enséñmelo! Los hombres fueron enseñándole parte de la carne del chivo a Olofi: las dos patas de atrás, las dos patas de adelante, las costillas en sus tres partes; falda derecha, los dos testículos, el hígado, el bofe y el corazón, el collar de la barriga y el cuero.

Todo está bien, pero ¿dónde está la cabeza? quiso saber el dios. Ellos respondieron que la habían botado. Entonces dijo Olofi - ¿Han visto ustedes caminar sin cabeza?

Después sentenció: “Illa-moille, illa moillebona, onicuacua”, esto quiere decir que, la cabeza es la que lleva el cuerpo, si ellos no pensaron que esa cabeza iba a ser reclamada y la botaron, ¿con qué cabeza iban a gobernarse?, entonces Elleunle tenía que seguir gobernando.

— El albañil —

Olofi (dios supremo del panteón yoruba), viendo que Elleunle ya no era el hombre que él había creado, mandó una tormenta y derrumbó parte de su palacio. Elleunle empezó a pasar trabajo, pero era un hombre muy inteligente, aunque le faltaba la agilidad para hacer ciertas cosas como los trabajos que requerían la reconstrucción de su palacio. Si lo hacía, podría enfermarse.

Había en esa tribu un albañil ahijado de Mofá (Orula), que por su situación desesperada fue donde el adivino y este le marcó ebbó (limpieza). Él lo hizo tal como lo indicaron. Resultó que Elleunle un día trajo a los sabios para la reedificación del palacio; tenían mucho conocimiento y muy poca práctica. En la mezcla del material olvidaron la arena y cuando ponían los ladrillos nunca quedaban firmes. Tuvieron que parar el trabajo. Entonces Elleunle les reclamó que lo terminaran; ellos le dijeron que hacía falta un albañil. Fue así como Elleunle tuvo que buscar a uno que era el único que había en el pueblo siendo precisamente, el ahijado de Mofá, que había hecho ebbó.

Cuando fueron a buscarlo se negó alegando que había sido maltratado, que la única manera para ir era garantizándole que nunca iba a quedarse sin trabajo. Elleunle tuvo que hacer un pacto y dejarlo como jefe de los albañiles de palacio y con trabajos mientras viviera.

— El gobierno de los mayores —

Había un pueblo donde Obbatalá (padre universal) tenía confiado a los mayores, el gobierno y administración por sus experiencias. Todo marchaba perfectamente bien hasta que un día, los menores se reunieron y acordaron, entre otras cosas, ir donde Olofi (dios supremo), para pedirle que les diesen participación en todas esas funciones al igual que a los mayores, porque ellos consideraban tener tanta capacidad e inteligencia. Y así lo hicieron.

Olofi esperó pacientemente que acabaran de hacer sus demandas o peticiones y después les contestó - Hijos míos, es verdad que vosotros tenéis bastante capacidad y talento, pero les falta la práctica de los mayores.

Entonces los menores, le dijeron que si no ejercían cómo iban a tener práctica. Por lo que Olofi les prometió que ejercerían y mandó a buscar a Obbatalá y a los mayores, explicándoles la petición hecha por los menores; él entendía que ello era justo.

A los mayores no les gustó la postura observada por los menores ya que ellos siempre los condujeron por un buen camino, no obstante, como mayores al fin, aceptaron la petición de los menores, retirándose cada uno a sus respectivas casas.

Sucedió que Olofi tenía que hacer un nuevo edificio para Obbatalá y les dijo a los menores- Pues bien, ahí tenéis el nuevo palacio que vais a construir, así como los materiales y todos los menesteres necesarios para la construcción; podéis empezar cuando queráis. Y los menores con alegría y satisfacción dieron comienzo a la obra, terminándola en poco tiempo.

No se podía negar que era una obra preciosa, magnífica, regia en construcción; en fin, no le faltaba nada. Los menores, jóvenes arquitectos, albañiles, mecánicos, carpinteros, etc., muy contentos y satisfechos le entregaron el palacio a Olofi y a su vez le dijeron - Ya usted ve cómo teníamos razón cuando le decíamos que podíamos hacer todo lo que hacían los mayores. Olofi les respondió - Está bien, hijos míos, todo está muy bien a simple vista. Ahora esperemos que llueva para poder complementar vuestro éxito.

Sucedió, que varios días después llovió y todo el palacio se mojó. Entonces Olofi mandó a buscar a los menores y les contó que todo el lugar se había mojado. Los menores arrancaron todas las lozas de la azotea y las volvieron a colocar por segunda vez. A los pocos días llovió otra vez y el palacio se volvió a mojar. El dios nuevamente manda a buscar a los menores y les replica cómo la misma situación ocurrió de nuevo.

Los menores quisieron otra vez levantar las lozas y Olofi les dijo - Esperad, por cuanto ustedes no saben el motivo por el cual se moja el palacio. Y mandó a llamar a los mayores que vinieron en compañía de Obbatalá; explicándoles el motivo por el cual los había requerido y al mismo tiempo les pidió que averiguaran qué ocurría con el palacio porque se mojaba cada vez que llovía. Todos partieron al reino del dios supremo y cuando llegaron a la azotea, pudieron observar que las lozas tenían un gran parecido tanto en la parte superior como en la inferior y que todas, estaban mal colocadas; al revés. Los mayores notaron la diferencia, pero no dijeron nada a Olofi, sólo le dijeron que, si los menores se creían capacitados para hacer la obra solos, ahora pedían que los dejaran actuar solos a ellos.

No obstante, si así lo querían, podían quedarse los menores para que vieran cómo ellos lo hacían. Los menores aceptaron y vieron como nada más era una simpleza lo que había que hacer en la azotea; las lozas estaban puestas al revés y no les quedó más remedio que aceptar su derrota. Entonces Olofi sentenció "Desde hoy en adelante, hasta después de la muerte, necesitarán de los mayores".

— Oyá, la dueña del viento —

En cierta ocasión Oyá (dueña del viento y la centella) apresó a Changó (dios del rayo y rey del tambor). En la puerta de la estancia donde lo tenía preso, estaba la muerte parada esperando que Changó saliera para atraparlo. Ochún (dueña de la risa, la miel, los ríos y del amor), mujer apuesta y decidida, determinó acabar con el martirio del joven que, desde hacía mucho tiempo le gustaba. Conocedora de que Oyá, por apearse a sus caprichos egoístas, había apresado a

Changó usando de carcelera a la muerte, decidió corromperla.

Con una botella de aguardiente, manteca de corajo, miel de abejas, jutía, pescado ahumado, cascarilla, nueve ocará y nueve pelotas de ñame amarillo se dirigió hasta donde estaba la muerte acechando a Changó. Le enseñó todo lo que traía y la invitó a comer.

La muerte aceptó y comenzaron a comer y beber aguardiente. Ochún, apenas bebía y observaba a la muerte tomar grandes sorbos, hasta que por fin, ésta se emborrachó. Bajo los efectos del alcohol le propone algo deshonesto a Ochún que indignada la rechaza, dándole un puntapié y lanzándola al suelo. Luego penetra en el llé (casa) de Oyá y le unta cascarilla en todo el cuerpo de Changó hasta ponerlo blanco. Lo toma por un brazo, lo saca de la casa.

Changó al ver a la muerte tendida en el suelo, envalentonado, le dio tres patadas y siguió a su compañera. Ya lejos de aquel lugar, Ochún pretendió que Changó en pago de su actitud, le proporcionase una noche de placer pero Changó escarmentado, le prometió que, si alguna vez lo encuentra en un tambor, le pagará esa deuda contraída con ella pero que por ahora quería descansar.

— Ikú y Olofi —

Olofi tenía una hija y la muerte Ikú se enamoró de ella. Se lo hizo saber a Olofi (dios supremo). Este se asombró que la muerte le pidiera a su hija por esposa y le dijo - Está bien Ikú, pero te comprometerás a traerme en cambio cien cabezas (de fenómenos del otro mundo) y podrás casarte con mi hija. Ikú, que era de pensamiento ligero, pensó para sí “¡Cien cabezas! es mejor hacerle una proposición a Olofi y es para mí ventajoso” y contestó -¿Para qué cien cabezas cuando usted sabe que hay un hombre que vale más que eso?- y es Igui.

Olofi sabía que Igui era hombre cumplidor de sus deberes y accedió a la propuesta de Ikú.

Ikú salió en busca de Igui y se encontró con Abbo (carnero), contó su entrevista con Olofi y le dijo - Si tú me ayudas en esto, yo te aseguro que nunca morirás. Abbo aceptó. Llamó a Ogá (soga) y le expresó:

- Tú que eres mi inseparable amigo te pido me hagas un gran favor. Ogá le respondió - Sí, como no.

Abbo le pidió que fuera a casa de Igui y lo trajera. Si lograban llevarse-lo a Olofi, se salvarían los dos. Ogá fue a casa de Igui y cuando llegó ya éste estaba acostado. Ogá tocó tres veces a su puerta, pero Igui se había hecho rogación y en ella le advertían que a nadie le abriera la puerta después de que se acostara. Ogá tocó e Igui contestó - ¿Quién es?". Yo, tu amigo Ogá, ábreme- contestó el aludido.

- No puedo, ya estoy acostado- respondió Igui. Viendo Ogá que Igui no abría, se fue donde Abbo; éste se encolerizó al saber el fracaso de Ogá. Abbo sabía que Igui le gustaba el coco y cogiendo uno, él mismo se fue para la casa de Igui y tocó su puerta.

Igui dijo lo mismo que a Ogá - estoy acostado- ; entonces Abbo le dijo - No me abras toda la puerta sino para que veas lo que te traigo-, mostrándole el coco. Cuando Igui abrió un poquito la puerta y estiró la mano para coger el coco, Abbo lo cogió, lo tumbó y lo echó en una caja; se lo puso a la cabeza y emprendió la marcha al encuentro de Ikú.

Oyá, que sabía eso, se escondió y cuando Igui venía traído por Abbo en la caja, mandó al viento. Se formó un remolino que cegó a Abbo; entonces Oyá (dueña del viento y la centella) aprovechó y sacó de la caja a Igui y le echó nueve manillas en la caja a Abbo.

Pasado el remolino, Abbo siguió. Ikú que esperaba en un lugar secreto, cuando oyó el silbido del viento desapareció del lugar de su escondite. Abbo continuó su viaje hasta donde lo esperaba Onibode, el guardián de Olofi. Abbo se presentía algo, no quería entrar. Entonces Olofi maldijo a Abbo - ¡Que Changó y los eggus te coman!

▲ Doce historias de la tradición oral de patakies versionados a cuentos



Algo maravilloso

Cuentan que hace miles de millones de años, Olofi, dios supremo del Panteón Yoruba, se paseaba tranquilamente por todo Olordumare. Observaba el firmamento y vio que en medio de toda aquella armoniosa bóveda celeste faltaba algo. Tal vez, un toque final a tan hermoso paisaje. Llamó a Olordumare y le pidió que llenara aquel espacio.

¿Qué podrá ser tan maravilloso que complementara la perfección del Universo?, preguntó Olordumare preocupado.

aun no lo sé - respondió Olofi. Te encomiendo hacer algo en este lugar que de vida y de alegría, algo especial; grandioso.

Humildemente Olordumare le contestó - Padre, cumpliré su deseo con mi esfuerzo y el aché que me ha dado, pero recuerde la profecía que decía: "Se creará algo maravilloso, aunque al final te llenará de tristeza".

Sin pérdida de tiempo Olordumare se dio a la tarea. Lo haría en sólo siete días.

Llamó a Irabo, la estrella del norte, para que le diera a su obra una orientación en su andar por Ará Onú, el firmamento. Reunió rayos de sol, los amasó hasta convertirlos en una esfera incandescente, unió siete estrellas y las pulverizó; con ese polvo envolvió aquella pelota de fuego. Estaba tan caliente que no logró obtener un cuerpo con una superficie homogénea: era compacta, con elevaciones, depresiones, en su interior aun estaba caliente y la soltó. Con su aliento la echó a girar sostenida por dos de sus grandes dedos para que se enfriara poco a poco. Formó una gruesa capa llena de nubes, vientos, rayos y centellas que envolvió aquella masa y se precipitó: llovió, llovió...llovió mucho, hasta que finalmente aquel inmenso cuerpo se enfrió. Las regiones más bajas y deprimidas se llenaron de agua y las más elevadas se irguieron como grandes zonas montañosas. Surgieron las llanuras y los valles en una rara combinación de sólido y líquido, de altos y bajos.

Olordumare en solo siete días cumplió su cometido y lo mostró. Olofi quedó fascinado con la obra y dijo:

- Hijo, grande ha sido tu esfuerzo para realizar en tan poco tiempo algo tan maravilloso, es un lugar digno de tener vida y alegría. Le pondré como nombre Aye o Tierra, que es lo mismo. Oddua y Obbatálá se encargarán del resto - sentenció.

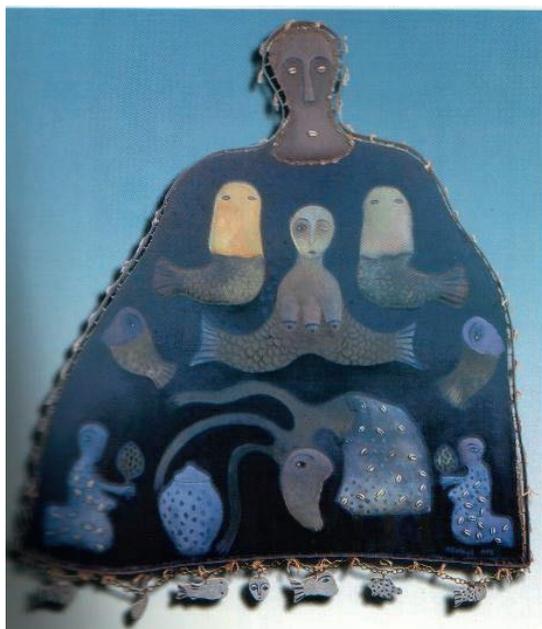
Olordumare lleno de alegría le dio las gracias al Padre por el reconocimiento a su trabajo y continuó su ritmo habitual.

Olofi envió de lo infinito una cadena, cuyo primer eslabón se pierde en la inmensidad de Olordumare hasta la montaña más alta de la tierra africana. Se dice que por allí bajaron los orichas que terminaron el mandato de Olofi.

Así descendió Odudua, para crear en la tierra la flora y la fauna y les dio el espíritu para que tuvieran vida, crecieran y se multiplicaran.

La culminación de la obra estuvo en manos de Obatalá; él creó al hombre, le puso cabeza con inteligencia y sabiduría para multiplicarse.

El deseo de Olofi quedó cumplido. Pero el hombre cada día destruye lo que con tanto amor se creó, la depredación de los bosques, la contaminación ambiental y las pugnas entre los pueblos, están logrando que se cumpla la profecía: *“Crearás algo maravilloso, aunque al final te llenara de tristeza”*.



Omí Tuto: Agua Fresca

Cuentan que en el tiempo en que el hombre empezó a poblar la tierra, los niños eran maltratados por sus padres y por todos los que tenían que ver en su crianza y educación.

Decían que invertían mucho tiempo en cuidarlos; había que alimentarlos,

velar por ellos y que solo cuando alcanzaban determinada edad, podían ayudar en algunas de las tareas cotidianas. Cuando se convertían en adultos y eran productivos, se casaban y se marchaban. Todo el tiempo invertido en ellos era como agua en canasta.

Las quejas se producían constantemente y llegaron a los oídos de Olofi, dios supremo de los yorubas. Indignado, sabiendo que los niños representan la continuidad de la especie humana, se los llevó al cielo. Allí cuidaría de ellos hasta que fueran adultos y pudiera devolverlos a la Tierra. Para castigar a los humanos por esta acción, suprimió el omí (el agua) en el planeta. Puso a Eshu de guardián para que velara por el cumplimiento del castigo.

En un principio los humanos disfrutaron de paz con la ausencia de los niños. Hasta ese momento llovía regularmente, la ausencia del agua no se sintió. Al paso del tiempo los ríos se fueron secando, las lagunas se fueron convirtiendo en agua estancada. No había cascadas. Las plantas se secaron, los animales morían constantemente y la tierra se agrietó. Cuando se acabó definitivamente el agua, la situación se hizo desesperada.

Los hombres y mujeres se reunieron invocando a sus dioses para que intercedieran por ellos ante Olofi. Los orichas escucharon los ruegos. Decidieron ir al cielo a pedirle al dios supremo que perdonara a sus hijos, pero era imposible llegar hasta él. Solo Eshu y los egungunes (espíritus) podían llegar hasta el creador.

Entonces Yemayá, la madre de todos los hombres, se transformó en egungún. Cambio su pañuelo azul por otro multicolor. Se cubrió el torso con maribó (hojas de palma) y se quedó con su amplia saya de velos azules y blancos. Después emprendió el camino al cielo para ver a Olofi.

Cuando Yemayá, sumamente fatigada y sedienta se dispuso a beber agua en un charco pestilente que encontró, Olofi la vio y se compadeció de ella. Pensó también en los orichas que vivían con los hombres. Ellos nunca se habían quejado de los niños. Sintió compasión de los hombres y decidió perdonarlos.

Le entregó a Yemayá una enorme tinaja de agua para que le diera a todos los orichas. Después mando el omí a la Tierra en forma de lluvia. Poco a poco, para que no hubiera desgracias. Cada gota de agua llevaba consigo a un niño. Con esto Olofi enviaba un mensaje: el agua y los niños son la fuente inagotable de la vida y es por eso, que cuando se inicia cualquier ritual lo primero que se brinda es omí tuto, agua fresca.

La madre de los hombres



Cuentan que en tiempos muy remotos, cuando aun la tierra no estaba habitada por los hombres, Olofi, dios supremo del panteón de los yorubas, entregó los poderes a los orichas y se reunía periódicamente con ellos para tomar acuerdos, conciliar ideas y trazar las pautas para el futuro.

Cada vez que esto ocurría - al finalizar la reunión- Olofi decía un mensaje, un consejo, un pataki. Después cenaban y los despedía.

En cierta ocasión, al culminar una de estas reuniones, le entregó a cada uno un paquete perfectamente envuelto y sellado.

Ya en el camino, cuesta debajo de la empinada montaña donde vivía, los orichas sintieron curiosidad por saber que les habían regalado, pero no se atrevían a abrirlo.

- ¿Qué será?, pensaban. Se quejaban también de lo pesado del paquete.

Hasta que, al fin, Elegua con las habilidades que su padre le había otorgado, logró convencer a Changó para que abriera su regalo. Menuda sorpresa se llevó al descubrir que lo que contenía era una cabeza de carnero. Los demás sin pérdida de tiempo, siguieron su ejemplo; menos Yemayá, que se había adelantado en su regreso. Ella vivía en el mar, en la base de la montaña, llegó a su casa en un santiamén. Entró en sus aguas con su regalo y sólo ellas lo desarrollaron y le demostraron su contenido.

- ¡Maferéfún Olofi que me ha dado cabeza para vivir! - exclamó y la guardó con respeto.

Mientras, los otros orichas fueron botando o echando al camino sus regalos. Murmuraban entre dientes - Son cosas de viejo.

Otros decían - El Padre está caduco, nos ha dado la cabeza de un animal.

Pasó el tiempo y llegó el momento del siguiente concilio. Todos acudieron al llamado del Padre y llegaron a tiempo, menos Yemayá.

- ¿Y Yemayá?, ¿dónde está Yemayá? - todos se preguntaban preocupados. Era raro que viviendo tan cerca la Madre de las Aguas no estuviera puntual. Nadie podía sospechar la verdadera razón de su demora. A la hora de iniciar la reunión, hizo su entrada Olofi y preguntó a los presentes - ¿Qué han hecho con el obsequio que les entregué?

Todos se miraron alarmados. Se culpaban unos a otros. En medio del alboroto, con las enaguas aun mojadas llegó Yemayá. Cargaba un inmenso saco que contenía las cabezas que Olofi había regalado a los orichas, ya que después que ellos las botaron éstas fueron rodando hasta parar al mar. Cada vez que caía una cabeza, Yemayá las recogía y las guardaba.

Al ver esto, Olofi, se volvió a la Madre de los Mares y le preguntó - ¿Y tú Yemayá qué has hecho con tu regalo?

Yemayá, dulce, suave como cuando el mar acaricia las arenas en una apacible tarde de verano, respondió - Padre aquí está la mía y la de mis hermanos-Olofi entonces la llamó a su lado y sentenció

- Mientras el mundo sea mundo, tú serás la Madre de los Hombres, por ser la que presentó cabeza y la cabeza, es la que lleva el cuerpo.
TO IBAM ECHU.

El día y la noche

Hace mucho, cuando no existía el reloj, ni calendario, la vida en la Tierra se llevaba a cabo según la voluntad de Olofi, dios supremo del Panteón Yoruba. Cuando abría los ojos, se hacía el día, si estaba triste el cielo era gris, si por algún motivo lloraba llovía; pero si estaba feliz el día era radiante.

Cuentan que una vez, después de un excesivo día de trabajo, Olofi se dispuso a descansar. Estaba realmente tan agotado que se durmió y se hizo de noche. Dormía tan profundamente, que el sueño duró días y días, no se sabe cuántos pues no existía el calendario.

Los hombres y mujeres en la Tierra también dormían. Despertaban de cuando en cuando, pero al ver que aun era de noche, volvían a sus lechos. Así ocurría con los animales y con las plantas. Todo estaba oscuro y dormitando.

Llegó el momento en que las plantas empezaron a marchitarse. Los seres humanos y los animales corrían el mismo destino, el frío y la oscuridad reinaban en la tierra.

Un buen día los hombres y mujeres se levantaron cansados de tanto dormir, se reunieron y comentaban:

- Hemos dormido mucho, pero mucho tiempo - dijo una voz entre bostezos.

Alguien respondió - Llevo tanto, pero tanto tiempo acostado, que mis huesos están oxidados.

Así se fueron suscitando comentarios, hasta que una vez reunidos decidieron ir donde Orula, dueño del tablero de la adivinación, para que les dijera qué podrían hacer.

Orula fue despertado por la muchedumbre pues también dormía. Rápidamente consultó el oráculo y dijo -Hay que convocar a un concilio con todos los orichas; les doy la encomienda de avisarles y si están dormidos los despiertan.

La voz de la reunión corrió por todas partes, los orichas fueron avisados y acudieron a la cita.

- ¿Qué se podría hacer? Se preguntaban sin encontrar una respuesta alentadora.

Obbatalá cauteloso como de costumbre dijo -No se desesperen, encontraremos una solución - En ese momento apareció Orula con su tablero y sin dilación les dijo

- Hermanos míos, tenemos que despertar a Olofi de este largo sueño, pero tenemos que evitar que el Padre se asuste, ni provocar su ira, pues no sabemos porque decidió dormir por tanto tiempo.

Todos estuvieron de acuerdo, pero ¿cómo sacarlo de su largo sueño?

Changó propuso lanzar un trueno tan fuerte que toda la tierra temblaría.

Elegguá propuso con su garabato tocar la puerta del palacio de Olofi suavemente; tres toques serían suficientes. El problema era cómo llegar hasta la puerta del palacio y burlar la guardia.

Oyá ofreció que un remolino; Oggún dejar caer su masa de hierro sobre el yunque, Aggallú provocar la erupción del volcán, pero ninguna de estas sugerencias cumplían los requisitos de Orula: no asustar, ni provocar la ira de Olofi.

- Yo y sólo yo puedo llegar a la casa de Olofi - dijo alguien.

Todos dirigieron sus miradas hacia el lugar de donde venía aquella dulce y melodiosa voz; era Ochún.

- ¡Pero tú! -exclamó muy sorprendida Yemayá. - Eres la más pequeña de todos - dijo en tono maternal- Es una encomienda muy grande.

- El mismo Olofi me dotó de un arma que es capaz de lograr lo que todos desean: despertarlo sin asustarlo ni provocar su ira – respondió la más pequeña.

- Pero ¿cómo llegarás hasta las puertas del palacio? - Le preguntaron a coro.

- Con la ayuda de todos ustedes –fue la respuesta- Sólo necesito echen en mi cesta un poco de chequeté, pan, agujas de coser, hilo; yo llevaré la miel que es mi aché.

Se vistió con su mejor túnico, se untó canela como polvo facial; alisó sus cabellos con agua del río, se puso sus manillas y ató un chal a su cintura. Lista y hermosa, la joven emprendió su viaje tomando el camino hacia el palacio de Olofi.

Tardó tal vez dos o tres días - no se sabe - siempre era de noche. Al llegar a la primera garita los guardianes del palacio que se despertaron con sus pasos le preguntaron - ¿A dónde se dirige joven?

- Soy Ochún, necesito ver a Olofi – Les respondió- traigo una importante encomienda de todos mis hermanos, los orichas.

- ¿Olofi? Él aun está dormido - dijo el más viejo de los guardias.

- Ese es precisamente el problema – respondió Ochún. Y después explicó lo que estaba ocurriendo con los animales, las plantas, las personas. A continuación, les brindó pan y chequeté que gustosamente aceptaron. Después la dejaron seguir su viaje.

No había caminado mucho cuando se encontró con otros guardianes. Estaban sucios y con las ropas descosidas de tanto tiempo en uso. Estos también le impidieron el paso, pacientemente volvió a explicar todo lo que estaba ocurriendo. Ellos también estaban afectados entonces se ofreció amablemente a lavar y coser sus ropas. Cuando terminó, la dejaron llegar a las puertas del palacio.

Finalmente, la más pequeña de los orichas pudo llegar donde Olofi aun dormía. Lentamente dispersó poquitos de miel en la puerta del palacio, en las ventanas y por todas las inmediaciones, una vez concluido esto movió suave pero muy rítmicamente sus manillas y se sentó en la puerta a esperar. Repitió el tintineo de sus manillas. No tuvo que repetirlo más.

El delicado olor de la miel y el sutil tintineo de las manillas despertaron al Padre. Como por arte de magia, la puerta se fue abriendo y apareció la enorme figura del creador. Ella se postró a sus pies rindiéndole moforivale.

Olofi, aun soñoliento la levantó del piso; le hizo pasar y le preguntó el motivo de su visita. Ella gustosamente respondió a todas las preguntas. Cuando Olofi tuvo conciencia de lo ocurrido se sintió apenado por su actitud; agradecido por lo que hizo la pequeña Ochún le concedió otro aché. Ser la mensajera de los dioses porque pudo llegar hasta él.

La vida en la tierra volvió a la normalidad; los días sucedieron a las noches, las plantas renacieron, las aves construyeron nuevos nidos, en fin, la todo volvió a ser como antes era y como es hoy. Desde entonces y hasta hoy, Ochún, la dueña del oñí (miel) es también por sus virtudes la mensajera de los orichas.

To Ibam Eshu (Que así sea)

Ikú, Ano y Arallé

Hace mucho tiempo existió una gran revolución entre los osorobos: Ikú (la muerte), Ano (la enfermedad) y Arallé (la tragedia). Ellos se disputaban la jerarquía que tendrían en la tierra sobre los hombres. Mientras se ponían de acuerdo, cada uno por su parte dieztaba la población acabando con la tranquilidad de todos.

Tanto eran los ruegos y súplicas de los hombres para que reinara la paz en la Tierra, tantas las ofrendas a los orichas, que un buen día estos ruegos llegaron a oídos de Olofi y este decidió determinar cuál sería el osorbo que gobernaría y poner fin a esta querrela.

Para tomar una resolución lo más justa posible citó a los tres contrincantes y los retó a una competencia. Resultaría ganador el que lograra la mayor cantidad de cabezas de personas muertas en un plazo de 9 días. Ikú (la muerte) dada su condición, se sintió segura de ser la ganadora sin hacer muchos esfuerzos. Ano tuvo que ponerse a pensar cómo ganaría; fue a recorrer todos los rincones, caminos, casas, donde habitaran seres humanos para ver lo que podía lograr.

Arallé no tenía muchas posibilidades porque haciendo un análisis, a diario mueren personas de muerte natural y les pertenecen a Ikú, si están enfermas y mueren son de Ano, pero es muy difícil que una discusión produzca tantas muertes como para ganar la competencia.

- Tal parece que Olofi no me quiso favorecer - susurraba en voz baja el pobre Arallé. Pensando qué hacer se fue a casa de Orula, el oricha de la adivinación y los secretos a buscar consejo.

Orula lo registró con su tablero, le marcó un ebbó y le indicó que preparara un palo de su tamaño forrado de blanco. En el extremo superior debía colgar nueve cintas blancas con nueve caracoles y nueve cintas blancas con nueve cascabeles. La víspera del certamen, después de las doce de la noche, cuando sus contrincantes emprendieran el camino hacia el templo de Olofi, Arallé debía salir envuelto con una sábana blanca. Debía hacer sonar su erunllenye que es así como se le llama a ese palo.

Orula le dijo -Sucederá algo inesperado, no se asuste, recoja lo que allí encuentre y deje en ese mismo lugar el saco con lo que lleva; deposita a un lado del camino la sabana, el palo, el cartucho con el ebbó y sigue adelante sin mirar para atrás.

Así se hará - dijo Arallé volviendo tranquilamente a su faena para salir victorioso en la competencia.

Al fin llegó la octava noche y Arallé había preparado todo lo que Orula le había indicado, cogió el cartucho con el ebbó, la sabana y el erunllye; ya pasada las doce emprendió su camino.

Con la mano izquierda sostenía el palo, en la otra llevaba el ebbó y sobre la espalda, el saco con las pocas cabezas que pudo reunir; se cubrió con la sábana, el camino tenía varias encrucijadas. De repente, en una de ellas sintió algo que se acercaba, a unos pocos pasos lo interceptaría; era Ikú con su enorme saco lleno de cabezas humanas, que motivado por aquel extraño sonido se acercaba muy cautelosamente. Pero se llevó una enorme sorpresa cuando pudo ver una figura no identificada, con aquel objeto que sonaba sin cesar, que avanzaba hacia él. Tal fue el susto, que soltó lo que llevaba y huyó despavorida. Corrió y corrió, pero cuando se agotaron sus fuerzas se detuvo y pensó

- Si yo soy la muerte, ¿a quién le voy a temer? Sintiendo vergüenza de sí misma decidió retornar al lugar, allí encontró y recogió su saco; continuó el camino para llegar al templo de Olofi.

Arallé sin mirar para atrás como le marcó Orula, llegó al templo y se encontró con Ano que había ido por otro camino, sólo faltaba Ikú que no se hizo esperar. Ya reunidos los tres fueron recibidos por el creador al cual le rindieron moforivale. Olofi les dio su bendición y procedió rápidamente al escrutinio pues estaba impaciente por terminar tan desagradable tarea.

Veamos - dijo el Padre: Ikú, ¿cuántas cabezas has traído?

No, Olofi - respondió Ikú- segura de su victoria. - Le cedo el lugar a mi hermano Ano, si a usted no le parece mal; con una tenue sonrisa irónica.

Aceptado - dijo Olofi - y continuó diciendo - Vamos a ver Ano, ¿cuántas son las tuyas?

Año humildemente y casi entre dientes respondió:
Yo sólo he podido traer 45 cabezas, argumentando que no todos los enfermos mueren.
- Y tú Arallé, ¿cuántas has traído? Quiso saber Olofi.

Padre en realidad no sé - respondió nerviosamente Arallé - pero si usted me permite contarlas...

¡Pues claro! - dijo Olofi y continuó diciendo - Vamos hacerlo entre todos, pues veo que tu saco es bastante grande.

Y empezaron a contar, contar y contar y mientras más contaban los ojos de Ikú se ponían cada vez más grandes 79, 80, 87.

Ikú caminaba ansiosamente de un lado para el otro, - Pero ¿faltan más? - exclamó desesperadamente - al ver que el saco no llegaba a su final 98, 99 y 100. Un grito desgarrador estremeció el lugar.

¡Estamos empatados! - dijo Ikú- yo también he traído 100 cabezas.

¿Sí? - preguntó Olofi dudando de esas palabras. Y continuó diciendo - A decir por el tamaño de tu saco- pero no importa procedamos a contar:

27, 28, 29, 30. Y las otras, ¿dónde están? - Se preguntaba Ikú.

Por más que Ikú buscó no encontró ni una cabeza más. Ya se disponía a formar una tremenda algarabía, cuando Olofi satisfecho con el resultado sentenció.

- Mientras que el mundo sea mundo Arallé, que es la tragedia, la discusión, el contrapunteo, las pugnas, será el osorbo que reinará en la tierra - y prosiguió diciendo - Entre los hombres, los pueblos, los países, podrán existir discordias, incomprensiones, polémicas, las cuales siempre se podrán solucionar y finalmente lograr un acuerdo; un final feliz. Pero nunca ni la muerte ni la enfermedad podrán reinar entre los hombres.

.... Y desde entonces a los seres humanos nunca les falta en su vida el Arallé.

To Ibam Echu

I loro

Cuentan que, en tiempos muy remotos, cuando Olofi, dios supremo de los yorubas creó el mundo, entregó Aché a los orichas, creó a los animales y cubrió la tierra de abundante vegetación; le otorgó a cada uno sus tareas y responsabilidades de forma tal, que la vaca daría leche, las abejas la miel. No quedaban exentos de esto las aves del monte, a las que también había que darles jerarquía y poderes.

Olofi convocó a un concilio con las aves para decidir cuál sería la que lo representaría ante los hombres. Señalada la fecha y hora se trasmitió la noticia de boca en boca o mejor dicho, de pico en pico, por toda la Tierra.

Todas las aves sabían de la estrecha relación de Olofi y el loro, a pesar de ello estaban ansiosas por saber el veredicto final. El loro se encontraba muy distante de palacio realizando una importante encomienda, por lo que fue uno de los últimos en saber la noticia.

Así lo habían planeado algunas malsanas y envidiosas aves que pugnaban con él y comentaban:

- El loro no llegará a tiempo -

Otros aseguraban - Cuando llegue no tendrá tiempo de arreglar su plumaje y no será el más vistoso.

Pensaban así los envidiosos, esperando que el loro no fuera el elegido.

Todas las aves coincidían en que, una vez eliminado este rival, sólo les restaba vestir sus mejores galas para deslumbrar a Olofi y que ganara el mejor.

Los más malintencionados tramaban indicarle al loro el camino más largo y angosto pues no era conocedor de la zona por donde se encontraba, así fueron a su encuentro para informarle de las nuevas. Al enterarse del gran evento, nuestro amigo se dispuso de inmediato para regresar y participar en el certamen.

Trató de hallar el camino más corto y rápido para llegar. Luego de preguntar siguió el rumbo que para su mala suerte le habían indicado aquellos pájaros malsanos que no le querían bien. Le señalaron un atajo que decían era más corto y fácil de transitar.

El loro confiadamente se dispuso adentrarse por aquel camino que en realidad era más largo y difícil. En él había una cantera donde el polvo cubrió todas sus plumas, después al tener que pasar cerca de una cascada el agua lo salpicó y lo que era polvo se convirtió en lodo. Al escuchar el ruido del agua tuvo sed, fue al río y al verse reflejado se percató de lo feo y sucio que estaba. Era tanto su agotamiento que se dispuso a descansar. Tuvo tiempo de pensar y comprendió el engaño de sus hermanos.

Aun así y con gran brío sacudió sus plumas, abrió sus alas y se dijo - Debo llegar ante Olofi, por ninguna causa el perdonaría mi ausencia. Recobrando su optimismo continuó el viaje.

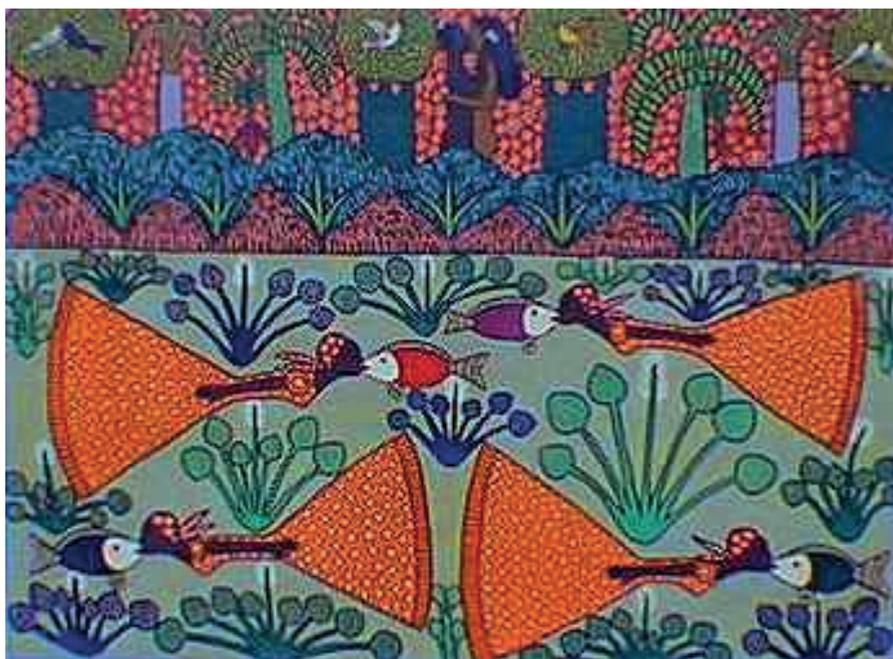
Por otro lado, en el templo, las aves del bosque junto al padre, le imploraban que escogiera finalmente el ave que lo representaría ante los hombres. Olofi sabiendo que el loro no había llegado retardaba el momento esperado. Finalmente, muy a su pesar se dispuso a dar su veredicto.

Las aves rodearon al padre; vistiendo sus mejores galas se organizaron de forma tal que podían ser vistas mostrando sus cualidades. En ese momento por el lateral izquierdo del inmenso patio del palacio, apareció un pájaro de muy raros colores, la cola de intenso color rojo y mandarina y en su pecho pequeñas plumas multicolores que lo hacían un pájaro excepcionalmente hermoso y exótico.

Se colocó en la rueda alrededor del padre para participar del certamen como todas las aves. Esta actitud del animal llamó poderosamente la atención de Olofi el cual con voz dulce pero enérgica, señalando para el ave que acababa de arribar al lugar y que no era otro que el loro determinó:

-Tú eres el elegido y sentenció: “Mientras el mundo sea mundo, los hombres y mujeres ostentaran en su corona de consagración tus plumas como símbolo de mi elección”.

To Ibam Echu



El más tierno amor

Diosa de la sensualidad, la fecundidad, la risa y la miel; unas veces agua cristalina, otras no tanto; mujer seductora o pez que se desliza a lo largo y ancho de su caudaloso río, así es Ochún.

Cuentan las viejas leyendas nigerianas que Ochún, siendo aun una adolescente jugaba en el río. Se movía de una orilla a otra, entrelazaba sus dedos con los helechos y el lino, se desplazaba veloz como un pez tratando de coger alguno con sus manos.

Un día mientras jugaba, observó a un joven apuesto sentado en una piedra en la orilla del río dispuesto a lanzar al agua la carnada y esperar la presa. El joven pescador era alto, en su torso se observaban los músculos fruto del trabajo diario, de piel tan negra que brillaba bajos los rayos del sol, el pelo ensortijado. Ella nunca lo había visto... su corazón de adolescente latió como nunca antes.

¿Quién será? – Se preguntaba- ¿De dónde habrá salido?, ¿cómo se llamará? Estas y otras muchas preguntas se hacía. Ella quería conocer todo lo relacionado con el pescador. Indagó para resolver todas sus dudas. Supo que era pescador de oficio, designado para ello por Olofi. También que era hábil en la caza, conocedor de las plantas y tenía poderes curativos, vivía en una cabaña cerca de la desembocadura del río y que su nombre era Inle.

No le bastaba con saber esto, ella quería más, necesitaba conocerlo, hablar con él. Fue al río a buscarlo unas veces por la tarde, otras al salir el sol, o bien cuando este ya se ocultaba en las copas de los árboles. Lo buscaba afanosamente nadando en las tranquilas aguas del río.

El encuentro se producía de cuando en cuando; unas veces lo encontraba, otra no corría la misma suerte. Pero ella cada vez lo esperaba con más afán. Aunque demorara en venir, lo esperaba impaciente. Todos los días lo imaginaba, lo veía aparecer por todas partes y hasta en las noches se le aparecía en sus dulces sueños: se había enamorado. Aquel pescador iba formando parte de su vida, pero él no se había percatado de nada.

-Tengo que hablar con él - Se decía- No sabía cómo llamar su atención y se dispuso a encontrar la forma de lograrlo.

-Tal vez si me convierto en una ranita; saltando y saltando logro caer en su bolsa, me llevaría hasta su casa y junto a él viviría feliz - pensaba - Pero ¿si al verme se asusta y me echa de la bolsa o de la casa? ¡No, como rana no puede ser! - seguían sus incesantes maquinaciones.

Recordó que el pescador cuando terminaba su faena, siempre se llevaba agua fresca en su porrón - ¡Ya se! - exclamó con alegría - me diluyo en el agua, tal vez con ella se baña y así me desplazo por todo su cuerpo - ¿Y si la utiliza para limpiar o fregar? – Se cuestionó - ¡No, no como agua no!

Una mañana recogió toda su ropa sucia y hasta la limpia, la echó en una canasta y la llevó al río para lavarla. Tratando de llamar su atención tiró la canasta en la tierra en la orilla opuesta donde estaba él, extrajo todas las ropas una a una y empezó a lavar. Cantaba zalamera cuando el joven le dijo:

- Por favor no revuelvas mucho el agua pues me ahuyentas a los peces.

Volvió a su casa triste, pero aun así estaba segura que encontraría la manera de llegar a él. Mientras pensaba cómo aproximarse a su amado, nadaba y nadaba suavemente por el río. Se escondía entre las lechuguillas y los helechos sin perderlo de vista ni un instante.

Pensando, nadando, jugando con las plantas del río, observó una partida de peces multicolores. Tuvo una nueva idea - me convierto en un pez, muerdo su anzuelo, me pesca, me lleva a su casa y... ¡No, pues me comería! o tal vez me venda en el mercado. ¡No, así no!... pero... Pensándolo bien ya sé lo que haré! Se sumergió lentamente en las aguas.

A pesar del riesgo que corría se convirtió en un hermoso pez. Nadó hasta el anzuelo, lo mordió fuerte y haló el cordel como si intentara irse. El joven tiró de él. El pez en ocasiones ofrecía resistencia; otras veces se dejaba arrastrar ante la fuerza del musculoso brazo. El pescador estaba seguro de haber logrado una presa de gran tamaño por el esfuerzo que demandaba. Cerca de la orilla soltó la vara y con los puños haló del cordel. Al fin pudo ver a través del agua que era hermoso, de colores brillantes. Nunca en su larga experiencia de pescador había visto algo igual.

Parece un pez del mar - pensaba sin salir de su asombro - realmente era una presa jamás vista en el río. Siguió tirando del cordel para acercarla cada vez más a la orilla. El pescador levantó su brazo sacando el pez del agua que apenas se resistía. ¡Era casi de su tamaño! A medida que salía del agua se iba convirtiendo en...

- ¡Es una sirena! – exclamó - Pero... ¿una sirena en el río?... ¡Oh no!, tal vez es un monstruo marino.

El supuesto pez, mágicamente iba tomando figura humana y al acercarlo, de sus aletas salieron dos delicados brazos que se aferraron al torso del joven. De su cola aparecieron dos piernas que sostenían las caderas más sensuales que jamás hubiera imaginado. El cuerpo del pez tomó la figura de una mujer, que aun saltaba sostenida por cordel. Intentó retirar el anzuelo con una de sus manos. Al contacto de sus dedos con la cabeza del pez, este se transformó en el rostro de mujer más hermoso que nunca antes hubiera visto. El

pescador sin saber qué hacer y sin salir de su asombro intentó quitar el anzuelo de su boca, de la que surgieron unos labios que se fundieron con los del pescador en el beso más tierno y apasionado de todos los tiempos.



Un bien con un mal se paga

Un bien con mal se paga, esa fue la lección que aprendió un cazador, cuando andando por la sabana atrajo su atención el rugido de una fiera.

Grande debía ser por lo fuerte de su rugido. Inmediatamente se puso en guardia, tomó su arco y su flecha. Cuidadosamente se acercó al lugar de donde salía el rugido. A medida que se acercaba se hacía más lastimero. En medio de las crecidas hierbas se dejaba ver un vacío, era una trampa. Allí se encontraba un enorme tigre.

La fiera enjaulada, con un hambre voraz, imploraba desesperadamente clemencia a todo ser viviente que por el lugar pasaba. Los que allí llegaban, al ver que se trataba del tigre tan feroz, le daban la espalda alejándose del lugar. Sólo el cazador a pesar de conocer la agresiva conducta del animal, se atrevió a acercarse y preguntó:

- ¿Qué te ha sucedido?

Con una voz como de ultratumba el tigre respondió:

He caído en esta trampa y llevo días aquí sin comer, sin tomar una gota de agua, esperando por alguien que al pasar por aquí se apiade o pronto moriré - concluyó con un suspiro.

El cazador, aunque bien conocía las anécdotas, contadas por todos los animales de la selva sobre este temible tigre, pensó - Tal vez lo sucedido le sirva de experiencia y...quién sabe cambie de actitud-. Decidió ayudarlo.

Te ayudaré, pero me darás tú palabra que al salir de la trampa no atacarás animal alguno de la sabana - dijo el cazador al tigre.

Y este respondió moviendo afirmativamente con la cabeza. El cazador sacó una cuerda que traía y la tiró al hueco para que el animal pudiera trepar. Tiró de la cuerda hasta que por fin el tigre estuvo fuera de la trampa.

El felino estiró sus extremidades, rugió y le dijo así:

¿Sabes?, llevo varios días en esta trampa, tengo un hambre de mil tigres; te agradezco lo que has hecho por mí, pero debo comerte o moriré.

El noble cazador no entendía la actitud del felino y sin salir del asombro le dijo:

- ¿Cómo después que te he salvado la vida me vas a decir que me vas a comer?

Así mismo - respondió el tigre - Así es la ley de la vida: un bien con un mal se paga.

El cazador viendo que su vida corría peligro meditó y le dijo:

- Está bien, pero para cumplir con esa ley vamos a someterla al criterio de tres testigos que determinen la justicia de la misma.

El tigre, aunque impaciente por la debilidad aceptó la propuesta del cazador. Salieron juntos en busca de los testigos que darían la sentencia final.

Andando se encontraron con Malú, un buey que descansaba después de estar toda la mañana arando el campo.

Malú -Le dijo el cazador al buey, sin ningún preámbulo - ¿Tú crees que un bien con un mal se paga?

Malú respondió:

- Mira cazador, yo me paso todo el día arando la tierra, me atan a una carreta para llevar el agua del pozo a la casa; los domingos llevo a la familia al pueblo en la carreta y cuando sea viejo me llevarán al matadero y se comerán mis carnes, como ves un bien con un mal se paga.

El tigre limpió con la lengua sus largos y afilados colmillos. Iba a lanzarse sobre el cazador, cuando este le recordó que aun quedaban dos opciones..

Después de un rato caminando, vieron un perro que descansaba a la sombra de un frondoso árbol. El hombre le dijo:

- Buenos días, me pudieras decir ¿Un bien con un mal se paga?

- ¡Claro!, yo soy el mejor amigo del hombre, cuido de su casa día y noche, lo acompaño a todas partes y en pago me dan de comer huesos y la sobra de la comida. Como ves amigo mío, un bien con un mal se paga.

Con la velocidad de un rayo el tigre se irguió sobre sus patas traseras, miraba fijamente al cazador, pero el hombre dándole la espalda dijo:

- Me falta la tercera oportunidad aun no formaré parte de tu desnuda panza.

No lejos del lugar se encontraba pastando una chiva blanca, que sin querer había escuchado y acercándose al hombre y al tigre les preguntó:

- ¿Qué sucede, por qué esa querella, por qué esa rara unión de tigre y cazador?

A lo que respondió el cazador esperanzado de encontrar apoyo en la chiva.

- Lo que sucedió fue que, al salir de mi casa, en el camino encontré en una trampa al tigre. Y le contó todo lo con lujo de detalles. La chiva movió la cabeza en forma negativa y mirando a los contrincantes respondió:

- No entiendo, ¿cómo si el tigre estaba en la trampa ahora está libre aquí?

Esta vez fue el tigre el que le explicó a la chiva todos los acontecimientos ocurridos y una vez terminada su historia le dijo:

- Entonces, ¿no cree mi querida que un bien con mal se paga?

La chiva hizo una propuesta:

-Miren, realmente no entiendo nada de lo ocurrido, les propongo volver al lugar de los hechos y ejemplificar para poder comprender.

Una vez en el lugar, la chiva solicitó que le contaran de nuevo la historia. El hombre empezó, pero cuando dijo:

-El tigre estaba en la trampa- La chiva interrumpió para preguntar en qué lugar exacto de la trampa.

Como seguía sin entender, el hombre se paró en el mismo lugar donde había encontrado al tigre y a su vez el animal se metió en la trampa. Cuando todo estuvo en la posición original la chiva dijo:

- ¿Era en esta posición inicial en la que se encontraban en un principio?

En ese justo instante un rayo de sol iluminó a la chiva, apoyándose en sus dos patas traseras se transformó en un anciano de blanca cabellera y larga barba. Era Obatalá, padre justiciero y salvador del mundo, que en forma de chiva vino para hacer justicia.

Te daré un consejo buen hombre -dijo Obatalá- Cuando hagas un bien, piensa muy bien a quién se lo vas hacer y nunca esperes una recompensa por el bien realizado, porque en muchas ocasiones un bien con un mal se paga.

To Ibam Echu



Babaluayé

Cuentan que hace muchos años, Alosi, la fuerza negativa del universo, antítesis de Olofi, se le acercó y dijo - No existe hombre justo en la tierra, todo en ella esta corrompido.

Olofi, creador del cielo y de la Tierra, aseguraba que sí, aunque conocía que en la tierra los hombres no vivían como lo había pensado. La maldad, el odio, la avaricia, la ambición, habían minado la mente de los hombres. A pesar de eso Olofi expresó - Existe un hombre en la tierra por quien yo respondo.

Alosi, dudando de esta afirmación irónicamente le preguntó - ¿Quién es ese mortal en el que depositas tanta confianza?

Babaluayé - respondió con firmeza - Olofi.

Babaluayé, nombre que significa “Padre justiciero del mundo”, era un hombre justo, bondadoso, humilde. Siendo un hombre poderoso, había conseguido ser respetado y querido en su aldea.

Rápidamente Alosi dijo - ¡Claro!, ¿cómo Babaluayé no va a ser justo e incorruptible si posee todo lo que se puede desear en la tierra: salud, fortuna, un pueblo que lo adora y por si fuera poco, goza de tu absoluta confianza? Seguro estoy que si su suerte cambiara; va a renegar de ti, al igual que los demás seres humanos.

Entonces Olofi le hizo una propuesta -Tiéntalo y verás que no.

Alosi bajó y logró que Babaluayé perdiera toda su fortuna, quedando en la necesidad de pedir limosnas o comida para alimentarse. Como había sido tan justo y bondadoso las personas lo alimentaban y compartían lo que tenían con él. A pesar de estas nuevas circunstan-

cias Babaluayé nunca maldecía, ni renegaba de su destino. Por el contrario, cada mañana cuando despertaba miraba al cielo pidiendo la bendición de Olofi y que le diera fuerzas para trabajar y salir de la pobreza.

Pasado algún tiempo Olofi le dijo a Alosi – ¿Ves como Babaluayé ni reniega ni maldice?

A lo que Alosi le contestó -¿Cómo va a renegar si goza de buena salud y todos en su pueblo lo ayudan?

Olofi invitó a Alosi a que lo tentara otra vez y así lo hizo.

Babaluayé enfermó de la sangre; su cuerpo se cubrió de llagas, la lepra lo había minado. En esas condiciones, nadie se acercaba, todas las personas lo rechazaban. Ahora cada mañana cuando alzaba los ojos a Olordumare y saludaba a Olorun no sólo pedía la bendición de Olofi y fuerzas para trabajar, pedía además un poco de salud para curar sus llagas.

Al cabo de un tiempo, Olofi se acordó de Babaluayé y le dijo a Alosi

-Ya tú ves como Babaluayé ni maldice ni reniega, a pesar de su suerte.

Alosi, al verse perdido contestó - Si está caminando, ¿cómo va a renegar o maldecir?

Olofi, con la serenidad que lo caracteriza le respondió:

- Recuerda Alosi como un día me dijiste que no había nadie justo en la Tierra y te aseguré que existía uno: Babaluayé. Te autoricé para que lo tentaras, vino su ruina y Babaluayé ni renegó, ni maldijo. Dijiste que era porque tenía salud y por segunda vez te autoricé para que lo tentaras, Babaluayé enfermó y no renegó, ni maldijo. ¿Ahora qué quieres?, ¿qué le quite la vida? ¡No! devolveré la salud a Babaluayé, le daré nuevas tierras donde reinará, cuadruplicaré su simiente, su fortuna y seguidores porque él ha demostrado que es el “Padre justiciero del mundo”.

To Ibam Echu

Absuelto por falta de pruebas

Cuando Olofi repartió los poderes y las tareas que debía realizar cada oricha, decidió que Oricha Oko cuidara de las tierras de Obatalá, de su ganado, sus flores, frutas, viandas, en fin, de todo lo que tuviera que ver con la tierra. Oricha Oko con gran esmero y ahínco se esforzaba cada vez más para lograr una buena cosecha, que el ganado y las aves de corral fueran saludables, que los jardines siempre estuvieran hermosos y florecidos; tanta era la dedicación de Oricha Oko que toda la aldea tenía que elogiar sus terrenos, tanto él como Obatalá estaban muy orgullosos de los resultados logrados.

Cuentan que una mañana Changó regresaba muy cansado y hambriento. Después de pasar toda la noche en un wemilere, se encontró con Yemayá. Ella también venía agotada, tras largas horas de camino buscando hojas medicinales para las tizanas que con sabiduría preparaba para los necesitados.

- ¡Maferéfún Olofi! que te encuentre en mi camino. ¡Iyá mío! -dijo Changó- saludando a Yemayá con grandes muestras de afecto y respeto.

- ¿Qué haces tú tan temprano por esto lugares? – respondió Yemayá- sorprendida.

Changó hizo derroche de elogios para describir el wemilere. Yemayá le relató cómo había conseguido todo lo que traía en su canasta y continuaron juntos el camino.

Andando y andando llegaron a una encrucijada donde empezaban las tierras de la enorme finca de Obatalá. No pudieron hablar más, al contemplar los hermosos cultivos del lugar, viandas, hortalizas y frutas. Se veían tan lozanas y jugosas que motivaban a coger al menos una de ellas. Ambos se miraron, no hicieron faltas las palabras, el pensamiento bastó.

- Son las tierras de Babá - señaló Yemayá con tono de advertencia. Rápidamente respondió Changó:

- Él es nuestro padre, seguramente al saber que tomamos algo de su huerto no se enojará.

Sí, pero... ¿y Oricha Oko? - Advirtió temerosa Yemayá. Ella conocía bien el carácter del guardián de la finca.

No temas - respondió Changó y prosiguió diciendo en tono burlón - A ese yo le juego cabeza, ya tú verás... confía en mí.

Changó se acercó sigilosamente a la cerca que limitaba los terrenos, observó cuidadosamente que no hubiera nadie por los alrededores y de un salto la cruzó. Yemayá no podía hacer lo mismo con su enorme saya de hermosos vuelos en distintas tonalidades de azul ¿cómo cruzaría el cercado?

Como para el rey de los truenos no hay barreras. Hizo que Yemayá se acercara lo más posible a la cerca, la tomó por la cintura y de un solo impulso cayó sentada sobre los hombros de Changó. Estaba del otro lado y ahora ella podía tomar de los árboles las frutas más altas y depositarlas en su saya. Así lo hicieron; en unos instantes aquella saya parecía una canasta llena de mangos, naranjas, mameyes, guayabas, en fin, de todo lo que les gustaba. Cargados hasta más no poder decidieron regresar cruzando la cerca de la misma forma.

Ya de nuevo en la encrucijada surgió otro dilema, ¿dónde disfrutar del codiciado manjar?

A la orilla del mar -dijo Yemayá- es un lugar fresco, alejado de aquí, nadie sabrá de dónde son estas frutas.

-No, disfrutaremos de estos manjares recostados a una palma, junto al mar sabrán que fuiste tú- argumentó Changó.

-Lo mismo sucederá en la palma, busquemos otro lugar que no tenga que ver contigo ni conmigo - sentenció Yemayá.

Finalmente decidieron ir al río, allí podrían beber de las cristalinas aguas y disfrutar del exquisito manjar a la sombra de las cañas bravas, no había mejor lugar; hasta una siestecita podrían disfrutar.

Una vez en el río se lavaron sus manos, refrescaron un poco sus cuerpos y depositaron las frutas en las márgenes. Ya se disponían a iniciar el codiciado banquete, cuando de forma inesperada se apareció Elegua.

-Si fueran tan amables- dijo Eleguá con tono muy irónico -¿Me pudieran invitar a compartir con ustedes estos manjares?

Changó y Yemayá se miraron y sin salir del asombro respondieron al unísono con una sola palabra.

- ¡No!

Eleguá por su parte no se dio por aludido y se sentó en el suelo

donde estaban depositadas las frutas; entre Yemayá y Changó. Y sin darles tiempo para iniciar una polémica, les dijo:

- ¿Han olvidado que vivo en todas partes? en los caminos, en las encrucijadas. Pude ver cómo entraron a las tierras de Obbatalá, cómo de ahí tomaron estas frutas sin su consentimiento ni de Oricha Oko.

Entonces Yemayá y Changó irritados por el chantaje respondieron al unísono:

- ¡No compartiremos nada contigo!

- Pues sí y ahora por sus negativas la tercera parte es para mí, de lo contrario lo contaré todo con detalles - sentenció Elegguá.

Discutieron, cada vez de manera más violenta. A pesar de todas las amenazas de Elegguá; Yemayá y Changó decidieron no compartir nada. Inesperadamente Elegguá cogió su garabato, giró en un solo pie y se perdió por un camino que atravesaba la sabana.

Yemayá y Changó se dispusieron a disfrutar de su manjar en la quietud del lugar. La brisa acariciaba las cañas bravas creando un rumor agradable que fue interrumpido por el galopar de unos caballos.

Se pusieron de pie y vieron con asombro que Obatalá con su séquito, Oricha Oko y Elegguá estaban frente a ellos. Sin esperar un momento Yemayá y Changó se lanzaron al piso en señal de respeto y rindiendo mofofivale a Obatalá.

¡Bendición Babá! - dijeron ambos.

Obatalá tocándole las espaldas con unas ligeras palmadas les dijo:

- Aché; co diddé.

Se levantaron y se abrazaron.

Obatalá sin pérdida de tiempo interrumpió el saludo:

- ¿De dónde cogieron esas frutas tan hermosas que todavía están comiendo?

El silencio fue absoluto. Los culpables se miraron, no tuvieron tiempo para esconder ni votar nada, las pruebas del delito estaban ahí.

-Tengo fidedigna información sobre su procedencia y detalles de cómo las obtuvieron; pero deseo oírlo de sus propias bocas.

Yemayá un poco nerviosa pero astuta se tiró de rodillas en señal de súplica y dijo:

- Obbatalá corté mis pies si con ellos pisé sus tierras.

Changó sin dejar que Yemayá terminara de hablar, haciendo una ligera flexión del tórax y mirando irónicamente a Elegguá comentó:

- Corte usted mis manos si con ellas tomé algún fruto de su arboleada.

Changó bien sabía lo que hacía; él era el consentido de Babá. Conocía de su generosidad y comprensión, estaba seguro que no tendría corazón para enjuiciarlo.

- Elegguá ¿tocó Yemayá con sus pies mis tierras? – preguntó Obbatalá-Confío en la veracidad de tus palabras.

Elegguá tuvo que responder -No padre, Yemayá no pisó con sus pies sus tierras.

-Elegua - volvió a preguntar Obbatalá - ¿Tocó Changó con sus manos mis frutales?

Nuevamente respondió con voz baja, contrariado - No padre, Changó con sus manos no tocó ninguno de sus árboles frutales.

Entonces -con la serenidad que lo caracteriza- el padre de todos los orichas dijo:

- ¡Quedan absueltos por falta de pruebas!

To iban echu.

El perro y las dos gandingas

Cuentan que había un perro que se portaba tan mal que lo echaron de la casa donde vivía y se convirtió en un animal callejero. Asustaba a los niños, ladraba a las personas mayores. Era tan mal visto que los vecinos del barrio no le daban de comer, ni lo guarecían en los días de lluvia. Ante tantas penurias y necesidades decidió abandonar el pueblo y correr suerte por el mundo.

Cierta vez, exhausto de andar, sediento y con mucha hambre observó que a cierta distancia había una pequeña casa, se acercó con mucho cuidado para no ser escuchado y pudo ver al dueño. Allí vivía un campesino con su esposa, hijos y los animales de su corral.

Para suerte del perro vagabundo, el campesino había acabado de sacrificar un cordero para la cena. Ahí estaba el animal, tendido sobre

la mesa, descuerado y listo para ser picado en trozos. A un lado, una hermosa gandinga aun caliente sobre un plato. El vagabundo no dejaba de observarla afilándose los enormes colmillos, solo esperando el momento de hacer su fechoría. El hombre seguía enfrascado en su faena y en un descuido, con la rapidez de un rayo, el perro se lanzó sobre la gandinga. Cuando la hizo suya corrió, corrió, y corrió hasta alejarse de la casa lo suficiente como para no estar al alcance del campesino, que nada pudo hacer, solo gritar y echarse a reír de su travesura.

Lejos del lugar, agotado de tanto correr, se detuvo y pensó - ¡ya tengo la comida, pero para comer este manjar necesito un poco de agua fresca!

Sintió un murmullo que venía no de muy lejos, parecido al de una caída de agua, agudizó el oído y se orientó. Cerca se sentía el caer de una cascada de agua de un naciente y caudaloso río. Tenía todo lo que deseaba y fue feliz.

Se acercó al agua con su enorme gandinga en la boca. Se llevó una sorpresa al ver en el río otra más grande reflejada en el agua. Goloso, se dijo:

- ¡Hoy es mi día de suerte! Aquí tengo otra gandinga más grande y mejor.

Sin pensarlo dos veces, abrió su enorme boca dejando caer la que tenía, para coger la que se reflejaba en el río.

Pero no era su día de suerte ¡el río se llevó las dos gandingas!

Porolle

Esta es una historia que data de tiempos muy remotos. Cuando los dioses vivían en la Tierra. Entonces, a las energías de la naturaleza se les ofrendaban grandes sacrificios entre ellos, humanos.

Cuentan que había llegado a una aldea una hermosa mujer que levantó su casa en las afueras del pueblo. Era muy joven y bella; todos querían conocerla y cortejarla. Ella se ocupaba de sus quehaceres y no reparaba en ellos, la joven se llamaba Ochún.

La vida para Ochún transcurría tranquila. Un día llegó a la puerta de su casa un hombre entrado en años, estaba fatigado de tanto andar. Era un sacerdote del templo de Ifá que regresaba de sus días de retiro en el templo. Se acercó solo para pedir un poco de agua fresca.

Quedó impresionado ante la belleza de Ochún. No pudo contener su impulso y le preguntó:

¿Quién eres? -Y sin esperar una respuesta, siguió preguntando - ¿Cómo te llamas?, ¿desde cuándo estás aquí?

La joven ante tantos interrogantes no sabía por dónde empezar, ni por qué debía darle tantas explicaciones. Era una persona que ya pintaba canas, decidió ser prudente y lo invitó a pasar.

Le ofreció una jícara de agua fresca, un poco de oñí y una porción de kolá y con dulzura le contestó todas las preguntas. Orula - que era así como se llamaba el visitante- la escuchaba con atención. Supo por qué se había asentado ahí, de dónde venía y algunos pasajes tristes de su vida anterior. La joven sin quererlo se había robado el corazón del anciano. Fue así que las visitas se hicieron cada vez más periódicas y extensas. Finalmente, nació un hermoso y tierno amor entre los dos, amor que tuvo como fruto una hermosa criatura a la que le pusieron por nombre Porollé.

La niña crecía lozana al calor de su madre. El padre, que tenía que dividirse entre las funciones del templo y la casa, cuando estaba presente se esmeraba en contarle historias. También le cantaba una canción con la que, unas veces la dormía y otras la despertaba. La niña era avispada, inteligente. Orula estaba orgulloso, cuando hablaba de ella decía:

-Miren si se parece a mí, que hasta tiene un lunar como el mío en la espalda cerca del hombro.

Y el tiempo pasó. Orula tuvo que ausentarse un tiempo bastante largo en el templo; se iba a hacer sus estudios y reunirse con el consejo de ancianos. Cumplía cabalmente con todos sus deberes como corresponde a un buen sacerdote de Ifá.

Llegó la primavera y se prepararon los campos para la nueva cosecha. Hacía falta que las semillas germinaran fuertes y lozanas, para lograrlo era menester la ayuda de los dioses y sus correspondientes sacrificios. Esas ofrendas implicaban el sacrificio humano.

Se hacía una selección entre las adolescentes. La más capaz, la más lozana sería la escogida para llevar el mensaje de los hombres a Olofi. La doncella escogida asumía una gran responsabilidad, era de gran orgullo ser portadora de este mensaje. Entre tantas y tantas doncellas, la seleccionada fue Porollé.

Se iniciaron los festejos por la llegada de la primavera. Al tercer día se efectuaría el tan esperado sacrificio a los dioses ante la presencia de toda la aldea y el consejo de ancianos. Porollé fue engalanada con collares, cintas de colores muy brillantes. Llevaba en sus manos una hermosa canasta con frutas y dulces. Después que recibió los baños de purificación, le dieron bebidas preparadas para estos menesteres.

Erguida salió de la casa templo, con la frente en alto y mirando fijamente al sol. Recordó a su padre, no lo vería antes del sacrificio. Cantó la canción de cuna que le había enseñado:

Orumila talardé, baba moforivale
Baba moforivale, baba moforivale
Orumila talardé, baba moforivale

Las doncellas que la escoltaban llevando otras ofrendas empezaron a tararear la canción.

Orula había regresado justo para la ceremonia. No había pasado por su casa pues se encontraba presidiendo el consejo de ancianos. Escuchó el canto que tantas veces le había regalado a su hija. Ordenó detener el cortejo temiendo que la escogida fuera Porollé. Después dijo:

- Si la doncella seleccionada ostenta un lunar en la espalda, ha sido marcada por Olofi y no procede el sacrificio.

De inmediato las sacerdotisas y sacerdotes encargados del sacrificio revisaron a la doncella. Verificaron que se cumplía lo que había dicho Orula. Regresaron para darle el resultado del examen.

Orula sentenció:

- Esta ha sido una señal de Olofi, a partir de hoy y mientras el mundo sea mundo, no se sacrificarán más personas a los dioses; en su lugar se ofrendarán animales.

To iban Echu.



Otros cuentos para ser narrados:

Amigos inseparables

Esta es la historia de dos amigos, que todos aseguraban era una amistad inquebrantable. Cuentan que hace mucho, pero mucho tiempo, en una apartada aldea nigeriana nacieron dos niños el mismo día. Unidos desde la infancia se hicieron grandes amigos Achama y Elloquile, así se nombraban y a pesar de no tener ningún vínculo familiar eran como hermanos; habían crecido y jugado juntos, de jóvenes se iban de caza y pesquería; cuando se casaron construyeron sus chozas muy cerca una de la otra y hasta criaron a sus hijos entre sí.

Todos hablaban de lo bien que se llevaban. Eran ejemplo de sincera y diáfana amistad. Tanto era el rumor y el comentario de esta amistad, que llegó a los oídos de Echu, Eleguá, el dueño de los caminos, de la risa y el llanto, del día y la noche, del bien y el mal, que no pudo soportar la tentación de conocerlos y al hacerlo se propuso deshacer esta amistad.

¿Cómo lo lograré? - pensaba Echu- Tal vez diciendo una mentira...- tal vez pregonando por el pueblo que Achama, el buen amigo, decía que Elloquile era un holgazán, que apenas trabajaba en el campo y que siempre se estaba durmiendo.

Por otro lado del pueblo comentó que Elloquile decía que Achama no era un buen cazador, que apenas ni pescaba y al final de la faena siempre quería dividir todo lo cazado a la mitad y hasta a veces quería la mayor parte, argumentando que tenía más hijos y que en definitiva ellos eran como sus hijos.

Todo estaba bien pensado, pero como toda mentira al final se corría el riesgo de que se aclare la verdad y Echu no podía correr ese riesgo pues él no sabía perder. Siempre había pensado que si provocaba una guerra es para ganarla y hasta ahora había sido así.

- Echaré a pelear a los niños. Y esto para él no era nada difícil.

Pellizcaré a uno y empujo a otro - pensaba Echu - Le pongo una zancadilla y al caerse le echaré la culpa al otro.

- No, mejor sería si escondo algún objeto y lo pongo en las cosas del otro.

Pero como los padres eran tan buenos amigos, tal vez solucionaban el altercado dejándolo como cosas de niños y eso a él no le podía pasar. Finalmente, decidió hacerlo él mismo y disfrutar de su travesura de principio a fin, sin correr ningún riesgo.

Dicen que una mañana, cuando apenas había salido el sol, Echu vestido mitad de rojo y mitad de negro se escondió en una manigua y se dispuso a esperar hasta que pasaran los amigos para ir al trabajo como hacían todos los días. Esperó y esperó cuando los vio esperar cautelosamente que avanzaran unos pocos pasos y repentinamente corrió velozmente, pasando entre los dos.

¿Viste a ese niño vestido de rojo? mal educado que pasó entre nosotros y ni permiso pidió - comentó Achama.

Sí - respondió el otro - No pidió permiso, ni dio disculpas y prosiguió diciendo - Pero estaba vestido de negro.

No, de rojo - argumentaba el primero - acabo de verlo con mis ojos.

-Estarás ciego o serás tonto, el niño está vestido de negro - respondió el otro.

Así empezó una discusión, que cada segundo iba tomando más calor, aumentaban las ofensas y los insultos y cuando ya estaba en su punto más candente como para irse a las manos, Echu que se encontraba muy cerca del lugar y se retorció de la risa disfrutando de su travesura, decidió volver de la querrela.

Nuevamente corrió entre los amigos; sin pedir permiso, ni dar disculpas. Entonces el que vio al niño vestido de rojo, ahora lo ve de negro y el que lo vio de negro, ahora lo ve de rojo.

Ambos lo vieron, se miraron a los ojos fijamente, pero cuando fueron a rectificar su error fue inútil porque ya se habían dicho tantas ofensas y tantos insultos que nunca más se dirigieron la palabra, ni se miraron a los ojos y jamás volvieron a ser amigos; mientras tanto Echu disfrutaba con satisfacción su triunfo.

~ Inle y Changó ~

Cuentan que desde que Ochún sólo era una adolescente y empezaba a empinarse, su belleza fue admirada por Changó, quien a pesar de ser un hombre adulto se vanagloriaba de ser un gran conquistador y de tener mucha suerte en sus conquistas; pero con la joven no corría la misma suerte.

Ella soñaba en conquistar el amor de Inle, el pescador, que visitaba de cuando en cuando el río en busca de agua fresca o para pescar. Ella abrigaba su ilusión de adolescente por eso lo buscaba todos los días y cuando lo veía trataba la forma de llamar su atención; tras varios encuentros, la joven logró su objetivo seduciendo al pescador. Fue el día más feliz para la jovencita.

Esta entrega provocó la constante búsqueda de Ochún a su amado; pero Inle no correspondía al amor de la hermosa joven y la esquivaba constantemente, él gozaba de una habilidad que le había enseñado Osaín que consistía en hacerse invisible elevándose a las alturas. Todo esto lastimaba fuertemente el corazón de la dueña del río.

Una tarde que Ochún estaba sentada en una enorme piedra en la orilla del río Changó la vio, pero estaba pensativa y triste; ella que siempre se veía alegre como un cascabel y con su cándida sonrisa en los labios. Quedó sorprendido por esta actitud, no pudo resistirse y se le acercó, con mucha ternura le dijo:

- ¿Qué le sucede a la joven más hermosa y alegre de toda esta región?

El silencio fue la respuesta.

Él insistió con gran ternura, fue tan sincera la preocupación de Changó que la joven no pudo más que romper a llorar, preocupando aun más al conquistador.

Después de calmarla y entre sollozos Ochún no tuvo más opción que contarle su desilusión por el amor que sentía por Inle, pero lo que más lo irritó al conquistador fue el saber de la apasionada entrega de la joven al pescador. Changó estalló en cólera no sólo porque Inle no correspondía a su amor ¡no! eso sólo fue el detonante; la verdad es que ambicionaba ser el primero en la vida de la joven. Changó le juró que vengaría su deshonra porque también era una ofensa para él, declarándole una guerra a muerte al joven pescador.

Cuando Inle supo de la intención de Changó, alertado por la misma Ochún quien preocupada sabía que él no era un guerrero como su contrincante, le sugirió que no volviera nunca más al río donde lo buscarían. Ella temía por la vida de su amado siendo la causante de esa querrela y se sacrificaría de no volver a verlo, buscando que fuera a pescar en el mar donde Yemayá es la dueña y Changó la respeta, allí no correría peligro.

Inle aceptó la propuesta y desde entonces él y Changó tienen una guerra a muerte por el amor de la bella Ochún.



— Changó y el tambor —

Cuentan que hace mucho tiempo en una aldea de la lejana región de Nigeria, apareció sorpresivamente una enorme plaga de mosquitos, moscas, jejenes, que atacaban a toda la población; sus habitantes empezaban a padecer de los males que producían los mismos.

La epidemia y la muerte eran una amenaza inminente, todos estaban muy atemorizados sin saber qué hacer. Eleguá, el dueño de los caminos, se dirigió hacia uno de ellos para pensar cómo podía ayudar a resolver tan terrible problema que amenazaba a su querida aldea.

En su andar encontró a Changó, su gran amigo y compinche de fechorías.

¿Qué te sucede Eleguá, te veo inquieto, preocupado? - preguntó Changó algo sorprendido, no era habitual verle así, para él todo era carcajadas, burlas y maldades.

Sucede - respondió Eleguá- que hace varios días, cada mañana una enorme nube oscura en forma de espiral acecha al pueblo. Es un gran remolino de insectos de todo tipo llevando consigo un sonido muy peculiar.

Pero, ¿de dónde salen tantos insectos?, ¿cuál será su paradero? - Preguntó Changó muy intrigado. ¿Y qué se puede hacer?, agregó.

¿Y qué se puede hacer? - dijo Eleguá - ese es precisamente el motivo de mi preocupación y tomé este camino para ver si se me ocurría algo.

¡Olofi nos puso en el camino! estoy seguro que juntos resolveremos este problema -afirmó Changó.

Y mientras Changó escuchaba, meditaba muy seriamente, pues que le gustaba visitar esa aldea, pero le tenía terror a la enfermedad y más a la muerte; por lo que decidió brindar toda su cooperación a su fiel compadre.

Pensando y pensando recordó y le comentó a Eleguá:

- Días atrás me encontré algo parecido; era una enorme plaga de insectos alrededor de unas vísceras en estado de descomposición y vi como al zumbido de los insectos cada vez llegaban más y más, tal vez el olor atrae a los insectos o la presencia de alimentos y por el sonido se avisan.

Continuó diciendo:

- Si las vísceras en descomposición atraen a los insectos y con el sonido de sus zumbidos se comunican, debo crear un sonido que los atraiga hacia las vísceras.

¿Qué podrá ser?, ¿qué sonido tan mágico podrá atraer a estos animales tan primarios? - Se preguntaba Eleguá.

El tiempo pasaba y el peligro iba en aumento, los pobladores de la aldea encendían fogatas, hacían grandes humaredas, pero nada; cada mañana nuevamente aparecía la negra sombra de la nube de insectos.

Días y días de meditación llevaba Changó tratando de hallar una solución a tan grave situación, cuando lo invitaron a una fiesta en otra aldea cercana. Gustoso aceptó, algo de distracción no le vendría mal; tal vez así con la mente fresca y el cuerpo relajado se le ocurriría algo para resolver el problema de su vecina aldea.

Comida y bebida en la fiesta no faltaba, cuentos, anécdotas y chistes alrededor de la fogata también estaban presentes, pero la música, la música y el baile eran lo favorito de Changó, sonaba el chequere acompañado de la guataca golpeada con clavo de línea, y los cajones hacían de lo suyo y él bailaba, cantaba, reía. Casi al amanecer de regreso a su casa y agotado por tanta risa y baile decidió descansar un poco y lo hizo sentándose a la sombra de un frondoso árbol que allí estaba, era un cedro tronco muy bien conocido por él, recostó su espalda a la planta y se quedó profundamente dormido.

Acariciado por el aroma que exhala el cedro despertó Changó, meditó que con un poco de vísceras y un cajón de cedro podría reunir los dos elementos que llamaban la atención de los insectos.

Un cajón no puede ser, pues no tiene como sostener las vísceras, ha de ser algo cerrado pero que a su vez tenga una superficie para tocarlo y emitir sonido - reflexionaba Changó- Pero si cortara un tronco de cedro, ¿y construyo con él un pilón? O, en lugar de pilar granos, le echo las vísceras de un chivo y con su misma piel tapo la boca del pilón, tal vez pueda dar una sonoridad que atraiga a los insectos. Se armó de unas cuantas herramientas; una trincheta, un cuchillo debidamente afilado, una especie de espátula, un hacha, un machete y mano a la obra.

Lo primero, recortar un pedazo del tronco del árbol y lo hizo de la parte superior para no dañarlo, una vez cortado un trozo empezó a calar el macizo y pesado bolo de cedro, lo profundizó hasta donde las manos y las herramientas se lo permitieron. ¡Trabajo concluido! era todo un pilón para pilar, después tomó unas vísceras de chivo de los que se habían comido en la fiesta lo introdujo en el objeto y con una parte de piel le tapó la boca. Sin embargo, falló, era muy pesado y el sonido nada agradable.

Changó tan empecinado como es, no se dio por vencido, además, le interesaba mucho ayudar a su amigo Eleguá y sobretodo volver a visitar aquella aldea donde habían tantas mujeres hermosas.

Cortó otro pedazo de cedro del mismo árbol, pero este al estar más cerca de la tierra no tenía el mismo grosor, no era tan liso, pues en su parte inferior poseía un diámetro mayor que su parte superior, algo normal en el crecimiento de las plantas.

A la sazón por una encrucijada, aparece Eleguá jugándole cabeza, haciéndole guiños, escondiéndose entre los matorrales y muerto de risa, una risa saturada de ironía. Se acerca diciéndole:

- ¿Cómo va eso que vas a inventar para salvar a mi aldea y que te permitirá volver a visitarla?, ¿cuándo las obinis (mujeres) de mi aldea te volverán a ver el pelo?

Changó sin darse por ofendido, pues muy bien conoce a su compinche, le explica todo lo ocurrido. Eleguá por su lado no dejaba de reír y mofarse de los sinsabores y percance de Changó. Y comenta:

- Así que además de bailaror, comilón y mujeriego, ¿eres carpintero o artesano?

- Sea lo que sea, yo voy a resolver el problema de tu aldea y entonces seré yo quien ría, ya tu verás, ya tu verás -respondió Changó- en el mismo tono burlesco de Eleguá.

Y continuó con su nuevo y pesado bolo de cedro. Empezó a calar el tronco, pero esta vez por los dos extremos pues estaba seguro que si era hueco por ambos lados pesaría mucho menos y con el cuero de chivo taparía ambas bocas para que las vísceras no se pudieran salir. Profundizaba en la madera, pero llegó un momento que ni las manos, ni las herramientas lograban avanzar más, en fin, que lo calado no llegaba de un lugar al otro.

- Eso no va a ser un obstáculo -Así pensaba Changó- sencillamente busco dos vísceras, pongo una a cada lado y punto.

Como eso no sería problema alguno continuó su faena, pero se percató que aun así aquello pesaba mucho y si además tenía que poner dentro algunas cosas pesaría aun más; le daba vueltas, lo ponía de una forma de otra y nada se le ocurría.

Hasta que, mirando bien el tronco calado y como Changó es tan mujeriego, se le ocurrió la idea que desbastándolo se estrechaba un

poco, dándole la forma de cintura como la de una hermosa mujer he iría anchando como las caderas lo hacen; sería hermoso y pesaría menos, esa cintura iba a coincidir con la porción más fina del cono interior. Y así lo hizo.

Una vez concluido el trabajo era verdaderamente una talla hermosa, le echó las vísceras de chivo, un poco de ewe (hierbas), hizo unos rezos mágicos, lo consagró con su ashé y cerró las bocas del pilón con la piel de chivo.

Mandó a buscar a Eleguá y cuando este llegó y miró lo creado por su amigo Changó, volvió a reír sin parar, se mofaba diciéndole:

- Pero Changó, lo que has hecho está muy bonito ¿qué cosa es, un pilón de dos bocas?, ¿un cajón para tocar? y ¿cómo lo vas a hacer sonar con dos bocas?

Changó sin inmutarse le respondió:

- Con una cuerda lo ato por sus extremos, lo cuelgo al cuello y así podré caminar con el por todo el pueblo; con ambas manos lo voy tocando así suena más y atrae mayor cantidad de insectos- prosiguió diciendo - Ahora te toca tu parte.

¿A mí? - respondió Eleguá cortándosele la risa- ¿qué tengo que hacer yo?

Será algo muy fácil -Le dijo Changó- Debes avisarle a todos que cuando yo llegue al pueblo lo haré tocando este tambor Batá, porque así lo nombraré y todos deben abrir las puertas y las ventanas para que salgan los insectos de sus hogares, vengan para donde yo estoy atraídos por el olor de las vísceras que están aquí dentro y el sonido del tambor, el cual se unirá al zumbido de ellos y tu verás, tu verás... ¿Y sólo eso debo hacer? -preguntó Eleguá- muy interesado en cooperar.

No, hablarás con Oke (la loma) que está en las afueras del pueblo y es un lugar muy poco visitado -explicó Changó a Eleguá- le pides ayuda para guardar en su interior toda esa enorme plaga de insectos.

Así se hará -contestó Eleguá- y se marchó para cumplir con su encomienda.

Eleguá habló con Oke y quedaron de acuerdo que se abriría a la llegada de Changó y cerraría cuando este saliera de su interior.

Llegada la tarde, a la entrada del pueblo estaba Changó tambor en mano y empezó a tocarlo de una manera tan rítmica y armónica que hasta los habitantes de la aldea danzaban al compás de la música, pero sólo dentro de sus hogares pues no debían salir, esa danza era para los insectos que poco a poco se fueron volando alrededor de Changó en forma de espiral cada vez más y más grande por la cantidad de animales que acudían llamados por la música que junto al zumbido emitido por ellas creaban todo un sonido muy peculiar. Así Changó recorrió todo el pueblo de punta a cabo, recogiendo en su andar a todos los insectos del lugar que trataban de descubrir donde estaban las vísceras pues además del sonido del tambor sentían el olor, pero no hallaban de dónde venía, llegaron por fin a las afueras del pueblo y se encaminaron hacia la loma.

A medida que Changó se acercaba la loma se iba abriendo, ya frente a Oke el tambor sonó con más violencia entrando al interior de la montaña en la cual el eco ayudaba a retener y multiplicar la música que cada vez se hacía más violenta junto al zumbido de los insectos Changó tocó un Alullá (toque violento de este oricha) con todas las fuerzas de sus brazos, y rápidamente salió de la loma y con esa misma rapidez Oke se cerró, quedando dentro el eco de la música y la plaga de insectos. Eleguá estaba muy asombrado ni reía, ni bailaba, sólo miraba con unos ojos tan abiertos que se les salían de sus orbitas, mientras Changó reía, reía mucho recordándole lo que le había dicho.

Fue así como el pueblo se libró de tan peligrosa epidemia.

— Con mis manos me haré rey —

Abdá lowo mi abdá (Mis manos son mi machete). Así repetía una y otra vez, el más pequeño de los tres hijos de una humilde familia campesina, en una aldea de la región de Nigeria en la lejana tierra africana. Esta la historia de cómo Dima se hizo Rey.

Achama el hermano mayor, alto, apuesto, musculoso, cuerpo forjado por el trabajo del campo; Aruma - el del medio - pícaro, muy habilidoso en la caza, la pesca y el manejo de los animales y Dima, de sólo 12 años de edad era el más inteligente, pero pequeño no sólo en edad, sino también lo era en tamaño y en fuerza física, lo que provocaba la burla de sus dos hermanos.

Cuentan que una tarde, el padre de los muchachos llegó al hogar antes de lo acostumbrado, su esposa altamente preocupada ante este suceso y sin esperar por el saludo del recién llegado ansiosa le preguntó:

- ¿Qué te ha sucedido hombre que a esta hora has llegado, estás enfermo, qué novedad traes?, ¿qué ocurre? Algo muy importante debe ser para que dejes tu quehacer y a esta hora estés en casa.

Nada grave mujer -Le respondió su esposo y continuó diciéndole - lo que pasa es que al llegar al campo me estaba esperando Oricha Oko y me dijo que fuera donde el consejo de anciano porque se habían reunido y habían acordado darnos más tierra, para que nuestros hijos ya se incorporen al trabajo conmigo.

¡Aché! -respondió la mujer- Esto sí que es algo bueno, voy a preparar un manjar para la comida y así en medio del festín se lo haces saber a los muchachos.

¿Y se puede saber que será eso especial que vas a preparar? -preguntó altamente intrigado su esposo, al ver la alegría de su compañera.

Pues haré -respondió- amalá (harina), ailá (quimbombó), addié (gallina) asadas con oñi (miel), de beber chequeté de postre ió (dulce) de obbi (coco) ¡hoy es día de fiesta!, el consejo de ancianos ha tenido en cuenta a nuestros hijos y ellos sabrán cumplir con su deber.

Pues llegó la hora de la cena; todos mientras comían y alababan lo exquisito de la comida se preguntaban el por qué de la misma, pero sólo al terminar cuando estaban reunidos como de costumbre, alrededor de una pequeña fogata, supieron el motivo de la festividad. Con gran agrado recibieron la novedad y se dieron a la tarea de preparar los aperos de labranza necesarios para el día siguiente.

Sólo Dima pensó que además de preparar los instrumentos debía hacer algo más para que todo le fuera de Iré. Por lo que al otro día antes de ir al campo de labranza, fue donde Orula el adivinador para saber si debía hacer algo para obtener éxitos. Orula lo registró y le aconsejó:

- Has de trabajar mucho y muy duro, nunca desmayes en tu empeño, aunque el mundo te critique o censure; hablarán, se mofarán, se burlarán, pero tú sigue adelante en tu empeño que con tus manos te harás rey. Pero para lograrlo todo con éxitos debía hacer

ebbó con su abdá (machete), ecú (jutía), eyá (pescado), aguardó (maíz tostado), olí (aguardiente), achá (tabaco) y ataná (vela). Y así lo hizo.

Ese día y por ese motivo Dima se incorporó tarde al trabajo, como era el más pequeño y el primer día sus hermanos no repararon en eso; el padre les indicó en qué consistía el trabajo, lo que debían hacer y se marchó para realizar el suyo.

Había que preparar el terreno para la siembra y lo primero que se debía hacer era desyerbar toda el área y dejar un terreno limpio de malas hierbas, así que “machete en manos” y a empezar la faena. Así lo hicieron Achama y Aruma, pero como Dima había hecho ebbó con su machete tenía que desyerbar con las manos. Cada uno tenía un espacio de trabajo designado, pero Dima para terminar el suyo demoraba un poco más porque lo hacía manualmente y sus hermanos que no se habían percatado de la ausencia del machete lo tildaban de holgazán, un día la madre notó que las manos del pequeño estaban ensangrentadas y llenas de heriditas y muy preocupada le preguntó:

- ¿Qué sucede con tus manos, porqué están ensangrentadas y no con ampollas y callosas como las de tu padre y tus hermanos?

El niño que no quería decir el verdadero motivo, sencillamente se limitó a responder:

- Yo soy el más pequeño y mis manos también lo son, pero con los días y el trabajo se harán grandes y resistentes.

La madre se sintió orgullosa del niño y dio por terminado el suceso. Por su parte el padre también notaba lo lento del pequeño, trataba de alentarle y cuando estaba muy atrasado sin que él se diera cuenta, por el otro extremo del surco lo ayudaba, sin embargo, sus hermanos constantemente se mofaban de él.

Eres un perfecto vago -decían- Nunca vas aprender el trabajo, eres todo un pequeño holgazán.

Sin embargo, como Dima sabía muy bien el motivo de su demora y recordaba constantemente lo que Orula le había aconsejado en el registro, por eso no hacía caso de los comentarios, mientras pensaba:

Seguiré con mi trabajo... tal vez un poco más lento.... pero eso sí, sin dejar de hacerlo y muy bien hecho, pues yo sí que no dejo ni una sola hierba mala, mis manos las arranca toditas; Orula me dijo que con mis manos me haré rey. Y así será.

Como Dima a hacía su trabajo con las manos, se demoraba mucho en hacerlo, por lo que decidió salir de la casa con los claros del día. A penas despuntaba el primer rayo de sol y los gallos empezaban a cantar ya él estaba en camino, tal vez así lograba no ser la burla de sus queridos hermanos ni la preocupación de sus padres que ni remotamente imaginaban el por qué de su aparente pereza. Pensaba que tal vez siendo el primero en salir para el campo llevaría alguna ventaja en su quehacer.

Una mañana estando entre los matorrales, inclinado como habitualmente trabajaba, pudo ver muy temprano pero muy temprano, cómo el rey con su séquito salía para realizar sus paseos matutinos: recorrer los campos, observar los cultivos, ver cómo vivían sus súbditos, en fin como todo un buen soberano.

Y así transcurrían los días en esta humilde familia campesina cada uno dedicado a su faena. Mientras esto ocurría en el campo, por la aldea corría un rumor que se expandía por todos los habitantes de la región; se comentaba que en unos de los paseos matutinos del rey había perdido en el campo una coidé (pluma de loro) de las ocho que lucía en su corona. Según decían será declarado como su favorito el que logre encontrarla.

El rumor corrió por todas partes como el viento, tanto fue así hasta que llegó a oídos de Achama y de Aruma pero no del pequeño Dima que se encontraba lejos limpiando con sus manos su terreno. Caída la tarde como de costumbre los hermanos mayores se marcharon. Una vez concluida su faena Dima como de costumbre no pudo ir con ellos, aun no había terminado su encomienda. Ya entrada la noche llegó a casa y este fue el saludo de sus hermanos:

- Por tu culpa hay que esperar para comer, ¿por qué siempre regresas tarde, pequeño holgazán?

Dima no respondió nada, saludó a sus padres, fue asearse y en silencio, tal vez apenado por las dificultades que causaba, se sentó a la mesa.

Una vez concluida la cena fueron junto a la fogata como era de costumbre y entre risas y comentarios se habló del rumor del pueblo y de la gran suerte del que encontrara la pluma de oro. Dima escuchaba con gran atención y sorpresa pues no sabía en qué consistía ser el

favorito del rey, pero si recordaba la profecía de Orula.

Una mañana, aparentemente como cualquier otra, Dima se inclinó para empezar su trabajo y notó que entre la maleza había una diminuta plumita de vivos y variados colores entre los que predominaba el naranja con destellos amarillos algo de verde y terminaba en tenue color gris como el cielo cuando anuncia lluvia, con sumo cuidado la tomó con sus manos y las guardó con esmero en su bolso donde llevaba sus provisiones para el día, pensaba que sería un buen obsequio para su querida madre, con lo cual adornaría sus cabellos.

Al llegar a la casa, retrasado como de costumbre se sentó a la mesa, una vez concluida la cena comenzaron los comentarios habituales, esta vez Dima tenía algo que decir, era su gran hallazgo y al mostrarlo para entregárselo a su madre, el asombro fue para todos cuando lo que puso ante sus ojos era la perdida pluma de oro del Rey.

¿Cómo la encontraste? -preguntaron ansiosos- entonces fue cuando él les contó lo que Orula le había vaticinado, que había hecho ebbó con su machete, por eso arrancaba las hierbas con las manos; les dijo además que ese era el motivo de las demoras y de todo el esfuerzo y sacrificio que había hecho por cumplir con su deber sin afectar a nadie pues con ello obtendría el triunfo.

¡Maferefún Orula! -exclamó el padre.

- ¡Aché- corearon todos.

Al día siguiente, sin apenas haber salido el sol, toda la familia se dirigió al palacio para entregarle su preciada pluma de oro; el monarca los recibió con gran júbilo y dando cumplimiento de lo ofrecido dijo:

- A partir del día de hoy y mientras el mundo sea mundo, tú serás el favorito de esta corte y llegarás a ser rey porque Olofi premió tu esfuerzo poniendo una pluma de mi corona en tus manos.

Y Dima inclinando su cabeza y cruzando sus brazos en gesto de respeto entonó un canto que dice así:

Abdá lowo mi abdá

Abdá loricha

Lo que es igual a decir: mis manos son mi machete. Con mis manos me hice rey.

El palacio del carpintero

Todos los días, cada mañana, en su habitual recorrido de la casa de los padres hasta la del abuelo, el pequeño miraba fijamente hacia un taller de carpintería.

¡Qué taller tan raro! - Se decía para su adentro.

Este era un gran taller y su majestuosidad despertaba en él una inmensa curiosidad, hasta que un día decidió indagar acerca de la peculiaridad del mismo y para saber de su pueblo, a quien mejor preguntarle que a su abuelo porque toda su vida había vivido allí y siempre le compartía historias, anécdotas leyendas de aquí o de allá. Así le dijo:

- Abuelo usted que se lo sabe todo o casi todo, ¿por qué ese taller de carpintería de enfrente es tan diferente a los demás?

El abuelo meditó y con otra pregunta le respondió:

¿Y a qué se debe esa curiosidad?

El muchacho rápidamente le contestó:

- Abuelo todos los días cuando paso frente a ese taller no salgo del asombro, nunca había visto uno tan grande, con tantas divisiones, paredes tan sólidas; parece un palacio y no un taller de carpintería.

El abuelo con una sonrisa en los labios continuó diciéndole:

- Pero éste, es sencillamente un taller de carpintería como todos los demás.

¡No, no, no abuelo! -Le respondió- un tanto contrariado e insatisfecho.

Él había visto otros talleres de otros oficios inclusive de carpintería y eran sencillos, muy humildes con lo justo y necesario para desempeñar sus funciones, pero este era diferente. El abuelo comprendió la expresión del niño y sentándose en sus piernas y con un tono de voz muy bajito, tal vez para que los de enfrente no lo oyeran, le susurró - esta es una larga historia, te la contaré.

Se dice que hace mucho, pero mucho tiempo atrás, en ese mismo lugar vivía un carpintero muy pobre pero muy habilidoso en su oficio. En cuestión de carpintería no había en todo el alrededor nadie que le superara, ni había pieza que no pudiera construir o reparar si es que estaba rota y cuentan, que a pesar de su maestría era el hombre más

sencillo, noble y bondadoso que se conociera; se dice que nunca se vanaglorió de su oficio y mucho menos lucraba por su trabajo, sólo cobraba lo necesario para vivir. Todo esto hacía de él un hombre querido y respetado por todos.

Un día en el palacio del rey, se rompió una butaca de su alcoba, la silla preferida del soberano, era inminente la reparación de la misma. ¡Buscad al mejor carpintero de la aldea o de sus alrededores! -ordenó el rey.

No había que buscar tanto ni ir tan lejos para hallar al maestro de obra, sólo uno podía hacer ese trabajo y que el rey quedara satisfecho.

Dos mensajeros fueron donde el carpintero y tratándolo con mucho respeto así le dijeron.

- En el palacio se le ha roto al rey su butaca favorita, él ha ordenado buscar al mejor carpintero de la región y ese es usted, ¿podría acompañarnos para realizar el trabajo?

Sin hacerse esperar, el carpintero cogió su cajón de herramientas, echó los útiles que consideró necesarios y junto a los mensajeros fueron rumbo a palacio.

Una vez allí abrió su cajón y escogió las herramientas, ya frente a la butaca comenzó su tarea que en una jornada de trabajo pudo concluir de forma exitosa. La llevó donde los mensajeros y la entregó.

El rey desea ver su trabajo y conocerle, dada su fama por los conocimientos del oficio; se lo dijeron y acto seguido fue llevado donde el rey.

Hasta el mismo rey elogió la maestría de aquel hombre. ¿Cuánto debo pagarle por tan perfecto trabajo? - Le preguntó el rey.

El carpintero un poco desconcertado no sabía que responder, ¿cómo podría cobrarle al rey? - pensaba calladamente.

No es nada, ¿Cómo podría cobrarle a usted? -respondió, y prosiguió diciendo- si usted ha quedado satisfecho, es ese mi mejor pago.

El soberano al ver la sencillez y humildad del carpintero le obsequió seis hermosas calabazas; las que fueron recibidas con gran agrado. El carpintero las llevó a su casa, donde las guardó como un gran premio.

Pasado algún tiempo, el soberano tuvo necesidad de volver a utilizar los servicios del carpintero y así en reiteradas ocasiones y siempre el pago se hacía de la misma manera, con calabazas.

La vida económica del carpintero se hacía cada vez más difícil, pues sus clientes de siempre al ver que frecuentemente le servía al rey, cada vez lo llamaban menos, por lo que se fue empobreciendo y decidió irse del pueblo a otro lugar donde pudiera hacer fortuna y dejar en su lugar a su aprendiz. Así lo hizo.

Cuentan que cuando en el palacio hubo la necesidad del carpintero no lo encontraron; en su lugar estaba el aprendiz que había sido adiestrado hábilmente por su maestro el cual realizó el trabajo y como había aprendido muy bien el oficio, el mueble al igual que otras veces quedó perfecto y el soberano muy satisfecho -como ya era de costumbre- nuevamente le pagó al aprendiz con unas hermosas calabazas.

Al llegar a su hogar se las mostró a su esposa y está muy colérica al ver el pago por el trabajo le dijo:

- ¡Pues eso mismo es lo vas a comer hoy por tonto! y prosiguió diciendo:

- Hasta eso aprendiste de tu maestro. Pero cuando picó la primera, se llevó la sorpresa más grande de su vida, al ver que la calabaza estaba llana de monedas de oro y corrieron a la habitación donde guardaban los alimentos, donde estaban además todas las calabazas que el rey le había entregado al maestro y para su satisfacción todas, pero todas las calabazas estaban llenas de monedas de oro.

Pasó el tiempo y el maestro carpintero ya viejo y cansado decidió volver a su terruño, ver su pequeño pero querido taller, él pensaba que tal vez estuviera destruido por el paso del tiempo. No salía del asombro al ver que donde había un humilde taller de carpintería, ahora estaba convertido en un palacio.

Era un hermoso local con muchos discípulos y un maestro; su aprendiz quien lo reconoció al momento y le contó con lujo de detalles todo lo ocurrido. En señal de agradecimiento le quiso devolver su taller. El maestro no aceptó y a partir de ese momento ambos compartieron su fortuna.

Por eso este taller, hijo mío -Continuó diciendo el abuelo- este taller es distinto no sólo por su tamaño sino por la vieja historia que guarda.

Ahora el niño había disipado su curiosidad al ver en su pequeño pueblo el palacio del carpintero.

Los tres aguaceros

Cuenta la leyenda que, al principio de la creación, en la tierra todo era paz y armonía, pero cierto día al consultar el oráculo - que se hacía sistemáticamente- el mismo vaticinó:

Se producirán tres grandes aguaceros, todos se aprovecharán de los mismos, pero será el fin de la paz en la tierra.

Los habitantes prestaron gran atención a la predicción y esperaron pacientemente a que se produjeran los aguaceros señalados.

No tardo mucho cuando una mañana el cielo se tornó multicolor, sus reflejos cubrieron toda la tierra. Repentinamente, en forma de lluvia empezaron a caer del cielo piedras preciosas multicolores. Todos acudieron para recoger aquella riqueza que descendía del cielo; así transcurrieron tres días de constante lluvia de piedras preciosas. Después cesó y los hombres volvieron a sus vidas cotidianas, guardando con cuidado todo el tesoro recibido supuestamente de Olordumare, sólo un hombre no se dejó arrastrar por la codicia y se mantuvo tranquilo en su casa.

Pasado algún tiempo, nuevamente el cielo se tornó distinto al de todos los días; las nubes fueron más brillantes, el mismo sol parecía que cambiaba de color, todo se tornaba a plateado muy, pero muy brillante, hasta que empezó a caer en forma de lluvia dinero; todos recordaron la profecía y se dieron a la tarea de acumular la mayor cantidad posible, todos excepto uno el mismo que no prestó atención a las piedras preciosas y se mantuvo en su casa observando la desesperación con que sus coterráneos se lanzaban a las calles con el fin de obtener la mayor cantidad de dinero; estaban felices y contentos, hasta que al fin casó aquella extraña lluvia.

Los días transcurrieron, cada cual contaba, decía y presumía de todo lo que había logrado, hasta que al fin llegó el tercer aguacero

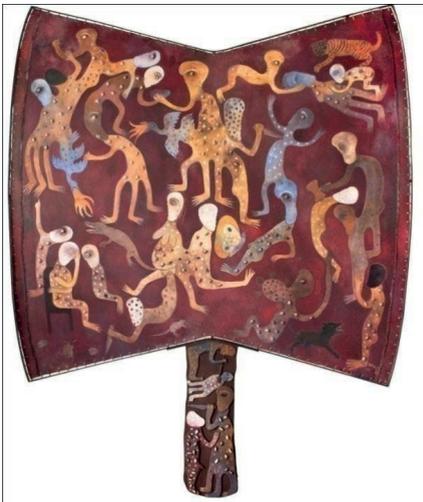
este era de armas y esta vez el cielo se puso gris, oscuro, sombrío como de costumbre; nadie salió. A nadie le interesaba esa lluvia solo aquel hombre que no recogió ni piedras preciosas, ni dinero se dispuso a levantar todas las armas que caían del cielo, acumulándolas en su poder y las guardó pacientemente.

Cierto día se escuchó una algarabía de una familia que presumía poseer más piedras preciosas que otra, mientras que por otro lado dos hombres peleaban porque decían tener más dinero que el otro; no tardó en suscitarse la discusión de alguien que decía:

- Es mejor tener dinero a poseer piedras preciosas.

Todo esto provocó un gran caos; los ánimos cada vez caldeándose más así como las ofensas. La algarabía iba en aumento hasta que se tornó en violencia, los hombres se fueron a las manos, las familias entraron en pugnas y todos absolutamente todos acudieron a la cabaña de aquel hombre que recogió todas las armas caídas del cielo, el cual vendía las armas a cambio de las piedras preciosas y el dinero. El vendedor iba acumulando una gran riqueza mientras las riñas y las pugnas aumentaban, dando origen a uno de los osorbos principales que convive con los hombres aun en la actualidad: EL ARALLE.

Changó miente y no miente



Changó, además de ser el rey del trueno y el rayo; del tambor y del baile, de las fiestas, de los placeres de la vida, también era un poco mentiroso; sus palabras eran tenidas por engañosas pero cada palabra de Changó escondía una verdad profunda. Sí, Changó mentía pero no dejaba, sin embargo, de expresar algo verdadero.

Esta historia data de los tiempos en que los orichas habitaban en la tierra.

Tanto era el rumor popular por las mentiras del rey de reyes que decidió dar un banquete de desagravios al cual invitó a

todos los orichas, al pueblo; a los amigos y a los enemigos - a todos - para que compartieran junto a él y su esposa y así limar las habladurías de su decir.

Changó había asado aves, reses y viandas en tal cantidad que los orichas, glotones, saciando su voraz apetito, no pudieron engullir ni la mitad de lo que les ofrecía con tanta esplendidez.

Terminado el banquete, dijo Changó -¡Ni yo ni mi mujer hemos comido!-y su cara relucía de contento.

Los santos se miraron entre sí y respondieron a una voz:

- ¡No es verdad!

- No puede ser -dijo Oggún- con lo comilón que tú eres, con tanta comida y que aun no hayas comido.

- ¡No es verdad! volvieron a repetir al unísono y se marcharon contrariados, comentando los embustes de Changó, que no perdía ocasión de mentir o confundir.

Visitaron a Obatalá, padre y señor de los orichas, el amo distante de todo lo creado, que no visita las cabezas y que nadie ha visto.

Le dijeron:

- ¡Changó miente! ¡En un banquete opíparo, con la boca aun grasienta, nos asegura alegremente que no ha comido!

¡Changó sólo miente! -afirman los orichas.

Mientras, Obatalá pensativo les dice:

- Vengan todos dentro de tres días; decirle a Changó que lo espero. Y severamente afirmó - quiero verlos reunidos con él- despidiendo así afablemente a los orichas.

Obatalá meditando sobre las quejas y conducta de Changó se dirigió a su huerto donde estaban sus siembras y recolectó calabazas, elegguedé de gran tamaño para obsequiarle a los orichas Entre ellas, encontró una muy pequeña y deslucida que luego colgó del techo de su casa.

A los tres días se presentaron los orichas:

¿Están todos? - preguntó Babá.

Un instante se miraron unos a otros y Eleguá, el más pequeño, el que abre y cierra los caminos, respondió malicioso:

- Falta Changó.

Explicaron los orichas:

Changó nos dijo que vendría, pero estaba sucio y andrajoso -dijo Ochosi.

¿Habría de presentarse Changó así en casa de Obbatalá?-comentaron entre si Ochún y Olla- ¿Él tan presumido y figurín?

Y estaba sucio, cubierto de harapos repugnantes -dijo Babaluayé. Changó no vendrá... -sentenció Yemayá- a pesar de ser su eterna defensora.

Un jinete vestido de blanco en un gallardo caballo de igual color, apareció a lo lejos, descendiendo la cuesta de una loma.

- ¡Es Changó! -dijo el viejo señor del cielo.

¡Ah, el mentiroso! -exclamaron los santos despechados- ¿ve padre cómo siempre nos engaña?

Mas Changó, antes de acudir a la cita de Olofi, había practicado ebbó; purificando su cuerpo, sus ropas y hecho rogación.

Había limpiado su corazón y sus manos.

A medida que Changó inmaculado se acercaba, un olor de flores blancas, de azucena y de campana se hacía más penetrante. Se desprendían de él la claridad y la pureza que es lo que a Babá le agrada. Así, cuando Changó, resplandeciente de blancura, saltó de su caballo vino a postrarse a los pies de Obatalá, éste se volvió a los orichas, severo y les mostró a Changó: su pureza fundida en su pureza.

Después, el viejo de eternidad entregó una hermosa calabaza a cada uno. A cada uno según su categoría. A Changó entregó la que no era deseable, la más pequeña y los despidió en silencio.

Los orichas emprendieron el camino de vueltas carifruncidos. Retornaban enfadados a sus casas creyendo que el padre se había reído de ellos; ya lejos, Ochosi protestó en alta voz:

- ¿Para esto nos ha llamado Obatalá?, ¿para regalarnos una calabaza? y con viva indignación arrojó la suya al borde del sendero.

¡Es una burla! -asintieron los demás- e imitándole se aligeraron despectivamente de aquella carga, tan molesta como inútil pues pesaba, aquellas calabazas pesaban más de lo que pudieran imaginarse; aquel burdo regalo de Olofi.

Mientras Changó...Changó guardaba preciosamente su menguada calabaza. Cuando vio en el borde del camino el montón de calabazas

que los orichas habían arrojado al pasar, se dijo:

- ¡No saben apreciar lo que el padre nos da con sus manos! Han desdeñado la dádiva de Obatalá. Debajo de la silla de su caballo llevaba unas grandes alforjas blancas, respetuosamente las fue recogiendo una a una y llenó con ellas las alforjas.

En su casa, Changó guardó las calabazas, se desvistió, cambió su traje de pureza y volvió a cubrirse con sus andrajos sucios, terrosos, tomó una guataca y se marchó al campo a laborar porque - en ese entonces - no era más que un labrantín y aquel día no había de comer en su pobre casa. Su mujer, al ver en un rincón tantas calabazas apiladas, cuando se aproximaba la hora en que Changó solía volver de su faena, tomó una al azar para cocerla. Apenas comenzó a picarla halló que la calabaza estaba llena de oro, y apresuradamente, con gran temor volvió a colocarla entre las otras. Cuando llegó Changó le contó todo lo ocurrido con las calabazas y éste le dijo:

- No podemos disponer de ese tesoro ni podemos comer de estas calabazas.

Y Changó durmió sin comer, pero tranquilo.

No transcurrió mucho tiempo sin que Obatalá enviara a buscar a los orichas; Changó hizo sarallemo, refrescó su cabeza, limpió su corazón y sus manos. Volvió a revestirse de blancura y puro se encaminó al lugar donde vivía el señor del fondo del cielo, llevando bajo el brazo la calabaza que él le había dado.

Y Obatalá, cuando todos estuvieron reunidos, les preguntó:

- ¿Qué habéis hecho con mi regalo?

Ningún oricha se atrevía responderle.

- ¿Y tu Changó?... ¿qué has hecho con tu pequeña calabaza?

Changó le presentó su deslucida calabaza. Le refirió cómo había recogido las otras calabazas que todos despreciaron y lo que había hallado su mujer dentro de una de ellas.

¡Tuyo es el oro, tuyas las calabazas, tuya toda esa riqueza -dijo Obatalá- y dirigiéndose a todos los orichas sentenció:

- Mientras el mundo sea mundo, será verdad todo lo que diga tu lengua mentirosa.

To Ibam Eshu.

— Oggún, Oyá y Changó —

Changó creció alimentando el rencor que Obatalá, su padre, le había inculcado hacia Oggún; el hermano mayor que había intentado tener relaciones incestuosas con Yemu.

Una mañana pasó cabalgando en su hermoso caballo blanco por la casa de Oggún y de Oyá; la esposa de este. Ella al verlo tan joven y gallardo quedó enamorada de él y sin ninguna señal de pudor se lo demostró, por su parte Changó pensó que esta sería la mejor manera de vengar la ofensa a su padre. Se dio a la tarea de conquistarla y raptarla, algo que para el mozuelo no sería muy difícil por las muestras de simpatía que le daba Oyá, además él se sabía todo un conquistador no sólo de tierras sino de mujeres; no existía nadie como él en todo ese territorio, por lo que de antemano aseguraba su triunfo, poniendo su plan en marcha.

Los paseos por el lugar se fueron haciendo cada vez más frecuentes provocando la ira de Oggún; este no sospechaba nada de las verdaderas razones por las cuales Changó merodeaba; de lo que si estaba seguro es que era su enemigo. Mientras Oyá cada vez que lo veía gallardo, viril; ardía más y más en deseos de poseer al joven.

Una mañana que Oggún partió para su faena, en la cual tardaría varios días en el monte, fue consumado el rapto. En verdad no se sabe quién raptó a quién, pero la verdad es que Changó se llevó a Oyá para su casa. Esto agudizó las pugnas entre estos dos grandes guerreros, Oggún le declaró una guerra feroz a Changó y cuentan que hasta el día de hoy siguen rivalizando, en un desafío de vida o muerte.

Oyá vivió un breve tiempo en secreto con Changó en casa de su hermana Dada; el galán nunca dejó de ser un conquistador de cuantas mujeres le pasaban por su lado, pero lo que puso punto final a esta relación fue el matrimonio con Obba, joven que su padre Obatalá había predeterminado para su él.

Tras esta desilusión amorosa Oyá decidió irse muy lejos, donde nadie la conociera y olvidar su triste pasado. Cabalgó mucho, armada con su machete, su iruke, su coraza de cobre y un gran ejército de eguns. Afefe la guió hasta una aldea muy lejana con personas laboriosas donde predominaban las mujeres porque habían sido devastados por tribus vecinas y la mayoría de los hombres habían muerto en la guerra, por tanto, no existía un jefe que los guiara. Esta tierra se conocía con el nombre de Takua.

Oyá diestra en el manejo de las armas, sobretodo del machete-habilidad aprendida con Oggún- valiente, enérgica de naturaleza y astuta para el mandato -lo que aprendió de Changó- con un temible ejército, no titubeó en ponerse al frente de aquellas personas, quienes no opusieron resistencia alguna y los guio a la prosperidad y la paz.

Allí entre otras cosas se dedicó a la cría de un hermoso rebaño de carneros, entre los cuales había uno muy pequeño y cariñoso que lo tomó como mascota, lo amamantaba y siempre lo tenía a su lado.

La prosperidad de Takua se comentaba por todas partes, despertando el interés de Changó por conquistarla y cuando supo además que era gobernado por una mujer, dio por hecho el triunfo, sin sospechar que esa mujer era Oyá. No lo pensó dos veces y se lanzó a su conquista, declarándole la guerra.

Cuando Oyá supo que su adversario era Changó titubeó al enfrentarse al hombre que tanto había amado, por lo que decidió esconderse y no presentarse al combate; el rey del fuego pensó que había ganado fácilmente la guerra, buscó por todas partes del palacio a la soberana, pero no la encontró por ningún lugar, esto lo hizo sentirse un poco desconcertado. Registró minuciosamente todos los rincones y en una de las habitaciones encontró un carnerito al que liberó pues balaba desconsolado, este fue en busca de su dueña, él lo siguió por un pasadizo que no había visto y tras una puerta escuchó los pasos inquietos de la mujer que buscaba.

Oyá al verse en peligro y descubierta por el carnero, lanzó una centella que dispersó a todos los soldados de Alafin, emitió un agudo y penetrante grito y comenzaron a salir de las entrañas de la tierra un enorme ejército de espíritus formando una fuerza temible. Los inva-

sores temblaron de miedo y su jefe palideció, la tropa sin esperar mandato alguno se dispersó, regresando por donde mismo habían venido, todos hasta el rebaño de carneros, espantados por la ira de los espíritus.

Changó no se dio por vencido, ¿cómo era posible que una obini (mujer) pudiera derrotarlo? Reorganizó su tropa y provocó que el combate fuera en un campo abierto; Oyá aceptó el reto, pero en su corazón enamorado sentía que no tendría valor de enfrentar en combate a su amado nunca olvidado, por lo que preparó una sutil estrategia.

Sólo pasaron dos días y el ejército de Changó estaba perfectamente alineado en una planicie en espera de la voz de combate, pero las tropas enemigas no aparecían; al tercer día cuando el sol estaba en lo alto del cielo, repentinamente y rodeando las tropas invasoras, apareció un ejército de hermosas mujeres y al frente de ellas, montada a caballo apareció Oyá bellamente engalanada, exhalando un aroma seductor, con sus largas trenzas a ambos lados del pecho; sin coraza que la protegiera pues no portaba su machete solo su iruke que agitaba ligeramente al viento.

Ahora Changó comprendió que su contrincante era Oyá que, aunque mayor que él era hermosa y con esa actitud de guerrera se veía mucho más seductora. Ella se adelantó para hablar con el rey de reyes y convenir las condiciones del combate. Al acercarse le dijo:

- Esta batalla no tiene sentido, yo gustosa comparto mi reino contigo y juntos conquistaremos nuevas tierras.

Lo invitó a pasar al palacio y sellar con grandes fiestas esta unión. Ambas tropas se mezclaron en un ambiente festivo donde hubo un suculento banquete, abundantes bebidas y no podía faltar la música para alegrar al rey del wemilere.

Oyá también disfrutó, sobre todo del triunfo de poder llevar nuevamente a su amado a su alcoba. Takua se convirtió en un reino muy próspero. Sobre todo, porque Afefe (el viento) alimentaba el fuego de la pasión entre Oyá y Changó.

Las manillas de Oyá

En épocas muy remotas existió una tribu en Nigeria dentro de la cual sus moradores, aunque muy pobres, eran muy felices. Allí vivían tres hermanas; la mayor llamada Yemayá se sostenía de lo que sacaba del mar y con ese producto criaba a sus otras dos hermanas, Oyá se nombraba la segunda; esta ayudaba a la mayor recolectando frutos y productos de la tierra y cuidaba de la más pequeña llamada Ochún, todas se querían mucho y formaban una familia muy armónica, de la cual todos comentaban.

Cuentan que un día Oyá fue a lavar las ropas al río y como era su costumbre dejó a la niña en la casa, lugar donde supuestamente no corría peligro. Pero ese día fueron invadidos y saqueados por una tribu vecina y parte del botín fue la pequeña niña, por la cual pedían una alta suma de monedas de cobre.

Oyá lloraba desesperadamente por la pérdida de su hermana, dolor al que se sumó Yemayá al saber lo ocurrido, pero la que más sufría era Oyá pues se sentía culpable, por lo que se dio a la tarea de reunir poco a poco las monedas. Ella abrigaba la esperanza que, antes que Ochún fuera una doncella, ya hubiera reunido las monedas de cobre que pedían por el rescate.

Un día sin que Yemayá lo supiera Oyá fue a la aldea vecina con las monedas, pero el rey de la tribu se había enamorado de la joven y bella Ochún por lo que aumentó el valor del rescate. No fueron suficientes los ruegos y súplicas de la afligida hermana; entonces le exigió que le entregara su virginidad en cambio de la libertad de Ochún, ella se negó, vaciló, pensó en su hermana Yemayá pero era tanto su amor por la niña, que bajando su cabeza se sacrificó.

De regreso las dos, Oyá explicó todo lo ocurrido a Yemayá y le pidió perdón, ésta la perdonó y la bendijo. Con las monedas de cobre que había reunido mando a hacer 9 manillas del elemento y adornó su brazo con ellos; la hizo dueña de ese metal y cuentan que por eso Oyá es la dueña del cobre y secretaria de Olofi por su noble y limpio corazón.

Orula, Iburú, Iboya, Ibochiché

Cuentan que una hermosa mañana tres inseparables hermanas: Yemayá, la mayor; Oyá la segunda y Ochún la más pequeña, salieron al campo para recolectar frutas, algunas plantas medicinales y flores silvestres para el consumo de las mismas. Poco a poco se fueron internando en la espesa manigua cuando escucharon un tenue lamento, más bien un quejido implorando socorro, se pusieron muy atentas y agudizaron sus oídos para orientarse y saber de dónde venía ese reclamo, hasta que llegaron a un claro en medio de la espesura de aquel monte. Se acercaron cautelosamente hacia el lugar de donde salía aquella voz casi desfallecida, era un enorme hueco, tal vez la trampa para cazar algún animal, pero lo que estaba en su interior era un pobre hombre que tal vez descuidadamente había caído en ella no se sabe por cuántos días.

Enseguida se dieron a la tarea de prestarle ayuda, unieron sus chales por medio de fuertes nudos pero la trampa era muy profunda y no llegaba a las manos de aquel pobre hombre, entonces desesperadas hicieron tiras de sus sayas, las unieron y ahora si el cautivo pudo aguantarse en ellas; entre las tres fueron halando de la improvisada cuerda hasta que él estuvo a salvo.

Cuando el hombre ya estaba fuera de la trampa quiso agradecer a las jóvenes que habían salvado su vida y se presentó:

- Me llamo Orula y les estoy muy agradecido por haberme salvado, si no hubiera sido por ustedes y su valentía cómo estaría en este momento, pero ustedes hermosas y decididas jóvenes ¿cómo se llaman?

En ese preciso momento no supieron que responder pues habían deseado sus sayas sin pensar en las consecuencias y ahora, estaban solo con sus sayuelas en presencia de un desconocido. Apenas se miraron y Yemayá por ser la mayor respondió:

- Mi nombre es Iboru, mi amiga se llama Iboya y a la más pequeña la decimos Ibochiche.

Las tres inclinaron las cabezas - se miraron entre sí - se rieron un poco pícara o más bien burlonamente y se echaron a correr para no verlo nunca más.

El tiempo pasó y aquel incidente quedó como olvidado, pero cierto día Olofi hizo un llamado a unos babalawos para preguntarles dos cosas, sin embargo, ninguno había dado la respuesta que él deseaba y los fue apresando afirmando que, si ninguno era capaz de adivinar los iba a pasar por las armas.

El último que mandó a llamar fue a Orula, este hábilmente antes de emprender el camino se registró con su ekuele y en la profecía le decía que escuchara muy bien el consejo de tres mujeres que se encontraría en su camino, a las cuales les debía un agradecimiento, por lo cual cogió un poco de dinero, unas cuantas ofrendas para obsequiarle a las mujeres de la profecía y también para Olofi y se puso en marcha, sin saber lo que estaba sucediendo.

En el camino Orula se encontró con Iboru, quien se encontraba cortando leña; la reconoció inmediatamente a pesar de que no había vuelto a verla; cortés y muy afectuosamente la saludó y le dijo hacia donde se dirigía. La muchacha lo escuchó atentamente y cuando se despidieron le expresó:

- Lo importante es ver parir la cepa de plátano.

Orula en agradecimiento por el consejo y en gratificación por haberle salvado la vida anteriormente, le regalo una adié (gallina) y owo (dinero).

Ella agradeció el presente y continuó en su faena.

Más adelante, Orula se encontró con Iboya, ambos se reconocieron; ella lo saludó con la misma sonrisa pícaro de la despedida en el encuentro anterior. Él le explico los motivos por los cuales estaba por esos lugares. Y ella dijo muy confidencialmente que había una gran algarabía en el templo de Olofi porque quería casar a su hija. Orula agradeció la información y le obsequió igualmente una gallina y un poco de dinero.

En su camino tenía que pasar por un río donde se encontraba lavando Ibochiche, ella al verlo se sorprendió mucho pues ambos se reconocieron. Amigablemente conversaron y por último, ella le dijo que Olofi tenía preso a muchos babalawos por no adivinar lo que él quería y amenazaba con pasarlos por las armas; Orula nuevamente agradeció el consejo y le hizo el mismo obsequio que a las anteriores continuando su viaje.

Cuando llegó al palacio, Olofi le dijo que lo había llamado para que le adivinara unas cosas.

¿Qué tengo en ese cuarto? -preguntó Olofi.

Tienes una mata de plátanos que está pariendo - contestó Orula.

- ¿Y qué yo quiero que tú me adivines?

- Que quieres casar a tu hija y por no adivinarte tienes prisioneros a mis hijos.

Olofi sorprendido mandó a soltar a los babalawos presos y gratificó a Orula.

Cuando ya se iba, Olofi le dijo:

- Estoy pensando en alguna frase que te rinda moforivale y premie tu sabiduría, tal vez ¡Maferefún Orula!

Y éste, pensando en las tres doncellas que salvaron su vida y le dieron las respuestas que necesitaba Olofi le respondió muy respetuosamente:

- Padre, prefiero que me digan: Iboru, Iboya, Ibochiche.

To Ibam Echu.

— Oyá reina de Takua —



Oyá vivió un breve tiempo en secreto con Changó en casa de su hermana Dada; el galán nunca dejó de ser un conquistador de cuantas mujeres le pasaban por su lado, pero lo que puso punto final a esta relación fue el matrimonio con Obba, joven que su padre Obatalá había predeterminado para él.

Tras esta desilusión amorosa Oyá decidió irse muy lejos, donde nadie la conociera y olvidar su triste pasado. Cabalgó mucho, armada con su machete, su iruke, su coraza de cobre y un gran ejército de eguns. Afele la guió hasta una aldea muy lejana con personas laboriosas donde predominaban las mujeres porque habían sido devastados por tribus vecinas y la mayoría de los hombres habían muerto en la guerra; no existía un jefe que los guiara. Esta tierra se conocía con el nombre de Takua.

Oyá diestra en el manejo de las armas, sobretodo del machete - habilidad aprendida con Oggùn-, valiente, enérgica de naturaleza y astuta para el mandato - lo que aprendió de Changó -; con un temible ejército no titubeó en ponerse al frente de aquellas personas, las que no pusieron resistencia alguna y los guio a la prosperidad y la paz. Allí entre otras cosas se dedicó a la cría de un hermoso rebaño de carneros, entre los cuales había uno muy pequeño y cariñoso que lo tomó como mascota, lo alimentaba y siempre lo tenía a su lado.

La prosperidad de Takua se comentaba por todas partes, despertando el interés de Changó por conquistarla y cuando supo además que era gobernado por una mujer, dio por hecho el triunfo, sin sospechar que esa mujer era Oyá. No lo pensó dos veces y se lanzó a su conquista, declarándole la guerra.

Cuando Oyá supo que su adversario era Changó titubeó al enfrentarse al hombre que tanto había amado, por lo que decidió esconderse y no presentarse al combate; el rey del fuego pensó que había ganado fácilmente la guerra, buscó por todas partes del palacio a la soberana, pero no la encontró por ningún lugar, esto lo hizo sentirse un poco desconcertado. Registró minuciosamente todos los rincones y en una de las habitaciones encontró un carnerito al que liberó pues balaba desconsolado, este fue en busca de su dueña, él lo siguió por un pasadizo que no había visto y tras una puerta escuchó los pasos inquietos de la mujer que buscaba.

Oyá al verse en peligro y descubierta por el carnero, lanzó una centella que dispersó a todos los soldados de Alafin, emitió un agudo y penetrante grito y comenzaron a salir de las entrañas de la tierra un enorme ejército de espíritus formando una fuerza temible. Los invasores temblaron de miedo y su jefe palideció, la tropa sin esperar mandato alguno se dispersó, regresando por donde mismo habían venido, todos hasta el rebaño de carneros, espantados por la ira de los espíritus.

Changó no se dio por vencido, ¿cómo era posible que una obini (mujer) pudiera derrotarlo? Reorganizó su tropa y provocó que el combate fuera en un campo abierto; Oyá aceptó el reto, pero en su corazón enamorado sentía que no tendría valor de enfrentar en combate a su amado nunca olvidado, por lo que preparó una sutil estrategia.

Sólo pasaron dos días y el ejército de Changó estaba perfectamente alineado en una planicie en espera de la voz de combate, pero las tropas enemigas no aparecían; al tercer día cuando el sol estaba en lo alto del cielo, repentinamente y rodeando la tropa invasoras, apareció un ejército de hermosas mujeres y al frente de ellas, montada a caballo apareció Oyá bellamente engalanada, exhalando un aroma seductor, con sus largas trenzas a ambos lados del pecho; sin coraza que la protegiera pues no portaba su machete solo su iruke que agitaba ligeramente al viento.

Ahora Changó comprendió que su contrincante era Oyá que, aunque mayor que él era hermosa y con esa actitud de guerrera se veía mucho más seductora. Ella se adelantó para hablar con el rey de reyes y convenir las condiciones del combate. Al acercarse le dijo:

- Esta batalla no tiene sentido, yo gustosa comparto mi reino contigo y juntos conquistaremos nuevas tierras.

Lo invitó a pasar al palacio y sellar con grandes fiestas esta unión. Ambas tropas se mezclaron en un ambiente festivo donde hubo un succulento banquete, abundantes bebidas y no podía faltar la música para alegrar al rey del wemilere.

Oyá también disfrutó, sobre todo del triunfo de poder llevar nuevamente a su amado a su alcoba. Takua se convirtió en un reino muy próspero. Sobre todo, porque Afeke (el viento) alimentaba el fuego de la pasión entre Oyá y Changó.



Yemayá y el dilogún

En los tiempos en que los actuales orichas vivían como seres terrenales, cuentan que Yemayá estaba casada con Orumila, el gran adivinador de la tierra de Ife, hacía milagros y tenía una gran clientela. Por ese entonces, Orumila además de hacer sus adivinaciones con su tablero y el ekuele, se hallaba íntimamente unido al dilogun (caracoles) conocimiento adquirido por Yemayá, dueña del mar y de los caracoles. Además, le había enseñado sus secretos e interpretaciones así como sus leyendas, mientras ella escuchaba secretamente las consultas y las profecía que él hacía mediante el ekuele.

Un día Orumila tuvo que hacer un largo viaje para asistir a las periódicas reuniones de los Awo en el templo de Ifa. Cuando venía alguien solicitando los servicios de Orumila, Yemayá lo atendía cortésmente y le pedía que volvieran en otro momento pues su esposo no estaba en casa.

Pero esta vez demoró más de lo que él y Yemayá habían pensado y ésta se quedó sin dinero y sin provisiones, a partir de ese momento cuando alguien venía ella lo atendía igualmente, pero le decía:

- Si su situación es muy urgente yo pudiera atenderle y consultarlo.

Al principio las personas titubearon, pero algunos probaron suerte

y como era adivinadora de nacimiento, las consultas eran muy ciertas, sus vaticinios tuvieron gran éxito y con las rogativas y ebbó que marcaba se salvaron muchas personas por lo que adquirió gran fama.

Pasado algún tiempo, la reunión terminó, todos los awoses regresaron para sus casas al igual que Orumila; en el camino escuchó el comentario entre dos caminantes que decían:

- Hay una mujer adivinadora y milagrosa en el pueblo.

Orumila sorprendido y curioso por saber lo que estaba pasando decidió disfrazarse y al llegar a la primera casa del pueblo tocó a la puerta. Sin apenas saludar preguntó cortésmente:

- Por favor me pudieran indicar ¿dónde vive una mujer que además de adivinadora es milagrosa?

Rápidamente le respondieron pues la fama de la mujer había corrido como pólvora.

No podía creerlo, sorprendido repetía en silencio mil veces las direcciones de la casa. No cabía duda, era la dirección de su casa. Angustiado se preguntaba ¿qué le ha pasado a mi esposa?, ¿a dónde habrá ido a dar? Le torturaba la idea de que Yemayá al verse sin dinero hubiera tenido que vender la casa.

Sin pérdida de tiempo y aun disfrazado se dirigió al lugar para resolver dos cosas: saber de Yemayá y conocer si la popularidad de la mujer era realmente cierta.

Había una larga fila de personas esperando por la consulta, paciente espero su turno, miraba todos los detalles de la casa, nada había cambiado; pero también observó que las personas llevaban animales, dulces, frutas y hasta telas como regalos en agradecimiento por los servicios recibidos y los que iban por primera vez se iban haciendo comentarios muy favorables de aquella desconocida mujer adivinadora y milagrosa y todo esto le hizo pensar que tal vez el comentario era cierto y hasta llegó a sentir un poco de envidia pues con él las atenciones no eran así. Cuando llegó el momento de entrar a la habitación donde él consultaba sintió una sensación muy extraña.

Corrió la cortina de maribo, entró a la habitación y la vio, allí estaba cómodamente sentada en su estera con su amplia saya de vuelos azul y blanco, un hermoso turbante blanco en la cabeza y con su ekuele en mano listo para ser lanzado y decir: Ifa reo.

Era soberbia, despecho, ira, era toda una mezcla de sentimientos que como una saeta le laceraban el corazón. Tal fue la sorpresa que no pudo emitir palabra alguna.

Yemayá al verlo pálido sin poder decir nada le dijo:

- ¿Tu creías que me iba a morir de hambre?

Él, enfurecido le reclamó que ella no estaba facultada para tirar el ekuele.

Sin embargo, ella respondió:

- He tenido mucha aceptación y continuo diciendo, recuerdas aquella mujer que venía todas las semanas quejándose de un dolor en la espalda, eran los riñones; le preparé tres botellas con una tizana de chichicate, mastuerzo y hojas de nitro y ya la curé.

Orumila poniéndose las manos en la cabeza le dijo:

- ¡Pero mujer! yo sabía la cura, lo estaba haciendo para que tuviera que seguir viniendo.

¡Ah! y aquella joven casadera - continuo diciendo- que no tenía suerte con los novios, le hice una obra con una paloma blanca y un nido y se casa la semana que viene.

¡Pero mujer vas acabar con mi clientela, me vas arruinar! -exclamó Orula y no quiso escuchar más.

La tomó del brazo y la llevó ante Olofi, sabio entre los sabios, para que fuera él quien castigara la falta de Yemayá. Ya frente a Olofi ambos le expusieron sus razones, sobretodo ella que explicó con lujo de detalles y hasta citó los ejemplos de curaciones, de solución de problemas, en fin de todo lo ocurrido.

Olofi escuchaba atentamente y tras una breve pausa sin mucha pérdida de tiempo sentenció:

Mientras el mundo sea mundo, tú Orumila consultarás con el ekuele y tu tablero. Y tú Yemayá, dueña del mar y de sus frutos, adivina de nacimiento, lo harás por medio del dilogun o sea del caracol.

To Ibam Echu

Yemayá y Oggún

Esta historia nace en los tiempos que los orichas vivían en la tierra como seres humanos. Muy cerca de un caudaloso río vivía Yemayá Ocute, la mayor de todas; maternal, enérgica, servicial. Había aprendido perfectamente el manejo de las armas y del machete; todas estas habilidades las adquirió de su esposo Oggún, el dueño de los metales, herrero por excelencia, que vivía en medio de la espesura del monte en su taller al aire libre, con la única compañía de sus amigos: el yunque, la fragua y la maza.

Allí pasaba día tras día, sólo volvía a la choza donde vivía con Yemayá de cuando en cuando; algunas veces cuando Oggún regresaba cansado de largos días de trabajo, no la encontraba, tampoco nada hecho en el hogar. Al principio fue tolerante, pero este incidente se repetía cada vez con más frecuencia. Fue así que la ira comenzó a abrazarlo impetuosamente, invadiendo su mente de temibles pensamientos.

Yemayá, apenas salía Oggún de la choza con los claros del día también lo hacía ella, pero a socorrer a los ancianos que necesitaban de su ayuda, a las mujeres embarazadas, a los enfermos, a los niños, en fin, a todo el que reclamaba de sus servicios. Así, haciendo el bien por todas partes, se le iban las horas y cuando caía la tarde corría a su hogar. Algunas veces estaba muy distante, otras atendiendo un parto, tal vez un niño con fiebre y hasta escuchando los rumores mal intencionados de los sucesos del día en la aldea.

No siempre llegaba antes que Oggún a la casa y todos los deberes del hogar estaban pendientes por hacer. Cuando levantaba la cortina de maribó de la puerta de la casa se encontraba a Oggún irritado, haciéndole reclamos por su ausencia; la tomaba por los hombros y la sacudía violentamente. Era entonces cuando Yemayá, dueña de las aguas, se convertía en un hilo de agua que se deslizaba vertiginosamente entre sus dedos, salía por la puerta de la casa uniéndose al río que por allí corría.

Esto ocurría cada vez más frecuentemente, hasta que colmó la paciencia del dueño de los metales. Un buen día dándole forma a una lanza meditó acerca del conflicto con Yemayá y se preguntó:

- ¿Quién me podrá ayudar a resolver este problema? con Obatalá no puedo contar para pedirle ayuda -analizó rápidamente- todo lo que ella hace lo ve como bueno, siempre dice orgulloso de sus tareas:

- Por eso es la madre del mundo.

- Entonces acudiré al supremo, al mismo Olofi -concluyendo así su tarea y su pensamiento-. Al día siguiente se levantó más temprano que de costumbre no había ni un rayo de luz. Subió la montaña más alta de la región para hacer su súplica, él nunca había molestado al padre universal por lo que estaba seguro que escucharía sus quejas. Realmente el creador lo escuchó y desde lo infinito de Olordumare se oyó un eco que decía:

- Sólo lo lograrás si eres como ella: agua. Ve al manantial donde nace el río en el que Yemayá une sus aguas, deja que el agua te bañe, de esa forma corre tras ella y trata de alcanzarla.

Oggún así lo hizo, dejó que el agua del manantial bañara su cuerpo día y noche; el agua fue tomando un color cobrizo, como de herrumbre con un raro sabor metálico mientras se desplazaba por el cauce del naciente río.

Cuando Yemayá se percató de la ausencia de su esposo salió a buscarlo días y noches por todas partes. Hasta sus oídos llegó el rumor de todo lo ocurrido. Corrió a su casa por donde pasaba el río, al verlo turbio colocó lajas y piedras purificadoras para hacer un muro de contención creando una cascada, un salto de agua clara y cristalina. Y lo supo, ahora Oggún era agua y corría tras ella para conocer todos sus secretos.

Y dicen los ancianos que por eso allá en Nigeria, el río Yemayá es la continuación del río Oggún, que convertido en agua trata de darle alcance para hacerla cumplir con sus deberes en el hogar.

— Coco ¿blanco o negro? —

El coco, con su corteza negra y su masa blanca es la primera forma de establecer un diálogo con los orichas, pero los viejos cuentan que en tiempos muy remotos no era así, sino completamente blanco, sólo después de ser castigado por Obatalá es como actualmente lo conocemos.

Cuentan que al principio de la creación Obi era un oricha muy importante, disfrutaba de los privilegios de Olofi, su creador, y era totalmente blanco: símbolo de su nobleza, imparcialidad, era justo y puro de corazón, querido y admirado por todos. Tenía un amplio conocimiento del oráculo y siempre estaba presto a brindar sus servicios. Compartía amigablemente con todos - ricos y pobres - por lo que se hizo muy famoso.

Lo visitaban personas de lugares muy distantes y en gratitud le hacían obsequios según las posibilidades de cada una; con el paso del tiempo Obi se empezó a vanagloriar de sus dotes y a seleccionar a quienes atendía. Era lógico, estas personas correspondían a los más pudientes y sus amigos, los pobres tenían que esperar para ser recibidos y muchas veces ese momento no llegaba.

Un día Eleguá fue a visitar a Obi como era su costumbre. Este lo recibió con una hermosa capa blanca de seda, le mostró con mucho entusiasmo todos los arreglos que había hecho en la casa y se vanagloriaba de sus logros, por lo que Eleguá no se sentía muy a gusto, además, lo que más le disgustaba era el cuidado tan esmerado de Obi para que su bata no se ensuciara. En eso, alguien tocó a la puerta y Obi fue para ver quién era, Eleguá se quedó pensando cómo éste había cambiado. En ello, él regresó insultado porque un mendigo estaba solicitando de sus servicios. Eleguá estaba realmente asombrado e indignado por su conducta, pero no se lo demostró.

Obi le dijo:

- Pienso dar una gran fiesta y quién mejor que tú para invitar a las personas. Dejo eso en tus manos.

Eleguá conocía a los innumerables amigos de Obi; todo el mundo se consideraba amigo de él y entre ellos estaban los grandes de la tierra, pero también estaban los pobres, gente miserable, sucia, llagada, los deformes; los limpios y los sucios, pues todos querían a Obi. Pasaron unos días en los cuales Eleguá empezó a vigilar a Obi para estar seguro de su nueva conducta, había identificado detalles de arrogancia que manchaban visiblemente su inmaculada blancura.

Se acercaba la fecha de la fiesta y Eleguá en vez de invitar a los ricos exclusivamente - como era la intención de Obi - sólo invitó a los limosneros, harapientos y malolientes; hombres y mujeres defectuo-

sos, en fin, a los marginados del pueblo.

Cuando Obi apareció en su gran salón y observó esa multitud mal oliente vestida con harapos en su casa, turba fea y miserable de andrajosos y tullidos, la ira lo cegó y fuera de sí les preguntó:

- ¿Quién les ha invitado?

¡Eleguá! - respondieron.

Y los expulsó a todos, inclusive a Eleguá.

Éste convencido del cambio de Obi fue a casa de su padre Obatalá y le comunicó todo lo que estaba pasando, Obatalá escuchó en silencio y con la paciencia que lo caracteriza le dijo:

- No te preocupes, ya veré lo que hago.

Pasaron pocos días cuando a la puerta de Obi tocó un pobre viejo mendigo en harapos, cuando Obi lo vio lo echó bruscamente de la casa y le tiró la puerta en la cara. Inmediatamente volvieron a tocar y sin esperar a que abrieran la puerta Obatalá habló y Obi reconoció la voz, abrió y se lanzó al piso a manera de reverencia, Obi palidecía ante Obatalá y sin levantarlo del piso le dijo:

La vanidad y el orgullo han invadido tu corazón y tu mente, tu alma ya no es pura, ni blanca como tus lujosos vestidos. A partir de hoy serás negro por fuera y rodarás por el piso, te usarán para hacer ebbó y limpiezas, no volverás a hablar por ti, sólo serás blanco por dentro para que sirvas de oráculo de los orichas.

To Ibam Echu

— Cabosile Changó! —

Cuentan que un día muy temprano Changó decidió dar un recorrido por sus designios; observó como todos trabajaban en los campos, otros iban al mercado a llevar sus mercancías o cuidaban del ganado. Pudo ver como los niños jugaban alegremente pero nadie se percató de su presencia, cada cual seguía en sus faenas cotidianas y tristemente se puso a meditar:

- En tiempos de guerra tenía siempre a mi alrededor a todos mis soldados, a mi pueblo que me aclamaba, ahora que llegó la paz - si bien es cierto que he conquistado todo un vasto territorio - ya no tengo a nadie a mi alrededor sólo mi séquito y

y alguno que otro amigo, sólo Eleguá me visita frecuentemente y alegra mi vida con sus travesuras. Mi pueblo más que quererme y respetarme me teme y un buen soberano debe ser querido y respetado no temido, entonces ¿para qué tantas tierras, tantas glorias, tantos súbditos? al final lo he logrado todo y no tengo nada.

Este pensamiento invadía a Changó.

Una mañana después de hacer su recorrido habitual por el reino decidió dar fin a su desdichada vida, tomó una fuerte soga, se le echó al hombro y salió del palacio en busca de un árbol donde pudiera colgarse; en sus hermosos jardines no había árboles frondosos sólo grandes sembrados de plátano: su fruta preferida.

Bueno, bueno, bueno, no encuentro un buen árbol donde atar esta soga -pensaba Changó- total el plátano es mi fruta preferida, con el mismo le daré fin a esta inútil vida.

Ató la soga a la mata de plátano, en el otro extremo hizo un lazo; se lo puso al cuello, cerró los ojos y se dejó caer pero esta planta es muy flexible y se arqueó por el peso del rey. Al ver fracasado su intento

no se dio por vencido porque nunca había entendido de reveses, se puso de pie para buscar otro árbol, sintió hambre y pensó:

- Mientras busco donde poder ahorcarme, cortaré un racimo de plátano y me lo voy comiendo por el camino.

Así lo hizo y siguió su viaje. Mientras caminaba iba comiendo y echando las cáscaras a su espalda cuando sorprendentemente se encontró con Eleguá, su compinche, que sin pérdida de tiempo le preguntó:

- He Alafin, ¿qué haces tan temprano por estos campos y solo? Changó le explicó de sus intenciones y de lo desencantado que estaba de la vida y de su pueblo.

Eleguá irónicamente se echó a reír. A Changó no le agradó nada esa risa tan burlona y con gran enojo se lo hizo saber, mientras el travieso de Eleguá continuaba con su burla. Lo que colmó su ira fue cuando le dijo:

- Hay Changó ¡que tonto eres! mira para atrás.

Cuando el rey se volteó, observó como su pueblo le seguía, comiendo las cáscaras de los plátanos que dejaba y exclamando:

- “Cabiosile Changó”

— Aggallú Solá —

Aggallú era un hombre muy fuerte, casi un gigante, muy temido y admirado. Rey de un valle fértil cerca de un caudaloso río; lugar al cual nadie podía acercarse pues allí tronaba y temblaba siempre, pero lo peor era que estaba rodeado de gases incandescentes. Un día Aggallú fue al río para refrescar un poco el calor del volcán donde vivía y desafiando la corriente intentó cruzarlo sin ninguna ayuda. Al sumergir sus poderosos pies en el agua, Ochún dueña del lugar, golpeó con fuerza sus tobillos y lo hizo rodar ente los guijarros del fondo, provocando la burla y la risa de todos los allí presentes.

Aggallú se fue abochornado del lugar y estuvo varios días pensando en este incidente. Una mañana no pudo más con su resentimiento y arrancando de raíz un árbol de gran tamaño corrió impetuoso hacia el río. Ochún sorprendida desde un tranquilo remanso del afluente se asustó tanto que lo dejó cruzar, después lo llamó y conversaron; al principio el diálogo fue fuerte y agresivo pero la calma y la dulzura de

la dueña de la miel logró tranquilizarlo, admiró su tamaño e incalculable fuerza a tal punto que lo designó el barquero de su río, al ver que lo cruzó sin dificultad y con él aseguraba que las personas pudieran pasar de un orilla a la otra, sin correr peligro por fuerte que fuera la corriente y así, sellaron un pacto amistoso de respeto y ayuda.

Por eso, Aggallú además de tener su reino iba muy frecuentemente al río para refrescar el calor del volcán y allí conversaba con Ochún y servía de barquero.

Cierto día una hermosa mujer elegantemente vestida de blanco le pide a Aggallú que le cruce el río en su barca, él al verla tan bella aceptó, sin saber que ella era Obanlá; un camino de Obatalá hembra. Cuando llegó a la otra orilla Aggallú le dijo:

- Debe pagar por mi trabajo nueve monedas- como era su costumbre.

No tengo dinero- Ella le respondió. Ni siquiera conocía que debía pagar por el trabajo realizado -argumentó y pensó ¿cómo eso era posible si ella era Obatalá?

Pero él no aceptaba disculpas y exigía su pago.

No traigo ni frutas ni dulces para pagarle -afirmó Obanlá, mientras se bajaba de la barca y al llegar a tierra firme le dijo:

- Sólo tengo una forma de pagarle y quitándose el vestido le mostró su hermoso y virginal cuerpo.

Allí vivieron momentos de amor y pasión; al amanecer del otro día cuando Obanlá se fue Aggallú no se sintió satisfecho con esta aventura, todo lo contrario, se sentía humillado en su condición de varón, pues consideraba que la iniciativa de hacer el amor con esa mujer debía ser de él como era la costumbre, por eso a partir de ese momento juró a sí mismo que:

- Mientras el mundo sea mundo antes de cruzar a cualquier persona le cobraré por adelantado.

El tiempo pasó y de aquella unión nació un hermoso niño al cual su madre le puso por nombre Changó y siempre le dijo que su padre era Aggallú el barquero. El tiempo pasó y el niño creció deseando conocer a su padre hasta que cierto día el niño decidió ir a verlo; cuando llegó a las márgenes del río lo buscó y aunque había oído hablar de las tarifas del barquero para cruzar el río cuando lo vio le dijo:

- Necesito cruzar el río.
- ¿Sabes que tienes que pagar por eso? -Le respondió Aggallú.
Soy un niño, no trabajo, cómo he de tener dinero -dijo Changó.
Aggallú un poco molesto le contestó:
- Para cruzar el río en mi barca hay que pagar, esa es mi ley.
Mi madre vive del otro lado del río, está enferma y necesito verla
- Le suplicó Changó.
Me da mucha pena pero si no hay dinero no te cruzo -argumentó
determinantemente el barquero.
Changó bajó su cabecita y apenas sin mirarlo replicó:
- Pero si me cruzas cargado en tus hombros, no en tu barca, no vas
a incumplir con tu ley.
Aggallú sorprendido del razonamiento del niño, se quedó pensati-
vo reconociendo lo astuto del muchacho y le dijo:
- Está bien, te cargaré en mi hombro pero sólo por esta vez.
Y así lo hizo, pero en la medida que entraba en el río y avanzaba
por este sentía que el peso del niño se hacía cada vez mayor hasta el
punto de no poder soportarlo, sin salir de su asombro le preguntó:
- ¿Qué pasa siento que aumentas de peso?
El niño se echó a reír y Aggallú - violento como era - lo lanzó al agua
y lo vio convertido en un joven el cual le dijo:
- Yo soy Changó y soy tu hijo.
No quiso creerlo, pero después de averiguar quién era su madre y
aun dudando de su paternidad le propuso hacer una prueba que diría
si en verdad era su hijo o no.
Es una prueba muy fuerte -argumentó Aggallú.
- No tengo miedo, yo soy Changó.
Aggallú lo llevó a su casa, el volcán y no salía de su asombro al ver
como Changó caminaba sobre la lava volcánica sin que lo quemara,
pero lo que culminó la prueba fue cuando el joven cogía con sus
manos las piedras volcánicas incandescentes y jugaba con ellas.
¡Eres mi hijo! -exclamó orgulloso. ¡Eres Obbá Iná, el rey del fuego!
Y desde entonces para que todo el mundo sepa que Changó es su
hijo, cuando el volcán hace erupción primero sale la candela, que es
Changó y después el río de lava que es el mismo Aggallú.



— El caballo blanco de Changó —

Cuentan que hace mucho pero mucho tiempo, cuando los dioses aun habitaban la tierra, en los establos de Obatalá nació un hermoso caballo blanco que robó la atención de todos hasta la de Obatalá por su gallardía y su arrogancia al caminar; el propio padre se dio a la tarea de darle de comer y peinaba su pelo cada mañana, por eso se convirtió en un animal dócil y cariñoso. Cuando se hizo adulto se paseaba por toda la finca marcando su paso majestuosamente, siempre buscando donde estaba Baba, este se sentía muy orgulloso de aquel ejemplar y consideró que sería un buen regalo para su hijo Changó, que también le gustaba pasear por su reino luciendo sus mejores galas.

Y así lo hizo; envió con unos de sus más fieles soldados el caballo hacia el palacio de Changó, el cual fue recibido con gran alegría y se ordenó construir un hermoso establo digno del regalo recibido, pero el caballo que estaba acostumbrado a estar libre y bajo la protección de Obatalá en el primer descuido se escapó, volviendo a la finca de su dueño, este al verlo de regreso no entendió los motivos y continuó cuidándolo con esmero y cariño.

Cuando Changó supo de la desaparición de Blanco, nombre con el cual lo había bautizado, no pudo contener su cólera y decretó:

Se entregarán 100 monedas de oro al que encuentre el caballo blanco y será encarcelado en su palacio al que lo posea sin previo juicio. Todos en el reino se dieron a la tarea de buscar al animal. Tras varios días de búsqueda encontraron al buscado caballo blanco muy cerca del reino de Obatalá acariciado por un anciano al que sin previo juicio fue encarcelado en los calabozos del palacio de Changó.

A partir de ese momento empezaron las penurias para Changó y su reino; si emprendía una hazaña bélica todo era un fracaso, los campos empezaron a secarse y los cultivos se perdían, hasta una plaga de insectos invadió la zona, la enfermedad y la muerte empezaron a diezmar a los habitantes de la aldea. Changó desesperado por su pueblo sin saber qué hacer pues todas las medidas tomadas eran en vano, fue al pie de Orula para que el oráculo le diera un consejo con el objetivo de solucionar la grave crisis que estaba atravesando y salvar a su querido pueblo.

Orula lo escuchó e inmediatamente buscó el tablero y lo consultó. Firmemente le dijo:

- Todo es un castigo de Olofi por tener prisionero en tu palacio a tu padre Obatalá.

Changó no quiso creerlo, se preguntaba ¿cómo voy a tener a mi padre en prisión?, ¿en qué momento fue eso?

Orula continuó diciendo revisa en tus calabozos y cuando lo compruebes busca a Eleguá que en sus manos está la solución, concluyendo así la consulta.

Al caer la tarde cuando la oscuridad invadía los calabozos, Changó fue a ellos y celda por celda revisaba con mucha cautela, hasta que, al fin en una oscura celda, sentado en el suelo con la humildad que lo

caracteriza estaba Obatalá. Changó no supo qué hacer y espantado de pena y dolor corrió en busca de Eleguá como le había dicho Orula. Inmediatamente le contó todo lo ocurrido y éste le dijo:

- Busca una sábana blanca grande muy grande, que sea capaz de cubrir completamente a Baba, proclama en todo el reino que a las 12 del día todos estén en sus casas completamente cerradas, no deben mirar para la calle pues en ese momento algo muy grande la recorrerá y no debe ser visto por nadie. Además, necesito un agogo que emita un sonido seco y agudo el cual yo sonaré cadenciosamente, de esa forma sacaré a Baba del pueblo, pero tú debes preparar una gran fiesta en compensación con lo ocurrido y en agradecimiento por el regalo.

Al día siguiente se cumplió todo al pie de la letra; Eleguá cubrió con la sabana a Baba, sonó muy rítmicamente el agogo, tomó del brazo al padre y lo sacó del pueblo, lo acompañó hasta su palacio donde le explicó todo lo ocurrido e imploraba por el perdón para Changó el cual lo esperaba en su palacio como él sabía saldar sus errores, con un gran festín.

Obatalá padre de bondad y amor comprendió todo lo ocurrido, perdonó a su hijo predilecto y junto con Eleguá fue para las tierras de Changó el cual no escatimó en atenciones y alabanzas para su padre y así volvió la paz y la prosperidad en el reino de Changó.

Ikú y Orula

Al principio de la creación todo estaba en desorden, la vida era muy inestable y los osorbos que son los fenómenos contrarios hacían y deshacían acabando con todo a su alrededor. Así Ikú - que es la muerte - no respetaba a nada ni a nadie, sólo hacia su voluntad con las plantas, animales y sobre todo con los seres humanos, sin considerar edad, sexo, ni estado de salud, sólo le importaba hacer lo que quisiera.

Si Ikú en su andar se encontraba con una planta florecida, exhalando su olor a vida (como era adversa a la vida) la secaba o cuando una perra recién parida cuidaba de su cachorra, la veía y le ladraba asustándola, rápidamente la mataba.

Cuentan que cierto día una amoldé flacucha, visiblemente afectada de un gran sufrimiento, llegó a la puerta de Orula - el gran adivinador -, con el rostro empapado en lágrimas, exhalando profundos suspiros; se dejó caer de rodillas y sin poder contener su llanto dijo estas palabras:

- Orúmbila, la Ikú ronda mi casa; no dejes que se lleve a mi moquénque tierno y bueno.

El aludido, al verla tan abatida dijo:

- Vete al monte y hazte de cuatro canastas de quimbombó. Te esperaré en tu casa.

Inmediatamente Orula se encamina al ilé de la mujer; pasa a la habitación e inclinándose al lecho donde yacía el niño que a todo esfuerzo se debatía con la muerte, tocó su frente que estaba encendida por la fiebre, inmediatamente marcó una línea ancha y continua, con un fragmento de yeso en la muñeca del brazo izquierdo del infante. Luego esperó a que la mujer regresara. Y derramando el quimbombó en el suelo, lo pavimentó todo hasta sembrarlo a una verde alfombra. Mandó a retirarse a la omordé y apostado en un rincón espero la llegada de la Ikú.

La muerte entró marcial. Pero, apenas dio unos pasos, perdió su énfasis y comenzó a dar tumbos de un lado para otro, resbalando por el verde piso al hacer estallar las cápsulas del quimbombó con sus pisadas que crepitan secamente. En tal situación tan indecorosa para su jerarquía, no obstante, hacia impotentes esfuerzos por asirse de invisibles sostenes en la oscuridad, hasta que, salida del todo de su centro de gravedad, rodó al suelo estrepitosamente, sonando como un saco de guijarros y exhalando un grito de indignación:

- ¡Ahí!...

Presto, Orula surge de su escondite y la golpea rudamente con un gran mazo de hojas de álamo. Ante el castigo, logra la Ikú incorporarse y dando saltos de un lugar a otro, se inclina hasta tomar proporciones monstruosas; pero Orula la maltrata tenazmente con su látigo hasta reducirla a un insignificante punto.

La Ikú, sin remedio, busca una escapatoria y dando un salto se introduce en una botella vacía que estaba posada en un esquinero de la casa. Orula ajusta un tapón al escondite y la castiga con más bríos, mientras dice:

- ¡Ikú, ahora estás a mi albedrío!

Ésta responde:

- Sácame de esta humillación y aceptaré sumisa tus condiciones.

Orula la lleva ante el moquenque, cuyos párpados cerrados evitan las fulminantes miradas de la prisionera y señalando la marca que había hecho le habla en este tono:

- ¿Ves esa señal? pues significa que el que la tenga está bajo mi custodia y por lo tanto has de respetarlo. ¿Aceptas mi condición?

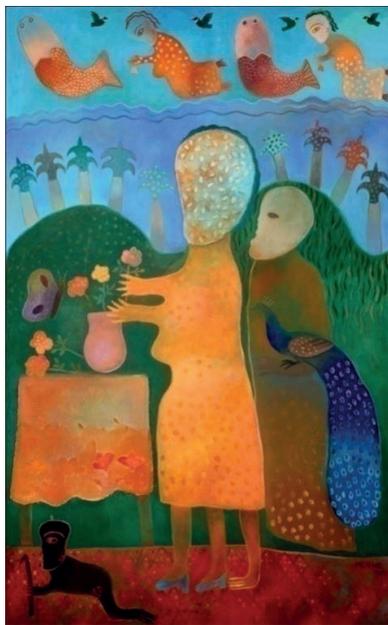
Gustosa la cumpliré -dijo Ikú.

Y Orula dejó que se marchara.

El moquenque sanó del todo y así quedó sellado el pacto de vida y muerte entre Ikú y Orula.

To Ibam Echu.

— Ochún: dueña del río —



Hace mucho pero mucho tiempo, Olofi (dios supremo de los yorubas), decidió repartir todas las posiciones de la Tierra a los orichas de su panteón, así determinó que Yemayá fuera la dueña de todas las aguas. Yemayá quedó muy agradecida de su determinación, pero a su vez pensaba que era mucha responsabilidad para ella, no obstante, cuidaría y velaría con esmero por las aguas fuente universal de vida.

Cierto día Yemayá decidió dar un paseo por todas sus propiedades y mientras salía del mar pensaba, ¿qué hare con tantas aguas? en su andar vio a la pequeña Ochún, malcriada y consentida por todos los orichas, que se entretenía jugando con unos caracoles en la playa.

Cuando Ochún la vio enseguida corrió hacia ella y ambas se abrazaron con mucho amor. Yemayá le dijo:

- ¿Qué haces aquí jugando tan sola?

Eso madre, jugaba -respondió la niña y continuó diciendo- porque usted no me deja bañarme en sus aguas, ¡Ay si me dejara sería tan feliz!

Ochún, mi niña -Le dijo Yemayá muy dulcemente- mis aguas son demasiado profundas y temo por ti.

Ochún se alejaba un poco triste, buscando caracolitos y otros animalitos con quien jugar. De repente Yemayá recuerda, sonrío y va en busca de la niña, la atrae hacia sí y le dice:

- Ya tengo tu pequeño mar, ven que te lo enseño. Y echaron a andar; la niña más que caminar parece que vuela de la alegría. Se internaron en el bosque, llegaron a una alta colina y desde allí le enseña el hilo de plata que corre velozmente.

¿Y me puedo meter ahí? -preguntó Ochún, llena de gozo.

Yemayá consiente con la cabeza y le dice:

- Estas aguas no son tan profundas como mis mares, en ellas no tendrás peligros, serán aguas dulces que podrás beber y sus márgenes no serán tan anchas para que no te canses, pero siempre irán a desaguar en el mar para que puedas ir a verme. ¡Eso sí! si cuidaras y velaras por estas aguas, te las entregó; a partir de hoy tú serás la dueña de los ríos.

Después Ochún dueña absoluta de los ríos creó cataratas, saltos y hasta remolinos para ser tan importante y respetada como Yemayá, mientras juega feliz, da brazadas y hace piruetas en las aguas del río llena de gozo y felicidad.

Y es así como Ochún se hizo dueña de los ríos, que siempre desembocan en el mar.

~ Inle y el fondo del mar ~



Inle era un joven muy apuesto, hábil en la caza, conocedor de los secretos medicinales de las plantas, pero lo que más lo diferenciaba del resto de los jóvenes era su gran destreza para la pesca; ocupación para la que Olofi lo había designado. Cuentan que él alcanzó gran popularidad por sus habilidades y era el comentario de todos, tanto fue así que llegó hasta las profundidades del mar y a los oídos de Yemayá que motivada por la curiosidad se dispuso a buscarlo.

Recorrió toda la costa sin lograr su objetivo, cansada de su búsqueda se dispuso a descansar un poco cuando vio a unas mujeres que venían con una hermosa ensarta de pescado.

¿Dónde compraron esos pescados?, ¿quién se los vendió? -Les preguntó.

Allí, en la desembocadura del río, se lo compramos a Inle -respondieron.

Entonces recordó que Inle no sólo pescaba en el mar y hacia allí se dirigió. Al verlo quedó impresionada de su belleza, pero no fue eso lo que la cautivó sino su desenvolvimiento con los avíos de pesca; se acercó a él y le dijo:

- Eres muy hábil en la pesca, sobre todo en el río, ¿lo haces también en el mar?

Sí -respondió y continuó diciendo- donde haya peces ahí yo pescó, pero en el río es más fácil, es menos profundo, más calmado; puedo ver mejor la presa y en fin es más seguro.

Pero en el mar hay más variedad y mayor cantidad -Le afirmó Yemayá-. ¿Has entrado alguna vez a las profundidades marinas?

¡No! -respondió a secas.

Ella con una voz no seductora pero sí maternal, lo invitó a recorrer su reino y conocer lo hermoso de las profundidades marinas, de sus riquezas allí escondidas para todos y la gran variedad de peces. Así emprendieron el camino hacia el mar.

No salía de su asombro al contemplar tanta belleza desconocida para él; pudo ver misteriosas cuevas, caprichosas formaciones corallinas, enormes arrecifes, raras corrientes marinas, ricos tesoros en piedras preciosas, oro y plata de las naves sumergidas en el fondo y hasta su enorme cementerio.

Rodeado de estrellas de mar, hermosos caballitos marinos, raras especies nunca vistas, peces multicolores, hermosos delfines; recorrieron pasadizos, altas rocas, vieron la flora marina, caprichosas plantas, algunas misteriosas y atrapadoras. Inle nadaba como un pez y mientras lo hacía descubría novedosas cosas, era una aventura realmente inolvidable y se sentía extremadamente feliz, pero en el más absoluto silencio por lo que no olvidaba su vida en la tierra y de cuando en cuando la añoraba.

Pudo descender a lo más profundo de esa inmensidad. Llegó a los designios de Olokun; deidad de las profundidades marinas, lugar donde se guarecía para nunca ser visto por mortal alguno, provocando su ira y una lastimera queja ante Yemayá, esta le juró que su secreto nunca sería revelado a nadie y comenzó a pensar cómo darle solución a este problema.

Varios días demoró este recorrido, Inle estaba fascinado con tanta belleza pero sentía nostalgia por su casa, sus amigos, las personas que dependían de su pesca y se lo hizo saber a Yemayá. Ella no comprendía el sentir de Inle y no pensaba dejarlo volver a casa.

Tras muchos ruegos y súplicas ella accedió al pedido, pero con una condición: que no confesara a nadie todo lo que había visto; él juró no hacerlo, pero Yemayá desconfiada y temerosa de quedar mal con Olokun le impuso una dura condición para regresar a la tierra. Le cortaría la lengua para que no pudiera hablar nada y así fue, Inle regresó a la tierra mudo para siempre.

Y es por eso que este oricha no habla y cuando se desea consultar su oráculo hay que utilizar el dilogún de Yemayá para que hable por él y sólo diga lo que ella desee que el mundo sepa.



Muestra de espectáculo unipersonal:

Espectáculo “Soy mar”

Música: Oro Seco,
Soy mar,
Mar soy
Mar.

Aggolona o
Yemayá ye Inle ye lordo
Yale omi yale
Ayaba omi o
rezo grabado de Lázaro Ros

— Cuento: “Omi tuto, agua fresca”

Cuentan que en el tiempo en que el hombre empezó a poblar la tierra, los niños eran maltratados por sus padres y por todos los que tenían que ver en su crianza y educación.

Decían que invertían mucho tiempo en cuidarlos; había que alimentarlos, velar por ellos y que solo cuando alcanzaban determinada edad, podían ayudar en algunas de las tareas cotidianas. Cuando se convertían en adultos y eran productivos, se casaban y se marchaban. Todo el tiempo invertido en ellos era como agua en canasta.

Las quejas se producían constantemente y llegaron a los oídos de Olofi, dios supremo de los yorubas. Indignado, sabiendo que los niños representan la continuidad de la especie humana, se los llevó al cielo. Allí cuidaría de ellos hasta que fueran adultos y pudiera devolverlos a la Tierra. Para castigar a los humanos por esta acción, suprimió el omi (el agua) en el planeta. Puso a Eshu de guardián para que velara por el cumplimiento del castigo.

En un principio los humanos disfrutaron de paz con la ausencia de los niños. Hasta ese momento llovía regularmente, la ausencia del agua no se sintió. Al paso del tiempo los ríos se fueron secando, las lagunas se fueron convirtiendo en agua estancada. No había cascadas. Las plantas se secaron, los animales morían constantemente y la tierra se agrietó. Cuando se acabó definitivamente el agua, la situación se hizo desesperada.

Los hombres y mujeres se reunieron invocando a sus dioses para que intercedieran por ellos ante Olofi. Los orichas escucharon los ruegos. Decidieron ir al cielo a pedirle al dios supremo que perdonara a sus hijos, pero era imposible llegar hasta él. Solo Eshu y los egungunes (espíritus) podían llegar hasta el creador.

Entonces Yemayá, la madre de todos los hombres, se transformó en egungún. Cambio su pañuelo azul por otro multicolor. Se cubrió el torso con maribó (hojas de palma) y se quedó con su amplia saya de velos azules y blancos. Después emprendió el camino al cielo para ver a Olofi.

Cuando Yemayá, sumamente fatigada y sedienta se dispuso a beber agua en un charco pestilente que encontró, Olofi la vio y se compadeció de ella. Pensó también en los orichas que vivían con los hombres. Ellos nunca se habían quejado de los niños. Sintió compasión de los hombres y decidió perdonarlos.

Le entregó a Yemayá una enorme tinaja de agua para que le diera a todos los orichas. Después mando el omí a la Tierra en forma de lluvia. Poco a poco, para que no hubiera desgracias. Cada gota de agua llevaba consigo a un niño. Con esto Olofi enviaba un mensaje: el agua y los niños son la fuente inagotable de la vida y es por eso, que cuando se inicia cualquier ritual lo primero que se brinda es omí tuto, agua fresca.

Soy mar, mar soy, mar profundo, misterioso, extenso.
¿Soy mar? Voluble; a veces sereno, otras no tanto.

▲ *Poesía y movimiento por todo el escenario en forma circular*

¡Soy mar!
¿Mar soy?
Profundo.
Extenso.
Misterioso.
Serenos unas veces, otras no tanto.
Aleteo salobre de ilusiones.
Líquido sueño de encuentros y despedidas.

Soy mar.
Voluble.
Inapresable.

¡Soy mar!
Refugio de enamorados,
Confidente de pasiones,
Inspiración para poetas y pintores.

Mar.
Yo quise ser puente,
Canto infinito.
Soy cementerio de adioses,
Casa, prisión virtual,
Soy mar, mar soy, ¡Mar!

Cuento: “La madre de los Hombres”

Cuentan los que cuentan cuentos que en tiempos muy remotos cuando aun la tierra no estaba habitada por los hombres y Olofi, dios supremo del panteón de los yorubas, estaba entregando los poderes a los orichas, se reunía periódicamente con ellos – las deidades de este culto - para tomar acuerdos, conciliar ideas y trazar las pautas para el futuro.

Cada vez que esto ocurría, al finalizar la reunión, Olofi le decía a cada uno de sus hijos un mensaje, un consejo, un pataki. Y tras la grandiosa cena de costumbre los despedía. Pero esta vez fue entregándole un paquete perfectamente envuelto, cerrado y sellado a cada uno de ellos.

Ya en el camino, cuesta abajo de la empinada montaña donde vivía Olofi, sus hijos y sobre todo Eleguá sintieron la gran curiosidad por saber que les habían regalado pero no se atrevían a abrirlo.

- ¿Qué será? pensaban unos. Otros, sobre todas las mujeres, se quejaban de lo pesado del paquete.

Hasta que al fin Eleguá con las habilidades que su padre le había otorgado logró convencer a Changó para que abriera su regalo. Y sorpresa menuda la que se llevó al descubrir que lo que contenía era una cabeza de carnero. Los demás sin mucha pérdida de tiempo siguieron su ejemplo y abrieron sus respectivos obsequios. Todos menos Yemayá, que se había adelantado en su regreso y como vivía tan cerca, en el mar desde donde se erguía esta montaña, estaba en casa en un santiamén.

Entró en sus aguas con su regalo muy bien envuelto y sólo las aguas demostraron su contenido.

¡Maferéfún Olofi! -dijo Yemayá- que me ha dado cabeza para vivir. Exclamó y la guardó con amor y respeto.

Mientras los otros orichas fueron botando o echando al camino sus regalos unos aquí, otros allá, mientras murmuraban entre dientes.

- Son cosas de viejo.

Otros más osados decían:

- El Padre ya está caduco, tú sabes, lo que es darnos una cabeza de animal.

- ¡Qué cosa, el viejo ya está fuera de sí!

Así se oyeron por doquier las distintas protestas de los orichas, por el generoso regalo que habían recibido.

Y pasó el tiempo y llegó el momento, la fecha y hora del siguiente concilio. Todos acudieron al llamado del padre, todos llegaron a tiempo, todos menos Yemayá.

- ¿Y Yemayá?, ¿dónde está Yemayá?, ¿qué le ha pasado a Yemayá? todos se preguntaban preocupados pues era muy raro que viviendo tan cerca, la madre de las aguas no estuviera puntual como de costumbre, nadie podía ni siquiera sospechar la verdadera razón de su demora.

Llegada la hora de iniciar la reunión hizo su aparición Olofi, sobrio, majestuoso, sabio, echó una mirada a los allí presentes, se percató que faltaba Yemayá, pero no reparó en ello y después de saludarlos y desearles todo género de Buenaventuras les preguntó impaciente:

- ¿Y qué han hecho con sus obsequios?, ¿qué uso le habían dado?, ¿cuál habrá sido el destino de los mismos?

¡Vaya pregunta! -dijo Eleguá- ahora ¿qué vamos a decir?

Changó te lo dije, no vamos a botar las cabezas -dijo Ochún muy asustada.

¡Yo no!, a mí me embulló Eleguá -comentó Changó.

Así unos a otros se culpaban, se justificaban, formándose tremenda algarabía en el lugar. En medio de aquel alboroto; lenta, callada y con las enaguas aun mojadas llega Yemayá a la puerta de la casa de Olofi cargando un inmenso saco chorreando agua, el cual contenía todas las cabezas que éste había regalado a los orichas; las cuales rodando - o bien - arrastradas por las lluvias fueron a parar al mar. Cada vez que caía una cabeza al mar Yemayá, las recogía y guardaba sin saber el por qué esto estaba ocurriendo.

Olofi soberbio, enérgico se dirige a Yemayá diciéndole: Y tú ¿qué has hecho con tu regalo?

Yemayá tierna, suave como cuando el mar acaricia las arenas en una apacible tarde de verano, sin apenas levantar su mirada le responde:

- Padre aquí está la mía y la de mis hermanos, abriendo el saco que llevaba consigo.

Olofi lleno de júbilo y satisfacción se dirigió al resto del grupo y sentenció:

Mientras el mundo sea mundo tú serás la madre de los hombres, por ser la que presentó cabeza. Y la cabeza, es la que lleva el cuerpo.

To ibam echu.



o Música grabada referente al cuento.

o Conversación escénica. Explicación del canto.

Cuento: “Yemayá y Orumila”

En los tiempos en que los actuales orichas vivían como seres terrenales, cuentan que Yemayá estaba casada con Orumila, el gran adivinador de la tierra de Ife, hacía milagros y tenía una gran clientela. Por ese entonces, Orumila además de hacer sus adivinaciones con su tablero y el ekuele, se hallaba íntimamente unido al dilogun (caracoles) conocimiento adquirido por Yemayá, dueña del mar y de los caracoles. Además, le había enseñado sus secretos e interpretaciones así como sus leyendas, mientras ella escuchaba secretamente las consultas y las profecía que él hacía mediante el ekuele.

Un día Orumila tuvo que hacer un largo viaje para asistir a las periódicas reuniones de los Awo en el templo de Ifa. Cuando venía alguien solicitando los servicios de Orumila, Yemayá lo atendía cortésmente y le pedía que volvieran en otro momento pues su esposo no estaba en casa.

Pero esta vez demoró más de lo que él y Yemayá habían pensado y ésta se quedó sin dinero y sin provisiones, a partir de ese momento cuando alguien venía ella lo atendía igualmente, pero le decía:

- Si su situación es muy urgente yo pudiera atenderle y consultarlo.

Al principio las personas titubearon, pero algunos probaron suerte y como era adivinadora de nacimiento, las consultas eran muy ciertas, sus vaticinios tuvieron gran éxito y con las rogativas y ebbó que marcaba se salvaron muchas personas por lo que adquirió gran fama.

Pasado algún tiempo, la reunión terminó, todos los awoses regresaron para sus casas al igual que Orumila; en el camino escuchó el comentario entre dos caminantes que decían:

- Hay una mujer adivinadora y milagrosa en el pueblo.

Orumila sorprendido y curioso por saber lo que estaba pasando decidió disfrazarse y al llegar a la primera casa del pueblo tocó a la puerta. Sin apenas saludar preguntó cortésmente:

- Por favor me pudieran indicar ¿dónde vive una mujer que además de adivinadora es milagrosa?

Rápidamente le respondieron pues la fama de la mujer había corrido como pólvora.

No podía creerlo, sorprendido repetía en silencio mil veces las direcciones de la casa. No cabía duda, era la dirección de su casa. Angustiado se preguntaba ¿qué le ha pasado a mi esposa?, ¿a dónde habrá ido a dar? Le torturaba la idea de que Yemayá al verse sin dinero hubiera tenido que vender la casa.

Sin pérdida de tiempo y aun disfrazado se dirigió al lugar para resolver dos cosas: saber de Yemayá y conocer si la popularidad de la mujer era realmente cierta.

Había una larga fila de personas esperando por la consulta, paciente espero su turno, miraba todos los detalles de la casa, nada había cambiado; pero también observó que las personas llevaban animales, dulces, frutas y hasta telas como regalos en agradecimiento por los servicios recibidos y los que iban por primera vez se iban haciendo comentarios muy favorables de aquella desconocida mujer adivinadora y milagrosa y todo esto le hizo pensar que tal vez el comentario era cierto y hasta llegó a sentir un poco de envidia pues con él las atenciones no eran así. Cuando llegó el momento de entrar a la

habitación donde él consultaba sintió una sensación muy extraña.

Corrió la cortina de maribo, entró a la habitación y la vio, allí estaba cómodamente sentada en su estera con su amplia saya de velos azul y blanco, un hermoso turbante blanco en la cabeza y con su ekuele en mano listo para ser lanzado y decir: Ifa reo.

Era soberbia, despecho, ira, era toda una mezcla de sentimientos que como una saeta le laceraban el corazón. Tal fue la sorpresa que no pudo emitir palabra alguna.

Yemayá al verlo pálido sin poder decir nada le dijo:

- ¿Tu creías que me iba a morir de hambre?

Él, enfurecido le reclamó que ella no estaba facultada para tirar el ekuele.

Sin embargo, ella respondió:

- He tenido mucha aceptación y continuo diciendo, recuerdas aquella mujer que venía todas las semanas quejándose de un dolor en la espalda, eran los riñones; le preparé tres botellas con una tizana de chichicate, mastuerzo y hojas de nitro y ya la curé.

Orumila poniéndose las manos en la cabeza le dijo:

- ¡Pero mujer! yo sabía la cura, lo estaba haciendo para que tuviera que seguir viniendo.

¡Ah! y aquella joven casadera - continuo diciendo- que no tenía suerte con los novios, le hice una obra con una paloma blanca y un nido y se casa la semana que viene.

¡Pero mujer vas acabar con mi clientela, me vas arruinar! -exclamó Orula y no quiso escuchar más.

La tomó del brazo y la llevó ante Olofi, sabio entre los sabios, para que fuera él quien castigara la falta de Yemayá. Ya frente a Olofi ambos le expusieron sus razones, sobretodo ella que explicó con lujo de detalles y hasta citó los ejemplos de curaciones, de solución de problemas, en fin de todo lo ocurrido.

Olofi escuchaba atentamente y tras una breve pausa sin mucha pérdida de tiempo sentenció:

Mientras el mundo sea mundo, tú Orumila consultarás con el ekuele y tu tablero. Y tú Yemayá, dueña del mar y de sus frutos, adivina de nacimiento, lo harás por medio del dilogun o sea del caracol.

To Ibam Echu



o Conversación escénica referente a los caminos de los orichas y sus amores.

o Música grabada: Canto de Yemayá y Oggún.



Cuento: "Yemayá y Oggún"

Esta historia nace en los tiempos que los orichas vivían en la tierra como seres humanos. Muy cerca de un caudaloso río vivía Yemayá Ocute, la mayor de todas; maternal, enérgica, servicial. Había aprendido perfectamente el manejo de las armas y del machete; todas estas habilidades las adquirió de su esposo Oggún, el dueño de los metales, herrero por excelencia, que vivía en medio de la espesura del monte en su taller al aire libre, con la única compañía de sus amigos: el yunque, la fragua y la maza.

Allí pasaba día tras día, sólo volvía a la choza donde vivía con Yemayá de cuando en cuando; algunas veces cuando Oggún regresaba cansado de largos días de trabajo, no la encontraba, tampoco nada hecho en el hogar. Al principio fue tolerante, pero este incidente se repetía cada vez con más frecuencia. Fue así que la ira comenzó a abrazarlo impetuosamente, invadiendo su mente de terribles pensamientos.

Yemayá, apenas salía Oggún de la choza con los claros del día también lo hacía ella, pero a socorrer a los ancianos que necesitaban de su ayuda, a las mujeres embarazadas, a los enfermos, a los niños, en fin, a todo el que reclamaba de sus servicios. Así, haciendo el bien por todas partes, se le iban las horas y cuando caía la tarde corría a su hogar. Algunas veces estaba muy distante, otras atendiendo un parto, tal vez un niño con fiebre y hasta escuchando los rumores mal intencionados de los sucesos del día en la aldea.

No siempre llegaba antes que Oggún a la casa y todos los deberes del hogar estaban pendientes por hacer. Cuando levantaba la cortina de maribó de la puerta de la casa se encontraba a Oggún irritado, haciéndole reclamos por su ausencia; la tomaba por los hombros y la

sacudía violentamente. Era entonces cuando Yemayá, dueña de las aguas, se convertía en un hilo de agua que se deslizaba vertiginosamente entre sus dedos, salía por la puerta de la casa uniéndose al río que por allí corría.

Esto ocurría cada vez más frecuentemente, hasta que colmó la paciencia del dueño de los metales. Un buen día dándole forma a una lanza meditó acerca del conflicto con Yemayá y se preguntó:

- ¿Quién me podrá ayudar a resolver este problema? con Obatalá no puedo contar para pedirle ayuda -analizó rápidamente- todo lo que ella hace lo ve como bueno, siempre dice orgulloso de sus tareas:

- Por eso es la madre del mundo.

- Entonces acudiré al supremo, al mismo Olofi -concluyendo así su tarea y su pensamiento-. Al día siguiente se levantó más temprano que de costumbre no había ni un rayo de luz. Subió la montaña más alta de la región para hacer su súplica, él nunca había molestado al padre universal por lo que estaba seguro que escucharía sus quejas. Realmente el creador lo escuchó y desde lo infinito de Olordumare se oyó un eco que decía:

- Sólo lo lograrás si eres como ella: agua. Ve al manantial donde nace el río en el que Yemayá une sus aguas, deja que el agua te bañe, de esa forma corre tras ella y trata de alcanzarla.

Oggún así lo hizo, dejó que el agua del manantial bañara su cuerpo día y noche; el agua fue tomando un color cobrizo, como de herrumbre con un raro sabor metálico mientras se desplazaba por el cauce del naciente río.

Cuando Yemayá se percató de la ausencia de su esposo salió a buscarlo días y noches por todas partes. Hasta sus oídos llegó el rumor de todo lo ocurrido. Corrió a su casa por donde pasaba el río, al verlo turbio colocó lajas y piedras purificadoras para hacer un muro de contención creando una cascada, un salto de agua clara y cristalina. Y lo supo, ahora Oggún era agua y corría tras ella para conocer todos sus secretos.

Y dicen los ancianos que por eso allá en Nigeria, el río Yemayá es la continuación del río Oggún, que convertido en agua trata de darle alcance para hacerla cumplir con sus deberes en el hogar.



o Conversación escénica

Se dice que los hombres fueron creados a imagen y semejanza, o sea, que las características de los humanos son reflejos de las deidades que los acompañan o protegen; estoy por creer que es verdad:

- Si vemos a un hombre alardoso y mujeriego pensamos que es hijo de Changó.
- Si es tramposo y mentiroso se lo achacamos a Eleguá.
- Si es una mujer coqueta es hija de Ochún. Y así sucesivamente.

En este cuento veremos varias características de los orichas.

Absuelto por falta de pruebas.

Cuando Olofi repartió los poderes y las tareas que debía realizar cada oricha, decidió que Oricha Oko cuidara de las tierras de Obatalá, de su ganado, sus flores, frutas, viandas, en fin, de todo lo que tuviera que ver con la tierra. Oricha Oko con gran esmero y ahínco se esforzaba cada vez más para lograr una buena cosecha, que el ganado y las aves de corral fueran saludables, que los jardines siempre estuvieran hermosos y florecidos; tanta era la dedicación de Oricha Oko que toda la aldea tenía que elogiar sus terrenos, tanto él como Obatalá estaban muy orgullosos de los resultados logrados.

Cuentan que una mañana Changó regresaba muy cansado y hambriento. Después de pasar toda la noche en un wemilere, se encontró con Yemayá. Ella también venía agotada, tras largas horas de camino buscando hojas medicinales para las tizanas que con sabiduría preparaba para los necesitados.

- ¡Maferéfún Olofi! que te encuentro en mi camino. ¡Iyá mío! -dijo Changó- saludando a Yemayá con grandes muestras de afecto y respeto.

- ¿Qué haces tú tan temprano por esto lugares? – respondió Yemayá- sorprendida.

Changó hizo derroche de elogios para describir el wemilere. Yemayá le relató cómo había conseguido todo lo que traía en su canasta y continuaron juntos el camino.

Andando y andando llegaron a una encrucijada donde empezaban las tierras de la enorme finca de Obatalá. No pudieron hablar más, al contemplar los hermosos cultivos del lugar, viandas, hortalizas y frutas. Se veían tan lozanas y jugosas que motivaban a coger al menos una de ellas. Ambos se miraron, no hicieron faltas las palabras, el pensamiento bastó.

- Son las tierras de Babá - señaló Yemayá con tono de advertencia.

Rápidamente respondió Changó:

- Él es nuestro padre, seguramente al saber que tomamos algo de su huerto no se enojará.

Sí, pero... ¿y Oricha Oko? - Advirtió temerosa Yemayá. Ella conocía bien el carácter del guardián de la finca.

No temas - respondió Changó y prosiguió diciendo en tono burlón - A ese yo le juego cabeza, ya tú verás... confía en mí.

Changó se acercó sigilosamente a la cerca que limitaba los terrenos, observó cuidadosamente que no hubiera nadie por los alrededores y de un salto la cruzó. Yemayá no podía hacer lo mismo con su enorme saya de hermosos vuelos en distintas tonalidades de azul ¿cómo cruzaría el cercado?

Como para el rey de los truenos no hay barreras. Hizo que Yemayá se acercara lo más posible a la cerca, la tomó por la cintura y de un solo impulso cayó sentada sobre los hombros de Changó. Estaba del otro lado y ahora ella podía tomar de los árboles las frutas más altas y depositarlas en su saya. Así lo hicieron; en unos instantes aquella saya parecía una canasta llena de mangos, naranjas, mameyes, guayabas, en fin, de todo lo que les gustaba. Cargados hasta más no poder decidieron regresar cruzando la cerca de la misma forma.

Ya de nuevo en la encrucijada surgió otro dilema, ¿dónde disfrutar del codiciado manjar?

A la orilla del mar -dijo Yemayá- es un lugar fresco, alejado de aquí, nadie sabrá de dónde son estas frutas.

- No, disfrutaremos de estos manjares recostados a una palma, junto al mar sabrán que fuiste tú- argumentó Changó.

- Lo mismo sucederá en la palma, busquemos otro lugar que no tenga que ver contigo ni conmigo - sentenció Yemayá.

Finalmente decidieron ir al río, allí podrían beber de las cristalinas aguas y disfrutar del exquisito manjar a la sombra de las cañas bravas, no había mejor lugar; hasta una siestecita podrían disfrutar.

Una vez en el río se lavaron sus manos, refrescaron un poco sus cuerpos y depositaron las frutas en las márgenes. Ya se disponían a iniciar el codiciado banquete, cuando de forma inesperada se apareció Elegua.

- Si fueran tan amables- dijo Elegguá con tono muy irónico -¿Me pudieran invitar a compartir con ustedes estos manjares?

Changó y Yemayá se miraron y sin salir del asombro respondieron al unísono con una sola palabra.

- ¡No!

Elegguá por su parte no se dio por aludido y se sentó en el suelo donde estaban depositadas las frutas; entre Yemayá y Changó. Y sin darles tiempo para iniciar una polémica, les dijo:

- ¿Han olvidado que vivo en todas partes? en los caminos, en las encrucijadas. Pude ver cómo entraron a las tierras de Obbatalá, cómo de ahí tomaron estas frutas sin su consentimiento ni de Oricha Oko.

Entonces Yemayá y Changó irritados por el chantaje respondieron al unísono:

- ¡No compartiremos nada contigo!

- Pues sí y ahora por sus negativas la tercera parte es para mí, de lo contrario lo contaré todo con detalles - sentenció Elegguá.

Discutieron, cada vez de manera más violenta. A pesar de todas las amenazas de Elegguá; Yemayá y Changó decidieron no compartir nada. Inesperadamente Elegguá cogió su garabato, giró en un solo pie y se perdió por un camino que atravesaba la sabana.

Yemayá y Changó se dispusieron a disfrutar de su manjar en la quietud del lugar. La brisa acariciaba las cañas bravas creando un rumor agradable que fue interrumpido por el galopar de unos caballos.

Se pusieron de pie y vieron con asombro que Obatalá con su séquito, Oricha Oko y Elegguá estaban frente a ellos. Sin esperar un momento.

¡Bendición Babá! - dijeron ambos.

Obatalá tocándole las espaldas con unas ligeras palmadas les dijo:
- Aché; co diddé.

Se levantaron y se abrazaron.

Obatalá sin pérdida de tiempo interrumpió el saludo:

- ¿De dónde cogieron esas frutas tan hermosas que todavía están comiendo?

El silencio fue absoluto. Los culpables se miraron, no tuvieron tiempo para esconder ni votar nada, las pruebas del delito estaban ahí.

- Tengo fidedigna información sobre su procedencia y detalles de cómo las obtuvieron; pero deseo oírlo de sus propias bocas.

Yemayá un poco nerviosa pero astuta se tiró de rodillas en señal de súplica y dijo:

- Obbatalá corté mis pies si con ellos pisé sus tierras.

Changó sin dejar que Yemayá terminara de hablar, haciendo una ligera flexión del tórax y mirando irónicamente a Elegguá comentó:

- Corte usted mis manos si con ellas tomé algún fruto de su arboleada.

Changó bien sabía lo que hacía; él era el consentido de Babá. Conocía de su generosidad y comprensión, estaba seguro que no tendría corazón para enjuiciarlo.

- Elegguá ¿tocó Yemayá con sus pies mis tierras? – preguntó Obbatalá-Confío en la veracidad de tus palabras.

Elegguá tuvo que responder -No padre, Yemayá no pisó con sus pies sus tierras.

- Elegua- volvió a preguntar Obbatalá - ¿Tocó Changó con sus manos mis frutales?

Nuevamente respondió con voz baja, contrariado - No padre, Changó con sus manos no tocó ninguno de sus árboles frutales.

Entonces -con la serenidad que lo caracteriza- el padre de todos los orichas dijo:

- ¡Quedan absueltos por falta de pruebas!

To Ibam Echu.



o Música de fondo: Oro Seco

¡Soy mar!
¿Mar soy?

Aggolona o yale
Yemayá ye Inle ye lordo
Yale omi yale
Mar
Soy mar
Mar soy
Mar
Omio Yemayá.

Escenografía del espectáculo: "Soy mar"





o Muestra de espectáculo colectivo
utilizando poesía, música y danza.

Aggallú Solá. El rey del volcán

Inicio:
Oro Seco como fondo
musical.

Narrador: 1
- Moyurba para Aggallú

Narrador: 2
- Poesía

Aggallú Solá
Oro Iña
Aggallú Solá
Los viejos volcanes
duermen enmudecidos
desde hace siglos.

Sueñan nostálgicos
pero Aggallú Solá
nunca duerme.
Su sangre hirviente
calienta el corazón
más profundo de la Tierra.

Aggallú Solá
Oro Iña
Madre del fuego terrestre
Madre del fuego terrestre
Oro Iña
Aggallú Solá.

El día en que se acalle Oro Iña
Nuestra Madre Tierra llé morirá
Aggallú Solá
Oro Iña
Aggallú Solá.

Narrador: 3 - Aggallú Solá; representa la naturaleza, el volcán, el magma interior de la tierra. Dueños de las tierras secas, áridas y desérticas.

Narrador: 4 - Su color: rojo vino, adornado por 9 colores. Se le ofrendan todo tipo de frutas, especialmente el caimito, la berenjena y el plátano indio.

Narrador: 2- Se le sacrifican animales en números impares. Su arma de defensa un hacha de cuatro filos y habla en el dilogún en Osá que es el número 9.

Narrador: 4 - Su árbol es el algarrobo y el curujey; habita en la ceiba y en el volcán.



o Música: canto para Aggallú

Sale bailarín (solista) para Aggallú.

(Danza por todo el escenario y se congela en un extremo del escenario).

Narrador: 1- Aggallú era un hombre muy fuerte, casi un gigante muy temido y admirado.

Narrador: 2- Rey de un valle muy fértil cerca de un caudaloso río; lugar al cual nadie podía acercarse pues allí tronaba y temblaba siempre, pero lo peor era que estaba rodeado por gases incandescentes. Un día Aggallú fue al río para refrescar un poco el calor del volcán donde vivía y desafiando la corriente intentó cruzarlo sin ninguna ayuda. Al sumergir sus poderosos pies en el agua, Ochún dueña del lugar emergió de las aguas.



o Música y canto para Ochún.

Sale solista de Ochún

(Danza por todo el escenario y se congela en un extremo opuesto donde está Aggallú).

Golpeó con fuerza sus tobillos y lo hizo rodar ente los guijarros del fondo, provocando la burla y la risa de todos los allí presentes.

Risa fuerte de Ochún y músicos presentes.

Aggallú se fue del lugar abochornado y estuvo varios días pensando en este incidente, una mañana no pudo más con su resentimiento y arrancando de raíz una palma de gran tamaño corrió impetuoso hacia el río.

Ochún sorprendida desde un tranquilo remanso del río se asustó tanto que lo dejó cruzar, después lo llamó y conversaron; al principio el diálogo fue fuerte y agresivo pero la calma y la dulzura de la dueña de la miel logró tranquilizarlo, admiró su tamaño e incalculable fuerza a tal punto que lo designó el barquero de su río, al ver que lo cruzó sin dificultad y con él aseguraba que las personas pudieran pasar de un orilla a la otra sin correr peligro por fuerte que fuera la corriente y así sellaron un pacto amistoso, de respeto y ayuda.



o Música: Danzan Ochún y Aggallú.

(Aggallú acompaña a Ochún para salir del escenario, pero se queda en un extremo congelado).

Narrador: 3- Cierta día una hermosa mujer elegantemente vestida de blanco le pidió a Aggallú que le cruce el río en su barca, él al verla tan bella aceptó, sin saber que esta mujer era Obanlá, un camino de Obatalá hembra.



o Música: canto para Obatalá.

Sale solista bailando para Obatalá.

Narrador: 3- Cuando llegaron a la otra orilla Aggallú le dijo:

- Debe pagar por mi trabajo nueve monedas; como era su costumbre. No tengo dinero -Ella le respondió. Ni siquiera conocía que debía pagar esto -argumentó y pensó- ¿cómo eso era posible si ella era Obatalá?

Pero él no aceptaba disculpas y exigía su pago.

No traigo ni frutas ni dulces para pagarle -dijo Obanlá, mientras se bajaba de la barca y al llegar a tierra firme le dijo:

- Sólo tengo una forma de pagarle- y quitándose el vestido le mostró su hermoso cuerpo.

Música y cantos.

- Aggallú y Obanlá danzan por todo el escenario y se congelan en el extremo del escenario por donde entraron para facilitar la salida de Obanlá.

Narrador: 3- Allí vivieron momentos de amor y pasión. Al amanecer del otro día cuando Obanlá se fue, Aggallú no se sintió satisfecho con esta aventura, todo lo contrario, se sentía humillado en su condición de varón, pues consideraba que la iniciativa de hacer el amor con esa mujer debía de ser de él como era la costumbre; por eso a partir de ese momento juró a si mismo que:

Mientras el mundo sea mundo antes de cruzar a cualquier persona le cobraré por adelantado.

Narrador: 1 - Y el tiempo pasó y de aquella unión nació un hermoso niño al cual su madre le puso por nombre Changó.

Narrador: 2- Obanlá siempre le dijo al niño que su padre era Aggallú el barquero y el creció deseando conocerlo. Cierta día se decidió ir a verlo, cuando llegó a las márgenes del río lo buscó y aunque había oído hablar de las tarifas del barquero cuando lo vio le dijo:

Narrador: 4 - Necesito cruzar el río.

Aggallú le respondió que debía pagar 9 monedas, él sin titubear le respondió que era un niño y no trabajaba, por tanto, no tenía dinero; Aggallú intransigente le repitió:

- Para cruzar el río en mi barca hay que pagar, esa es mi ley.

Entonces cambiando su tono de voz le explicó que su madre vive del otro lado del río, que está enferma y necesita verla.

Me da mucha pena; pero si no hay dinero no te subo a mi barca- argumentó determinadamente.

Changó bajó su cabecita y apenas sin mirarlo replicó:

- Pero, si me cruzas en tus hombros, no es en tu barca y no vas a incumplir con tu ley.

Aggallú sorprendido del razonamiento, se quedó pensativo reconociendo lo astuto del muchacho y aceptó.

Narrador: 3- Y así lo hizo. A medida que entraba en el río y avanzaba sentía que el peso del niño se hacía cada vez mayor hasta el punto de no poder soportarlo; sin salir de su asombro le preguntó:

- ¡Siento que aumentas de peso!

El niño se echó a reír y Aggallú - violento como era- lo lanzó al agua, en ese momento se convirtió en un joven el cual le dijo:

- Yo soy Changó, tu hijo.

Música y canto para Changó.

- Sale bailarín de Changó y se congela en un extremo del escenario.

Narrador: 2- No quiso creerlo, pero después de averiguar quién era su madre, aun dudando de su paternidad le propuso hacer una prueba que diría si en verdad era su hijo o no.

Aggallú llevó al joven a su casa, el volcán, al entrar no salía de su asombro al ver como Changó caminaba sobre la lava volcánica sin que lo quemara, pero lo que culminó la prueba fue que el joven cogía con sus manos las piedras volcánicas incandescentes y jugaba con ellas.

Narrador: 4- ¡Eres mi hijo! -exclamó orgulloso.

- ¡Eres Obbá Iná, el rey del fuego!

Y desde entonces, para que todo el mundo sepa que Changó es su hijo, cuando el volcán hace erupción primero sale la candela, que es Changó y después el río de lava que es el mismo Aggallú.

Narrador: 1- Y desde entonces y para siempre:

Todos los narradores:

- ¡Padre e hijo andan juntos!

Música y canto de Aggallú.

Salen todos a danzar, bailarines y narradores.

Bibliografía

1. Manual del Oriaté, Nicolás Angarica
2. Cuba: expresión literaria oral y actualidad, María del Carmen Victori, Editorial José Martí, 1998.
3. IFA, Santa Palabra, Editorial UNEAC 2005, Adrián de Sousa Hernández.
4. Diálogos Imaginarios, Instituto Cubano del Libro, Editorial Letras Cubanas 1997, Palacio del Segundo Cabo, O Reilly y Tacón, Habana Vieja, Rogelio Martínez Furé.
5. ¡Oh mío Yema ya!, Rómulo Lachatañere.
6. La oralidad: ¿ciencia o sabiduría popular?, Ana Vera. Editorial Linotipia Bolívar, 2004.
7. Léxico Intercultural, Jesús Guanche, Religiones Americanas de Matriz Africana, DVD, Fundación Fernando Ortiz. L y 27 Vedado, Habana, Cuba
8. El patrimonio cultural vivo, Jesús Guanche. Edición Adagio, 2011.
9. Africa y etnicidad en Cuba, Jesús Guanche, Editorial de Ciencias Sociales, 2009.
10. Wikipedia. Nigeria. Yoruba.
11. Dioses Diablos, mitología yoruba de Anadria Caballero. Ediciones FAPCI.
12. Taller “El texto Narrativo” Profesor Roberto Pastor.
13. Taller “Análisis textual y discursivo del cuento” Profesor Roberto Pastor.
14. La palabra viva, Elvia Pérez Nápoles, Ediciones Artes Escénicas, julio 2011, Asoc. Artes Escénicas MTHEU 1791 PISO 7 Buenos Aires.
15. Mendive, Ediciones Arte Cubano y Collage Edición, La Habana 2015, Calle 7ma esq.18 Playa, Habana, Cuba.

Glosario

- Aché:** gracia o virtud, a veces se utiliza como un sí firme o aprobación.
- Aqué:** chiva.
- Arallé:** es uno de los osorbos; cosas negativas de la vida tragedia, problema.
- Até:** especie de alfombra tejida de diversas fibras usada en la santería para las consultas u otros menesteres ceremoniales.
- Awó:** denominación del sacerdote de Ifá.
- Ayá:** perro, en términos yoruba.
- Babá:** padre literalmente en yoruba.
- Chequeté:** bebida que se ofrenda a los orichas.
- Dilogún:** designa el sistema de consulta oracular mediante caracoles o cauris.
- Ebbó:** ceremonia de ofrendas, de sacrificios o de purificación.
- Ekuele:** cadena que se utiliza en el sistema oracular de Ifá.
- Elegguá:** deidad del panteón yoruba dueño de los caminos.
- Enquiñes:** semilla utilizada en el sistema adivinatorio de Ifá.
- Ifá:** oráculo de los awos; libro de los secretos por el cual se guían los creyentes de la Regla de Ocha y de Ifá.
- Ikú:** Ees la muerte en términos yoruba. Es uno de los principales osorbos, junto a ano y arallé.
- Ano:** es la enfermedad en términos yoruba.
- Inle o Erinle:** oricha de la medicina en el panteón yoruba.
- Inlé:** casa.
- Iyá:** madre.
- Irabo:** estrella polar.
- Kolá:** semilla usada como aché.
- Malú:** ganado vacuno.
- Moforivale:** pleitesía, saludo respetuoso.

Obatalá: oricha del cielo, la tierra y la inteligencia, concebido en un nivel divino superior.

Ochún: oricha de los ríos, de los placeres y del amor, es todo un símbolo de feminidad.

Oddun: combinación de dos letras en el sistema de adivinación de la Regla de Ocha y de Ifá.

Olofi: dios supremo del panteón yoruba.

Omí tuto: agua fresca.

Oñí: miel de abeja.

Oricha: conjunto de entidades sobrenaturales de la Regla de Ocha.

Oricha Oko: oricha de la agricultura y de la fertilidad de la tierra. Se sincretiza con San Isidro el Labrador.

Orula u Orúnmila: oricha del oráculo y de la adivinación la que realiza mediante el ekuele o el tablero. Se sincretiza con San Francisco de Asís en la regla de Ocha en Cuba.

Osorbo: letra negativa.

Wemilere: fiesta.

Yemayá: deidad marina.

Olordumare: el verbo, la acción. El universo del cual no podemos prescindir.

Aché: gracia, poder, vitalidad, bendición, palabra sagrada.

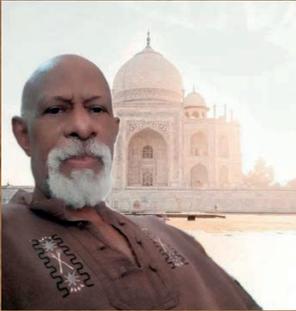
Ará Onú: Tierra de los espíritus o muertos en el espacio celestial.

Oddua u Oddudua: fue el primer rey del Imperio Yoruba asentado en Ife, mistificado después de su muerte. Se le considera el primer ancestro en esta línea. Dios del mundo subterráneo.

Maferefún: dar gracias, agradecimiento.

Orumila: dios oracular, a través del cual el ser humano puede mejorar su destino.

Yoruba o Lucumi: son los pueblos comprendidos entre las etnias de Nigeria, Benín y Togo.



Autor

Rafael C. Calderón Casamayor

Graduado del Instituto Pedagógico “Enrique José Varona” en 1973, especialidad de Historia.

Graduado de la Escuela Taller de Narración Oral: “ContArte” en el año 2006.

Actualmente es miembro del colectivo profesional y profesor de la Escuela Taller ContArte.

Ha participado en festivales nacionales e internacionales durante su trayectoria artística.

Es miembro de la cátedra Cubana de Narración Oral: “María del Carmen Garcini”.

Obtuvo mención especial en el encuentro: “De abril palabras andantes” en el año 2012.

Premio de promoción a la Narración Oral en el Festival “ContArte 2012”.

Mención del público “Contigo Cuento” 2012.

Premio de Trayectoria: “ContArte” 2013, entre otros reconocimientos como escritor y profesor.

Ha presentado espectáculos colectivos y unipersonales en Cuba y Argentina.

Participación en el Primer Taller Regional de Creación Teatral con expresiones del Patrimonio Cultural Inmaterial, junio 2017. Es sacerdote de la Regla de Ocha, (Oriate) con cuarenta y dos años de iniciado y treinta y dos de oficiante.

Asesor en temas del folklore afrocubanos del grupo ContArte, Teatro del Relato.

ISBN: 978-628-7656-10-9



UNIVERSIDAD
DE PAMPLONA